

COLETTE

La ingénuo libertina



Lectulandia

La obra, editada en 1909, nos pinta con maestría la burguesía parisina de mitad del siglo XIX, describiendo las costumbres de esta sociedad a la que se enfrenta la pequeña Minne, una hermosa joven, quien, adorada por su madre, recibe una estricta educación que no se reflejará en su vida privada, donde no trepidará en mentir y dañar a quienes la quieren tras la búsqueda infructuosa de una gran aventura y una gran pasión en que ella pueda disfrutar de los placeres sexuales tanto como parecen disfrutarlo sus amantes, tanto como está narrado en los libros que lee y que, sin embargo, ni su marido ni sus amantes han podido nunca hacerle sentir.

Casada con su primo, a quien llega a despreciar, Minne es una niña mujer que seduce a cuanto varón se le ponga al frente con la esperanza de alcanzar algo de la felicidad afectiva, de la fruición erótica, del placer sexual que ella cree y busca merecer. Su ingenuo marido, sus torpes amantes, sus amistades parisinas, servirán de pretexto y pantalla para inventarse aventuras imposibles y alimentar deseos improbables, quedando siempre con la sensación amarga de la frustración.

Novela interesante, profundamente femenina y feminista, sensual y erótica, se deja leer con creciente interés y admiración y, pese a que ya hace más de un siglo de su aparición, sigue siendo una grata sorpresa para quienes hemos tenido la fortuna de leerla.

Lectulandia

Sidonie Gabrielle Colette

La ingenua libertina

ePub r2.0

Titivillus 12.12.15

Título original: *L'ingénue libertine*
Sidonie Gabrielle Colette, 1909

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Minne, Minne, querida, ¿se acabó ya el deber? ¡Minne, te vas a estropear la vista!

Minne refunfuña de impaciencia. Tres veces ha contestado: «Sí, mamá» a mamá que borda detrás del respaldo de la gran poltrona.

Minne mordisquea el portaplumas de marfil, tan inclinada sobre su cuaderno que sólo se ve la plata de sus cabellos rubios y una puntita de la fina nariz entre dos rizos que caen.

Habla quedito el fuego, gota a gota la lámpara de aceite cuenta los segundos, suspira mamá. A cada puntada, la aguja se clava en el hule donde borda un cuello grande para Minne. Afuera, los plátanos del bulevar Berthier están chorreando de lluvia y los tranvías del bulevar extramuros chirrían musicalmente en los rieles.

Mamá corta el hilo del bordado. Al oír el tintineo de las tijeritas, la fina nariz de Minne se levanta, se separan los cabellos de plata y, acechantes, asoman dos hermosas pupilas oscuras. Es una falsa alarma. Mamá se pone a enhebrar apaciblemente otra aguja, y Minne puede agacharse de nuevo sobre el diario abierto, semiescondido por el cuaderno de deberes de Historia. Lee lenta, cuidadosamente, el epígrafe *París de noche*.

«¿Es que nuestros ediles son siquiera capaces de imaginar que ciertos barrios de París, en particular los bulevares de extramuros resultan tan peligrosos para el paseante que se aventura en ellos, como la pradera para el viajero blanco? Nuestros modernos apaches dan rienda suelta a su natural salvajismo: no pasa una noche sin que sean recogidos uno o dos cadáveres.

«Demos gracias al cielo —es mejor fiarse del cielo que de la policía— de que esos caballeros se limiten a devorarse entre sí, como ha sucedido esta noche en que dos bandas rivales se enfrentaron y degolláronse literalmente. ¿La causa del conflicto? «Cherchez la femme». Ésta, una moza apellidada Desfontaines, apodada «Casco de Cobre» por sus soberbios cabellos rojos, enciende la codicia de una dudosa población masculina. Inscrita en los registros de la policía desde hace un año, esta criatura, que apenas cuenta dieciséis años, es popular en el lugar por su equívoco encanto y su audacia. Boxea, lucha y, si hace falta, se lía a tiros. Bazille, apodado el Tifia, jefe de la banda de los Hermanos de Belleville, y el Ricitos, jefe de los Aristócratas de Levallois-Perret, chulo peligroso del que se ignora el verdadero nombre, se disputaron anoche los favores de Casco de Cobre. De las amenazas fueron a parar a las puñaladas. Sidney, apodado el Víbora, desertor belga, resultó gravemente herido y pidió auxilio al Ricitos; los acólitos del Tiña sacaron las pistolas y, entonces, se inició una auténtica carnicería. Los agentes que, según su inmutable tradición, aparecieron después del combate, recogieron a cinco individuos a quienes se dejó por muertos. Defremont y Busenel, Jules Bouquet, acodado Ojos Lindos, y Blaquy, apodado el Bola, fueron llevados urgentemente al hospital, así como el súbdito de Leopoldo, Sidney el Víbora.

«En cuanto a los jefes de las bandas y a la Colombina, causa principal del duelo, aún no se les ha podido echar el guante, si bien están siendo activamente buscados».

Mamá dobla la labor, y de prisa, de prisa, el diario desaparece debajo del cuaderno donde Minne garabatea a la ventura:

«A causa de este tratado, Francia perdió dos de sus mejores provincias. Sin embargo, tiempo después habría de *firmar* otro tratado mucho más ventajoso...».

Un punto, un rasgo de tinta trazado con regla al pie del deber de Historia, el papel secante alisado con su mano larga y transparente, y Minne que exclama, victoriosamente:

—¡Se acabó!

—¡Ya era hora! —dice mamá, tranquilizada—. Ratoncito blanco, vete en seguida a la cama. Has tardado mucho hoy. ¿Era un deber muy difícil?

—No —contestó Minne, que se ha levantado—, es que me duele un poco la cabeza.

¡Qué alta es! Tan alta como mamá, casi. Una nenita larguirucha, una nenita de diez años que se ha estirado, estirado. Estrecha y grácil dentro de su funda de terciopelo verde Imperio, Minne se estira aún más, los brazos en alto, se pasa las manos por la frente, echa hacia atrás sus pálidos cabellos. Mamá se inquieta:

—¿Tienes pupita? ¿Quieres una compresa?

—No —dice Minne—, no vale la pena. Mañana ya no me dolerá.

Sonríe a mamá con sus pupilas castaño oscuro, con una boca expresiva cuyas nerviosas comisuras se estremecen. Tiene la tez tan clara, los cabellos con raíces tan finas que no se ve dónde acaban las sienes. Mamá contempla de cerca esa carita que conoce, vena por vena, y una vez más, se atormenta con tanta fragilidad... «Nadie le echará sus catorce años y ocho meses».

—Ven, Minne, cariño, te pondré los bigudíes.

—¡Oh, mamita, por favor, no! Esta noche, no. Me duele la cabeza.

—Tienes razón, muñeca. ¿Quieres que te acompañe a tu cuarto? ¿No me necesitarás?

—No, mamaíta, gracias. Me acostaré en seguida.

Minne toma una de las dos lámparas de aceite, besa a mamá y sube la escalera sin temor a los negros rincones ni a la sombra de la escalera que crece y gira frente a ella, ni al peldaño dieciocho que cruje lúgubrementemente... A los catorce años y ocho meses ya no se cree en fantasmas.

«¡Cinco! —piensa Minne—. Los agentes recogieron a cinco que fueron dejados por muertos. Y también el belga que recibió una mala puñalada. Pero ni a ella, a Casco de Cobre, ni a los dos jefes los han podido detener, ¡gracias a Dios!».

Minne, con su enagua de nansú blanco, con su corsé sostén de cutí blanco, se contempla en el espejo.

«¡Casco de Cobre! El pelo rojo es muy bonito. El mío es demasiado pálido. Ya sé cómo se peinan».

Se levanta con las dos manos sus cabellos de seda, los enrolla y los sujeta con un moño atrevido, muy alto, casi en la frente. Saca de un armario su delantalito rosado

de las mañanas, el que tiene bolsillos en forma de corazón, y, después, interroga al espejo, alta la barbilla. No, no, el conjunto resulta soso. ¿Qué falta? Una cinta roja en los cabellos. ¡Ajajá! Otra en el cuello, anudada a un lado. Y con las manos en los bolsillos, los codos flaquitos hacia afuera, Minne, adorable y desgarrada, sonrío comprobando:

«¡Estoy siniestra!».

Minne nunca se duerme en seguida. Oye, abajo, a mamá que cierra el piano, corre las cortinas que chirrían en las varillas, entreabre la puerta de la cocina para cerciorarse de que no se filtra olor a gas por las llaves, luego sube con pasos lentos, entorpecida con la lámpara, la cesta de labor y su larga falda...

Mamá se para un minuto delante del cuarto de Minne; escucha. Se cierra finalmente la última puerta. Dentro de la pared sólo se perciben ruidos ahogados. Minne se ha tendido tesa en la cama, la cabeza hacia atrás, y siente cómo se le dilatan los ojos en la oscuridad. No tiene miedo. Acecha los ruidos como animalillo nocturno y con las uñas de los dedos del pie araña las sábanas.

Una gota de lluvia cae, de segundo en segundo, en el reborde de cinc de la ventana, pesada y regular como los pasos del policía que transita por la acera.

«Este policía me carga —piensa Minne—. ¿De qué puede servir gente de esta que arma tanto ruido al caminar? A los... los Hermanos de Belleville y los Aristócratas..., no, no se les oye. Tienen un andar de gato. Llevan alpargatas de tenis o zapatillas bordadas a punto de cruz. ¡Cómo llueve! Supongo que ahora no estarán por la calle... Bueno, pero el Tifia y el otro, el jefe de los Hermanos y el Ricitos, ¿dónde estarán? Huidos..., escondidos en..., en las canteras... No sé si por aquí hay canteras. ¡Oh, qué pasos más fuertes! ¡Paf, paf, paf, paf! ¿Y si alguien, de un salto, se abalanzara por detrás al policía y le clavase un puñal en su fea nuca...? Delante de la puerta, justito cuando pase... ¡Ah, ah! Ya oigo a Célénie mañana por la mañana: «¡*Madame*, hay un policía muerto ante la puerta! Sería capaz de ponerse mala del susto».

Y Minne, acurrucada en su blanca camita, los sedosos cabellos arremolinados a un lado, descubriendo una oreja menuda, se duerme sonriente...

Minne duerme y mamá piensa. Esta nenita tan esbelta, que descansa a su lado, llena y limita el porvenir de madame... ¿qué importa su nombre? Esa joven viuda, temerosa y hogareña, se llama mamá. Hace diez años, cuando su marido murió repentinamente, mamá creyó sufrir muchísimo. El gran dolor fue palideciendo a la dorada sombra de los cabellos de Minne, nerviosa y frágil, las comidas de Minne, las clases de Minne, los trajes de Minne. Mamá no tiene bastante tiempo para pensar en todo esto con una alegría y una tierna inquietud, que ni una ni otra se agotan.

Y, sin embargo, mamá sólo tiene treinta y tres años. A veces, en la calle, su sencilla belleza, apagada bajo trajes de institutriz, llama la atención. Mamá no se entera. Sonríe cuando las muestras de atención se dedican a los sorprendentes cabellos de Minne, o enrojece violentamente cuando un golfillo apostrofa a su niña. En su vida atareada de madre hormiga no hay otros acontecimientos. ¿Dar un padrastro a Minne? ¡Qué ocurrencia! No, no. Vivirán solas en el hotelito del bulevar Berthier que papá dejó a su mujer y su hija, hasta la época, confusa y terrible como una pesadilla, en que Minne se vaya con el hombre que elija...

El tío Paul, el médico, está allí para velar de vez en cuando sobre las dos, para cuidar a Minne si enferma e impedir que mamá pierda la cabeza; el primo Antoine entretiene a Minne durante las vacaciones. Minne asiste a las clases de las señoritas Souhait para distraerse, y alternar con jovencitas bien educadas y, ¡Dios mío!, instruirse al mismo tiempo. «Todo está bien arreglado», se dice mamá, que teme lo imprevisto. Y si así se pudiera ir hasta el fin de la vida, apretadas en una tibia y estrecha dicha, ¡cuán pronto se franquearía el umbral de la muerte sin dolor ni pecado!

—Minne, querida, son las siete y media.

Mamá ha dicho esto, a media voz, como disculpándose.

En la blanca penumbra de la cama, se levanta un brazo delgado, cierra el puño y cae.

La voz de Minne, débil y ligera, pregunta luego:

—¿Todavía llueve?

Mamá recoge las persianas de hierro, y por la ventana entra el murmullo de los sicómoros con un rayo de luz verde e intenso, un aliento fresco que huele a asfalto y aire.

—¡Un tiempo soberbio!

Minne, sentada en la cama, revuelve las sedas enredadas de sus cabellos. Sorprende la sonrosada palidez de su cutis, la negra y líquida luz de sus pupilas entre la claridad de los cabellos. Hermosos ojos, grandes y sombríos, donde todo penetra y se anega, asomados bajo el arco elegante de las cejas melancólicas. Sonríe la boca expresiva mientras ellos permanecen graves. Al mirarla, mamá recuerda a la Minne pequeñita, un bebé delicado, completamente blanco: cutis, vestidito y el plumón del

cabello, plateado pollito que abría unos ojos sorprendentes, ojos severos, tenaces, negros como el agua redonda de un pozo...

Minne, con aire ausente y vacío, está contemplando cómo se mueven las hojas de los árboles. Abre y cierra los dedos de los pies como hacen los abejorros con sus antenas. La noche aún no la ha abandonado. Vagabundea en seguimiento de sus sueños, y no oye a mamá que da vueltas por la habitación, tierna y lozana, con un peinador azul y los cabellos trenzados...

—¿Las botas amarillas, la falda azul marino y una blusita...? Una blusita, ¿de qué color?

Minne despierta, por fin, suspira y desvía la mirada.

—Azul o blanca, mamaíta, como quieras.

Como si el hablar le hubiera soltado los miembros, Minne salta a la alfombra, se asoma a la ventana: no hay ningún policía tendido en la acera, con un puñal en la nuca.

«Bueno, la próxima vez», se dice Minne, algo decepcionada.

El aroma de vainilla del chocolate se ha deslizado en la habitación, estimulando su minucioso tocado de mujercita pulcra. Sonríe a las flores rosadas del papel de la pared. Por todas partes, rosas, en las paredes, en el terciopelo inglés de las butacas, en la alfombra del fondo crema y hasta en el interior de esa cubeta larga, montada sobre cuatro patas laqueadas de blanco.

Mamá, supersticiosamente, ha querido rosas, rosas, en torno a Minne, alrededor del sueño de Minne...

—¡Tengo hambre! —exclama Minne, que delante del espejo anuda su lazo debajo del cuello brillante de almidón.

¡Qué dicha! ¡Minne tiene hambre! Tenemos a mamá contenta para todo el día. Admira a su hija tan alta y tan poco mujer, el busto infantil dentro de la blusita con pliegues, los frágiles hombros donde ruedan los hermosos cabellos que parecen brillantes virutas.

—Bajemos, el chocolate te espera.

Minne coge el sombrero de manos de mamá y baja la escalera corriendo, ágil como una cabrita blanca. Corre, llena de la dichosa ingratitud que embellece a las criaturas mimadas y huele el pañuelo donde mamá ha echado dos gotas de verbena al limón.

Las clases de las señoritas Souhait no son unas clases de risa. Hagan el favor de preguntarlo a las damas que llevan a sus hijas. Les dirán: «Es lo mejor frecuentado de París», y les citarán, inmediatamente, los nombres de mademoiselle X., de las pequeñas Z., de la hija única del banquero H. Les hablarán de las aulas, muy aireadas, de la calefacción a vapor, de los coches particulares estacionados a la puerta, y aún no se ha dado el caso de que una mamá, seducida por este lujo higiénico, deslumbrada

por los aristocráticos y conocidos apellidos, se haya arriesgado a espulgar el programa de estudios...

Todas las mañanas, acompañada ora de mamá, ora de Célénie, la pequeña Minne sigue las fortificaciones hasta el bulevar Malesherbes donde radican los cursos Souhait. Correctamente enguantada, una cartera de tafilete debajo del brazo, seria y erguida, saluda con una mirada a la avenida Gourgaud, provinciana y verde, con una caricia a los perros y a los niños del pintor Thaulow, que vagabundean por la desierta avenida como amos y señores.

Minne conoce y envidia a esos chiquillos rubios y libres, esos pequeños piratas del Norte que hablan entre ellos un noruego gutural. «Solos, sin criadas, por las fortificaciones... De todas formas, son muy pequeños. Sólo saben jugar. No les atraen las cosas interesantes».

Arthur Dupin, el «estilista» de *Le Journal* ha cincelado una nueva obra maestra:

¡Una vez más los apaches! — Importante detención. Aún no se ha descubierto el paradero del Ricitos.

«Nuestros lectores recordarán el lúgubre y verídico relato de lo acaecido la noche del martes al miércoles. Desde esa fecha, la policía no ha permanecido inactiva y no transcurrieron veinticuatro horas sin que el inspector Joyeux echara el guante a Vandermeer, apodado el Atontado, quien, delatado por uno de los heridos llevados al hospital, fue sorprendido en una habitación amueblada de la calle de Norvins. Todavía no hay rastro de Casco de Cobre. Según parece, hasta sus amigos íntimos desconocen dónde se halla y se nos ha informado que reina la anarquía entre ese pueblo privado de su reina. Hasta este momento, el Ricitos ha podido eludir la acción de la justicia».

Minne, antes de meterse en su blanca camita, termina de leer *Le Journal* antes de echarlo en la cesta de los papeles. Le cuesta dormir, se agita y sueña:

«*Ella*, su reina, está escondida! En una cantera también, con toda probabilidad. Los agentes no saben buscar. Ella tiene amigos fieles que, por las noches, le llevan carne fría y huevos duros. Si descubren su escondite siempre tendrá tiempo, antes de ser detenida, de matar a varios policías. ¡Pero su pueblo se amotina! Y los Aristócratas de Levallois se dispersarán, privados, ellos también, de su jefe, del Ricitos... Tenían que haber elegido una virreina para gobernar en ausencia de Casco de Cobre».

Para Minne todo es monstruoso y sencillo, como una novela antigua. Sabe, sin el más leve género de duda, que el pelado lindero de las fortificaciones constituye una extraña tierra donde se agita un pueblo de salvajes, peligroso y atractivo, raza distinta de la nuestra, fácilmente reconocible por las insignias que enarbola: gorra de ciclista,

negro jersey con rayas de colorines, pegado a la piel como abigarrado tatuaje. La raza produce dos tipos:

1.^a El Rechoncho, que al caminar balancea unas manos gruesas como bistecs crudos y cuyos cabellos, que le calzan la frente, parecen pesar encima de las cejas.

2.^a El Juncal, que camina con indolencia, sin el menor ruido. Sus zapatos a la inglesa, a menudo sustituidos por alpargatas de tenis, muestran calcetines chillones, agujereados o no, y a veces, en lugar de calcetines, asoma la delicada piel del empeine desnudo, de un blanco dudoso con azules venas. Unos cabellos flexibles descienden por la mejilla, bien rasurada, como ensortijados ricitos, y la palidez del cutis hace resaltar el rojo febril de los labios.

Este individuo, de acuerdo con la clasificación de Minne, encarna el tipo noble de la raza misteriosa. El Rechoncho canta con frecuencia, pasea de bracete a mozas destocadas, alegres como él. El Juncal hunde las manos en los bolsillos de un amplio pantalón y fuma, con los párpados semientornados, en tanto que a su lado una criatura, furiosa e inferior, grita, llora, reprocha. «Le da la lata —inventa Minne— con un montón de preocupaciones domésticas. Él no le hace caso, sueña, sigue las volutas de humo de su cigarrillo oriental...».

Y es que los sueños de Minne ignoran el vulgar pitillo: para ella no existen más cigarrillos que los orientales...

Minne se admira de lo patriarcales que durante el día son las costumbres de esa raza singular. Los apercibe cuando regresa de clase, a eso del mediodía, junto al talud donde sus cuerpos tendidos cuelgan adormilados. Las hembras de la tribu, en cuclillas, zurcen andrajos y callan o almuerzan como en el campo, con grasientos papeles en las rodillas. Los machos, hermosos y robustos, duermen. Algunos de los que han quedado despiertos, se despojan de las chaquetas y en amistosas luchas entrenan la flexibilidad de sus músculos.

Minne los compara con los gatos, que de día duermen, pulen su ropaje y afilan sus ganchudas zarpas en la madera de los *parquets*. La quietud de los gatos equivale a una espera. Cuando la noche llega son unos demonios aulladores y sanguinarios y sus gritos de críos estrangulados llegan hasta Minne, turbando su sueño.

La raza misteriosa no grita por las noches; silba. Silbidos penetrantes, terribles, jalonan el bulevar de extramuros, llevando de puesto en puesto una incomprensible telefonía. Minne, al oírlos, se estremece de los cabellos a los dedos de los pies, como atravesada por una aguja.

«Dos veces han silbado. Una especie de *uí-uí-uí* tembloroso ha contestado a lo lejos, allá abajo. ¿Qué quiere decir? “¿Huid?” ¿O: “Se ha dado el golpe”? ¿Quizás acaban de matar a la anciana? La anciana está ahora a los pies de la cama, en el suelo, en un charco de sangre. Ellos se pondrán a contar el oro y los billetes, se emborracharán con vino tinto y se irán a dormir. Mañana, en el talud, contarán a sus compañeros el golpe de la anciana y harán reparto del botín...».

Pero, ¡ay!, su reina está ausente y la anarquía reina: ¡lo ha dicho *Le Journal!* Ser

su reina con una cinta roja y un revólver, comprender el lenguaje de los silbatos, acariciar los cabellos del Ricitos y ordenar los golpes que se tengan que dar... La reina Minne, la reina Minne... ¿Por qué no? ¿No se dice la reina Wilhelmine...?

Minne ya duerme y todavía divaga...

Hoy, domingo, el tío Paul ha ido a almorzar a casa de mamá con su hijo Antoine, como todos los domingos.

Huele a fiesta familiar y comida para niños. Hay un ramo de rosas en el centro de la mesa y un pastel de fresas en el aparador. El perfume de fresas y rosas lleva la conversación a las vacaciones cercanas; mamá piensa en el huerto donde Minne jugará al sol. Su hermano Paul, amarillo por la enfermedad del hígado, espera que el cambio de aire alivie sus cólicos hepáticos. Sonríe a mamá, a quien siempre trata como a una hermanita; su rostro largo y arrugado parece tallado en un boj nudoso. Mamá le habla deferentemente. Para aprobar lo que dice, inclina su garganta encerrada en un alto cuello blanco. Lleva un vestido tristón, con velo gris, que acentúa su porte de jovencita ataviada de abuela. Ha conservado un respeto pueril para ese hermano hipocondríaco que ha viajado por el otro lado del mundo, cuidando a negros y chinos, y que de allí ha traído un hígado congestionado cuya bilis da un matiz verdoso a su rostro, así como unas extrañas fiebres.

Antoine repetiría de buena gana jamón y ensalada, pero no se atreve. Teme el silbido desaprobador de su padre y la inevitable observación: «Hijo mío, si piensas que atiborrándote de salazones van a desaparecer los granos...». Antoine se abstiene y mira a Minne de reojo. A pesar de tener tres años más que ella, se corta en cuanto los negros ojos de Minne lo miran, siente cómo enrojecen sus granos, se le ponen coloradas las orejas y bebe enormes vasos de agua.

Diecisiete años es una edad muy difícil para un muchacho y Antoine padece dolorosamente con su ingrata adolescencia. Le pesa como humillante librea el negro uniforme con botoncitos dorados, y el vello que ensucia su labio y mejillas le hace a uno dudar: «¿Es que ya tiene barba, o no se ha lavado?». Para soportar tantas desgracias los colegiales necesitan mucha paciencia. Éste —alto, aguileña nariz, ojos grises y bien colocados— llegará sin duda a ser un apuesto mozo, pero ahora está disimulado dentro de un mocoso sencillamente feúcho...

Antoine despacha la ensalada con bocados llenos de precaución. «Tiíta tiene la manía de servir la lechuga cortada a lo largo, ¡es una murga! Si cojo una hoja con los labios, esa Minne dirá que como igual que una cabra. ¡Es imponente la frescura que tienen las chicas con su airecito de no haber roto un plato! ¿Qué cuernos le pasa esta mañana? La señorita tiene los ojos muy fijos. No ha abierto el hocico desde que sirvieron los huevos pasados. ¡Qué modales más bonitos!».

Deja tenedor y cuchillo en el plato, se seca la boca sombreada de negro y contempla a Minne con mirada fría y arrogante. Y mientras ella parece desdeñarlo — ¡con qué altivez!—, el muchacho piensa:

«Bueno, es igual; es más linda que la hermana de Bouquetet. Ya pueden reírse en la jaula porque en las fotos los cabellos le quedan blancos. No tienen muchas primas tan remonas ni tan distinguidas. ¡El animal de Bouquetet que la encuentra flaca! Puede ser, pero no soy como él; no me gustan las mujeres de peso».

Minne está sentada frente a la luz; el reflejo de las hojas, y la reverberación del

bulevar, blanco como un senderito campesino, la empalidece más. Distraída, absorta desde la mañana, mira sin parpadear la deslumbrante ventana con una atención de sonámbula. Prosigue con sus visiones familiares, pesadillas largamente inventadas, imágenes cien veces compuestas y en las que varía la minucia de los pormenores, la tribu, temible y excitada, de los Juncuales, y la de los Rechonchos, coaligados, asaltan a París aterrorizado. Una noche, hacia eso de las once, caen los cristales. Manos armadas de navajas y puñales vuelcan la mesa apacible, la lámpara guardiana. Degüellan confusamente entre estertores suaves, apagados brincos de gatos. Luego, en medio de las rosadas sombras del incendio, unas manos se apoderan de Minne, se la llevan con fuerza irresistible, no se sabe adónde...

—Minne, encanto, ¿un poco de pastel?

—Sí, mamaíta, gracias.

—¿Azúcar en polvo?

—No, mamaíta, gracias.

Mamá, preocupada por su Minne, ausente y pálida, la señala con un movimiento de barbilla al tío Paul, que se encoge de hombros.

—¡Bah, bah! La niña está muy bien. Un poco de fatiga de crecimiento.

—¿No es peligroso?

—¡Que no, vamos! Es una niña que se desarrolla tarde. Eso es todo. ¿Qué te importa? Supongo que no querrás casarla este año, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Santo Dios!

Mamá se tapa los oídos con las manos, cierra los ojos como si hubiera visto caer un rayo al otro lado del bulevar Berthier.

—¿Qué es lo que te da risa, Minne? —pregunta el tío Paul.

—¿A mí?

Minne, por fin, aparta la mirada de la ventana abierta.

—No me reía, tío Paul.

—Que sí, monicaca, que sí.

Su larga mano huesuda tira amistosamente de uno de los tirabuzones de Minne y deshace y riza la brillante viruta de plata dorada.

—¡Si te estás riendo aún! Es la idea de casarte, ¿eh?

—No —dijo sinceramente—. Me reía de otra cosa...

«Mi idea —prosigue Minne en su fuero interno— es que los periódicos no están enterados de nada o que se les paga para que callen. He buscado en todas las páginas de *Le Journal* sin que mamá me viese. ¡Una mamá como la mía que nunca ve nada, es imponentemente cómodo!».

Sí, es cómodo. Es más que evidente que el insoluble problema de la educación de una jovencita nunca turbó el almita simplona de mamá. Desde hace casi quince años mamá no ha hecho más que temblar ante Minne, llena de admiración y temor.

¿Qué misterioso designio formó en su ser a esa niña de inquietante cordura, que habla poco, apenas ríe, prendada en secreto del drama, de la aventura novelesca, de la

pasión, pasión que ignora, pero cuya palabra silbante murmura como cuando se prueba la correa nueva de un látigo? Esa niña, que no conoce piedad ni temor, que en pensamiento se entrega a sanguinarios héroes, cuida, empero, con delicadeza algo despreciativa, la ingenua sensibilidad de su madre, tierna institutriz, monja entregada al culto único de Minne.

Y no es por temor que Minne oculta sus pensamientos a su madre. Un caritativo instinto le aconseja permanecer ante los ojos de su madre como una nenita grande, juiciosa, pulcra como una gata blanca, que dice: «sí mamaíta», «no, mamaíta», que va a clase y se acuesta a las nueve y media... «Le daría miedo», se dice Minne, posando sus tranquilos ojos insondables en su madre que está sirviendo el café.

De repente ha llegado el calor de julio. La tribu, al pie de las ventanas de Minne, jadea en la exigua sombra, bajo la pelada pendiente del talud. Los escasos bancos del bulevar Berthier se llenan con durmientes de miembros muertos, cuyas gorras, puestas como antifaces, ocultan la parte alta de los rostros.

Minne, vestida de lencería blanca, en los cabellos ligeros un gran sombrero de paja, pasa muy cerca de ellos, casi rozando su sueño. Pretende adivinar las caras ocultas y se dice: «Duermen... Además, en los periódicos sólo se leen insolaciones y suicidios. Es el verano».

Mamá, que acompaña a Minne a casa, la obliga a cambiar de acera a cada instante, suspirando:

—Este barrio es inhabitable.

Minne no abre los ojos, no pregunta con aire inocente: «¿Por qué, mamá?». Semejantes pillerías no son dignas de ella.

Se encuentran, a veces, con una señora, una amiga de mamá, y durante cinco minutos se ponen a charlar. Se habla de Minne, naturalmente, de Minne que sonrío cortésmente, que tiende una manita de dedos largos y afilados. Y mamá exclama:

—¡Que sí, desde Pascua ha crecido más! ¡Oh, es un bebé muy alto! ¡Y si supiera lo niña que es! Créame, a veces me pregunto cómo será posible que una nenita tan infantil llegue a ser mujer.

Y la dama, enternecida, se atreve a acariciar los hermosos cabellos de nacarados reflejos, sujetos por una cinta blanca. La niñita «muy grande», que alza sus hermosas pupilas negras y sonrío de nuevo, divaga entretanto, llena de ferocidad: «¡Qué idiota es esta pobre señora! Es fea. Tiene una verruga en la mejilla y se atreve a llamarla lunar. ¡Debe de oler más mal cuando está desnuda...! Sí, sí, que esté desnuda en la calle y que Ellos se la lleven y con la punta del puñal dibujen signos fatídicos en su asqueroso trasero... Que la arrastren, amarilla como la mantequilla rancia, que bailen encima de su cuerpo una danza guerrera y la precipiten a un horno de cal».

Minne, ya lista, se agita en su cuarto claro, nerviosa, a punto de patalear. Célénie, la gorda camarera, se está haciendo esperar. ¡Si *él* se hubiera ido!

Hace cuatro días que Minne lo encuentra en la esquina de la avenida Gourgaud y el bulevar Berthier. El primer día dormía sentado, apoyado en la pared, obstruyendo media acera. Célénie, asustada, tiró a Minne de la manga, pero Minne —¡es tan distraída!— ya había rozado los pies del durmiente, que abrió los ojos. ¡Qué ojos! Minne sintió la impresión, el estremecimiento de las admiraciones absolutas. Pupilas negras, rasgadas como almendras cuya blancura azuleaba en el rostro de una palidez italiana. Fino el bigote, como dibujado con tinta, y los cabellos negros, ensortijados por la humedad. Había tirado la gorra de cuadros negros y violetas para dormir mejor y su mano derecha apretaba un cigarrillo apagado entre pulgar e índice.

Miró a Minne con un descaro tan insultantemente halagador, que la niña estuvo a punto de pararse.

Minne tuvo ese día cinco en Historia, y, ¡cáspita!, como se dice en las clases Souhait: «Es una vergüenza tener cinco». Se oyó infligir una buena reprimenda mientras que, dócil, los ojos ausentes, entregaba silenciosamente a mademoiselle Souhait a unas torturas ignominiosamente complicadas.

Cada mediodía, Minne roza al vagabundo y el vagabundo mira a Minne, tan clara con su vestidito de verano, que no desvía sus graves pupilas. Ella piensa: «Me espera. Me ama. Ha comprendido. ¿Cómo hacerle saber que nunca estoy libre? Si pudiera deslizarle un papelito escrito: “Estoy prisionera. Mate a Célénie y nos iremos juntos...”. Irnos juntos hacia una vida, hacia una vida donde ni siquiera recordaré que soy Minne...».

Le extraña un poco la inercia de su raptor que dormita, elegante y sin ropa, al pie de un sicómoro. No obstante, se pone a reflexionar y se explica esa flojedad extenuada, esa palidez de hierba de cueva. «Esta noche, ¿a cuántos habrá matado?». Busca con una mirada furtiva la sangre que podría ensuciar las uñas del desconocido. ¡No hay sangre! Unos dedos finos, demasiado afilados, y siempre un cigarrillo, apagado o encendido, entre el pulgar y el índice. ¡Qué gato más hermoso de ojos que acechan bajo los dormidos párpados!

¡Cuán terrible sería su brinco para asesinar a Célénie y raptar a Minne!

Mamá, también ella, ha observado al desconocido que hace la siesta. Aprieta el paso, enrojece, y suspira largamente cuando ha pasado el peligro y se ha cruzado la avenida Gourgaud.

—¿Ves a menudo a ese hombre sentado en el suelo, Minne?

—¿Un hombre sentado en el suelo?

—¡No te vuelvas! Un hombre sentado en el suelo en la esquina de la avenida.

Tengo miedo siempre de que esa gente esté al acecho para dar un golpe en el barrio.

Minne no contesta, todo su pequeño ser interior se dilata de orgullo. «¡Es a mí a quien acecha! ¡Está ahí sólo por mí!». Mamá no puede comprenderlo. Minne, al octavo día, se siente arrebatada por una idea que en seguida califica de revelación: esa palidez mate, esos negros cabellos que se aborregan en rizos... ¡es el Ricitos! ¡Es el Ricitos! Los periódicos lo han dicho: «No se ha podido echar el guante al Ricitos». Está en la esquina del bulevar Berthier y la avenida Gourgaud, el Ricitos está enamorado de Minne y todos los días se juega la vida por ella...

Minne palpita, ya no duerme. Por la noche se levanta para buscar bajo su ventana la sombra del Ricitos.

«Esto no puede durar mucho —se dice—. Una noche silbará al pie de la ventana, bajaré por una escala o una cuerda con nudos y en una motocicleta me llevará a las canteras donde estarán aguardándolo sus súbditos congregados. Les dirá: “¡He aquí a vuestra Reina...!”. ¡Y... y... será tremendo!».

El Ricitos no asistió un día a la cita. Minne se olvidó de almorzar frente a mamá desolada. Pero ni al día siguiente, ni al otro, ni en los días que siguieron hubo el menor rastro del Ricitos, somnoliento y flexible, que para Minne abría unos ojos tan súbitos cada vez que lo rozaba...

¡Oh, los presentimientos de Minne! «¡Yo sabía que era el Ricitos! ¡Y ahora está en la cárcel! ¡Quizá lo guillotinen!». Mamá, enloquecida ante el inexplicable llanto de Minne, mandó a buscar al tío Paul, que recetó caldo, pollo, vino reconstituyente y ligero y una temporada en el campo.

Mientras mamá llena las maletas, con actividad de hormiga que siente acercarse la tempestad, Minne, doliente y ociosa, apoya la frente en los cristales y piensa: «Está en la cárcel por mí. Por mí sufre, languidece y escribe versos de amor en su mazmorra: “«A una desconocida...”».

Minne, despertada con sobresalto por un chirrido de polea, abre unos ojos asustados en la tranquila habitación: «¿Dónde estoy?».

Minne, llegada desde hace tres días a la casa del tío Paul, aún no se ha acostumbrado a su rústico alojamiento. Busca, al salir de su tumultuoso dormir poblado de humosos sueños, la sombra clara y azul de su habitación parisiense y el perfume de limón de su colonia. Aquí, a pesar de los gallos que cantan, las puertas que suenan, el tintineo de vajilla que llega del comedor donde Céliénie pone las tazas del desayuno, es negra noche, noche maciza perforada en la ventana por un rayito de intenso sol, delgado como un lápiz.

El brillante bastoncillo guía a Minne que, descalza, a tientas, se va a abrir las persianas y retrocede cegada por la luz. Se queda ahí, las manos en los ojos, parecida, con su largo camisón, a un ángel arrepentido.

Cuando el sol ha calado la concha sonrosada de su mano, vuelve a la cama, se sienta, coge su pie desnudo, sonrío a la ventana donde unas avispas danzan. Ahora se parece, entreabierta la boca e ingenuos los ojos, a un recién nacido de revista inglesa. Pero se bajan las cejas, un pensamiento asoma de súbito a las largas pupilas que se jaspean como un estanque. Minne recuerda que todo el mundo no disfruta de esa luz zumbadora, que en una gran ciudad hay una sombría mazmorra, donde un desconocido de cabellos negros y ensortijados sueña en su jergón...

Sin embargo, hay que vestirse, bajar, oler la leche que espumea, reír, interesarse por la salud del tío Paul. «¡Es la vida!», suspira Minne, peinando sus cabellos que el sol penetra y devora como si fueran de finísimo cristal.

El suelo gime bajo los ligeros pasos de Minne. Si se queda quieta las butacas Imperio se estiran, crujen, estallan y les contesta la madera de la cama. La casa, sonora y seca, chispea como trabajada por un sordo fuego. En pie desde hace dos siglos, en medio del viento y del sol, su cálido maderamen no cesa de gemir y en la comarca se la conoce por el nombre de «La casa seca».

A Minne le gusta por sus grandes dimensiones, su salita de estar, separada del jardín sólo por una escalinata de cinco peldaños, por sus *parquets* de madera blanca, tibia a los pies desnudos, por las diez hectáreas, huerto y parque, que la rodean. Como pequeña parisiense acostumbrada a los tonos discretos, le sorprende que tantos colores crudos alegren la vista en su cuarto. Hace juego el papel a rayas, de un rosa oscuro, con el cubrecama de persa, enrejado con azules campanillas y guirnaldas verdes; unas cortinas de muselina color naranja cuelgan de las ventanas y la bignonia cargada de flores balancea ardientes ramilletes dentro del cuarto. Minne, pálida como noche de luna, se calienta un poco deslumbrada en esta hoguera de colores, y, a veces completamente desnuda al sol, busca en vano, espejo en mano, a través de su delgado cuerpo, la sombra más oscura de su elegante esqueleto.

—Una carta para ti, Minne. Aquí está *Fémina*, el *Journal de la Santé*, la *Chronique Médicale* y un prospecto.

—¿Para mí no hay nada? —implora Antoine.

El tío Paul se asoma, completamente amarillo, por encima del tazón de leche que sujeta con ambas manos.

—¡Hijo de mi alma, eres de lo más imponente! Si no escribes a nadie, ¿por qué te van a escribir? ¡Te agradeceré que me contestes!

—No sé —murmura Antoine.

Le irrita la salida de su padre; la ironía cargada de superioridad de Minne lo exaspera. No toma parte en la discusión, bebe su leche a sorbitos, recobra aliento de vez en cuando y mira por la ventana abierta, con fijeza, como hacía en el bulevar Berthier. En sus ojos negros el verde del jardín se refleja extrañamente. «¡Qué orgullosa está por una carta!, se dice Antoine.

¿Orgullosa? No lo parece. Ha dejado el sobre cerrado junto al plato y vacía primero el tazón antes de abrirla.

—¡Ven a mirar esto, Minne! —dice Antoine, que se halla ojeando *Fémina*—. Es imponente. Hay fotografías del día de los Drags. ¡Oh, mira a Polaire!

—¿Qué Polaire? —se digna preguntar Minne.

Antoine suelta una carcajada, recuperando de golpe toda su superioridad.

—¡Oh, vamos! ¿No conoces a Polaire?

La soñadora carita de Minne se vuelve algo desconfiada.

—No, ¿y tú?

—Al decir *conocer* no quiero decir, naturalmente, que cuando la veo por la calle la saludo. Es una actriz. La vi en una función de caridad. Salía con otras tres y hacía de mujerzuela.

—¡Antoine! —regaña la dulce voz de mamá.

—Sí, títa. Quiero decir de mujer de los bulevares del extrarradio.

Los ojos de Minne se agrandan, brillan.

—¿Cómo iba vestida?

—¡Imponente! El cuerpo colorado, llevaba delantal y los pelos así, hasta los ojos, y una gorra.

—¿Cómo era esa gorra? —interrumpe Minne, sorprendida por la falta de precisión de los pormenores.

—Sí, de seda, muy alta. Así.

Minne se aparta, ya sin interés.

—No me hubiera puesto gorra —comenta con sencillez.

Mira a Antoine sin verlo, maquinalmente. El muchacho se agita, confuso por la belleza de Minne y la diabólica llamita de sus ojos negros. Hunde en el bolsillo un pañuelo mal doblado que hace bulto, con el dorso de la mano se seca cuidadosamente el bozo del labio y recoge el sombrero de paja tirado debajo de la silla.

—Me voy a comer ciruelas —declara.

—¡No comas muchas! —le ruega mamá.

—¡Déjalo! —dice el tío Paul, detrás del periódico—, le purgarán.

Antoine se ruboriza violentamente y sale como si su padre le hubiera echado una

maldición.

Minne, con su delantal rosa, se levanta y anuda debajo de la barbilla las bridas de una capellina de lencería que la hace todavía más niña. Da a mamá, muy gentilmente, la carta azul.

—Guárdame la carta, mamaíta. Es de Henriette Deslandres, mi compañera de clase. Puedes leerla, ¿sabes, mamaíta? No tengo secretos. Adiós, mamá, me voy a comer ciruelas.

La hierba del huerto deslumbra, espejea con todas sus lanzas de césped barnizadas y cortantes. Minne la cruza con pasos largos, como si surcara una corriente de agua; como salpicaduras brotan mil saltamontes, en el aire azules, grises en el suelo. El sol atraviesa la capellina encañonada de Minne, cuece sus espaldas con fuego tan ardiente que se estremece. Las flores de chirivía silvestre se pavonean, inciensan el paso de Minne con un aroma dulce y delicado. Se apresura, le pican las puntas de las hierbas enfiladas en las mallas de sus medias. ¿Y si fueran bichitos?

La pradera ondulada se deprime donde la hierba azulea; las montañitas redondas y regulares parecen continuar la marejada de la tierra por encima del cercado semirruinoso.

«¡Cuidado que es tonto este Antoine! ¡Podía haberme esperado! ¿Y si mientras estoy sola aparece una serpiente? Bueno, procuraría domesticarla. Se les silba y acuden. Pero, ¿cómo sabré si es víbora o culebra?».

Antoine está sentado encima de las chatas rocas que asoman a flor de tierra. Ha visto venir a Minne y apoya dos dedos en la sien con aire pensativo y distinguido.

—¿Eres tú? —exclama como en el teatro.

—Soy yo. ¿Qué hacemos?

—Yo, nada. Reflexionaba.

—No quisiera molestarte.

El muchacho tiembla ante la idea de que Minne pueda irse y contesta torpemente que «en el huerto hay sitio para dos».

Minne se sienta en el suelo, se suelta la capellina para que se le oreen las orejas. Contempla a Antoine, con atención y sin miramientos, como si fuera un mueble.

—¿Sabes, Antoine? Me gustas más así, con camisa de franela sin chaleco.

Su primo enrojece una vez más.

—¡Ah! ¿Te parece? ¿Estoy mejor que con uniforme?

—Seguro. Lástima que el sombrero de paja te dé aspecto de jardinero.

—¡Gracias!

—Me gustaría más —prosigue Minne, sin oírlo— una gorra... Sí, una gorra.

—¡Una gorra...! Minne, estás guillada. ¿Lo sabes?

—Una gorra de ciclista, Sí. Y los cabellos... Espérate...

Distiende las pantorrillas como un saltamontes, se arrodilla y le quita el sombrero.

Antoine, turbadísimo, encoge los pies y se vuelve grosero:

—¡Condenada cría! ¿Quieres dejarme en paz?

Ella se ríe con los labios, y sus ojos graves reflejan las montañitas, el cielo blanco de calor, una rama del ciruelo se mueve. Peina a Antoine con un peinecito de bolsillo. Maneja a su primo sin placer, sin pudor, como si fuera un maniquí.

—¡No te muevas! ¡Ah, así! Los cabellos en la frente y después bien a los lados. Sí, pero aquí los tienes muy cortos. Bueno, da igual. De todas maneras, ya estás mejor. Con una gorra a cuadros negros y morados.

Estas últimas palabras han evocado, con demasiado vigor, al lánguido durmiente de las fortificaciones. Calla, deja su maniquí y se sienta sin decir ni una palabra. «Otra luna», piensa Antoine.

Tampoco él dice nada, movido por el resentimiento y un confuso deseo.

Esa Minne, tan cerca de él... Habría podido contar las pestañas, esas manecitas frías, delgadas, como ratoncillos, los dedos afilados, corriendo por las sienas, las orejas. La larga nariz de Antoine palpita para recoger lo que flota aún de perfume de verbena al limón. Sentado, descontento y humilde, espera la reanudación de las hostilidades; mas ella sueña, cruzadas las manos, vaga la mirada, sin darse cuenta de la confusión de Antoine, de su fealdad quijotesca: larga nariz, huesuda y bondadosa, pupilas grandes y ojerasas de adolescente, boca amplia y generosa, de dientes cuadrados y sólidos, tez desigual, inflamada en la barbilla por unas rojeces...

Minne, de súbito, despierta, aprieta los labios, tiende un dedito afilado.

—¡Allá abajo! —dice.

—¿Qué?

—¿Lo ves?

Antoine se baja el sombrero hasta los ojos, como una visera, mira y bosteza indiferente:

—Sí, ya veo, es el tío Corne. ¿Qué te pasa?

—Sí, es él —susurra Minne sordamente, irguiéndose sobre sus esbeltos pies y tendiendo unos brazos de furia—. ¡Lo detesto!

Antoine siente aproximarse una «luna» más. Adquiere un rostro neutro en el que la desconfianza lucha con la lástima.

—¿Qué te ha hecho?

—¿Me ha hecho? Me ha hecho que es feo, que el tío Paul le ha prestado un trozo de huerto para plantar legumbres, que no puedo venir aquí sin encontrarme con el tío Corne, que parece un sapo, que le lloran los ojos, que huele mal, que planta puerros, que..., que... ¡Señor, qué pena!

Se retuerce los brazos como una nenita que representa *Fedra*. Antoine lo teme todo de esa ménade, pero Minne cambia de rostro, toma asiento otra vez en la roca chata y estira su vestido encima de los zapatos. Sus ojos presagian murmuración y misterio.

—Y, además... ¿Sabes, Antoine?

—¿Qué?

—El tío Corne es un mal hombre.

—¡Oh, vaya!

—¡No hay oh que valga! —dime Minne irritada—. Harías mucho mejor en creerme y subirme los calcetines de color malva.

Esta clase de observaciones sumergen a Antoine en una púdica irritación que deleita a Minne.

—¡Y, además, los domingos por la mañana toca el caramillo en la cama!

Antoine se tumba de espaldas en la hierba, igual que un borrico.

—¡El caramillo! ¡Minne, eres para troncharse! ¡Si no sabe!

—No te he dicho que supiera. Te he dicho que lo toca. Célénie lo ha visto. Está acostado con camiseta parda y esa jeta espantosa. Le lloran los ojos, tiene las sábanas sucias y toca el caramillo... ¡Oh!

Un estremecimiento de horror sacude a Minne de pies a cabeza. «¡Las chicas están todas guilladas!», filosofa quedito Antoine, que hace quince años que conoce al tío Corne, viejo expedicionario de ojos enfermos, gimiente y sucio, cuya sola aparición despierta en Minne una especie de repulsivo frenesí.

—¿Qué le podríamos hacer, Antoine?

—¿A quién?

—Al tío Corne.

—¡Qué sé yo!

—¡Tú nunca sabes nada! ¿Tienes una navaja?

Mete instintivamente la mano en el bolsillo del pantalón.

—No.

—Sí —afirma Minne, perentoria—. ¡Préstamela!

Él se ríe burlescamente, torpe como un oso delante de una gatita.

—Date prisa, Antoine.

Se lanza sobre él, hunde una mano atrevida en el bolsillo prohibido y se apodera de un cuchillo con mango de madera. Antoine, con las orejas violáceas, no dice nada.

—¿Lo ves, embustero? ¡Qué bonito es tu cuchillo! Se parece a ti. Ven, se ha ido el tío Corne. ¡Jugaremos, Antoine, jugaremos en el huerto del tío Corne! Los enemigos son los puerros, las calabazas son las fortalezas... Es el ejército del tío Corne.

Enarbola, como temible hadita, el abierto cuchillo, divaga en voz alta y pisotea las lechugas.

—¡Huy! ¡Huy! Arrastraremos los cadáveres y los violaremos.

—¿Eh?

—Los violaremos, digo. ¡Señor, qué calor tengo!

Se echa boca abajo encima de un bancal de perejil. Antoine, pasmado, contempla a la nena rubia que acaba de proferir algo sumamente escandaloso.

—¿Acaso oigo bien? ¿Sabes qué quiere decir?

—Probablemente.

—¡Ah!

Se quita el sombrero, se lo pone, con el tacón rasca la tierra agrietada por la sequía.

—¡Qué tontísimo eres, Antoine! ¡Estás siempre a punto de regañarme! Mamá es quien me explicó lo que significaba.

—Fue títa, la que...

—Un día leí en una lección: «y sus sepulturas fueron violadas». Le pregunté entonces a mamá qué quería decir violar una sepultura. Mamá me dijo que es abrirla sin permiso. Pues bien, violar un cadáver es abrirlo sin permiso. ¿Te enfadas? Anda, la campana del almuerzo ha sonado. ¿Vienes?

Antoine, en la mesa, se seca la frente con la servilleta, bebe mucha agua.

—¿Tienes mucho calor, pequeño? —le pregunta mamá.

—Sí, títa, corrimos mucho, así es que...

—¿Qué te estás embrollando? —grita el demonio de Minne desde la punta de la mesa—. ¡Si no corrimos nada! Estuvimos contemplando al tío Corne que trabajaba en el huerto.

—Este chico se ha congestionado. Hijito, hazme el favor de volver a beber genciana. Te quitará los granos.

—Le cuesta bajar al melón —suspira el tío Paul, derrumbado en una butaca de caña.

—Es que tiene el estómago débil —decreta el tío Luzeau—. Antes y después de comer tomo Combier y puedo comer tantos melones y judías secas como quiera.

El tío Luzeau, tieso y engallado dentro de un traje de caza, de tela caqui, fuma su pipa, los ojos emboscados detrás de unos pelos rojizos. Este robusto «desecho» es una debilidad del tío Paul que se resigna, una vez por semana, a albergar su solemne estupidez de viejo cazador. El tío Luzeau chupa su pipa con ruido, huele a sangre de liebre y taberna y a Minne le es antipático.

«Se dice que tiene aspecto de reitre, se afirma que es un buen hombre, pero sabe disimular. ¡Esos ojos! Seguro que roba críos y los echa a los cerdos».

Un anochecer inmóvil pesa sobre el campo. Después de cenar, para huir de las lámparas rodeadas de mosquitos, de pardos bómbrices tocados con antenas mefistofélicas, «esfinges» con ojuelos de pájaro, forrados de vello, el tío Paul y su convidado, Minne y Antoine han ido a sentarse a la terraza.

El fuego de la cocina y la lámpara del comedor arrojan al jardín dos pinceladas de luz anaranjada. Chirrían las cigarras como a pleno día y la casa, que por todos los poros de su piedra gris ha bebido el sol, estará tibia hasta medianoche.

Minne y Antoine, sentados, las piernas colgantes, encima de la pared baja de la terraza, permanecen callados. Antoine quiere distinguir en la oscuridad los ojos de Minne, pero la noche es muy densa. Hace calor, se siente incómodo dentro de su cuerpo y soporta pacientemente esta sensación demasiado familiar.

Minne, inmóvil, mira frente a sí. Escucha los pasos de la noche que estremece la

arena del jardín y crea entre las sombras temibles rostros que la hacen estremecer de placer. Esta hora, serena y pesada, la llena de impaciencia, y, ante tanta tranquila belleza, recuerda al pueblo amado que rige sus ensoñaciones.

Noche pesada en que las manos buscan el frescor de la piedra. Estará llena de fiebre y crimen a lo largo de las fortificaciones, atravesada por agudos silbidos. Minne se vuelve, bruscamente, hacia su primo.

—Silba, Antoine.

—¿Que silbe qué?

—Da un silbido fuerte, todo lo fuerte que puedas. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Basta! ¡No sabes!

Junta las manos, hace crujir las falanges y bosteza mirando al cielo, como una gata.

—¿Qué hora es? ¿El tío Luzeau no piensa irse?

—¿Por qué? No es tarde. ¿Tienes sueño?

Una mueca de desprecio: ¡sueño!

—El viejo me irrita.

—¡A ti todo te irrita! Es un buen hombre, un poco latoso.

Ella se encoge de hombros y habla mirando a las sombras:

—¡Todo el mundo es para ti un buen hombre! ¿No le has mirado a los ojos? Yo sé lo que sé.

—¡Qué has de saber tú, comino rancio!

—¡Te ruego un poco de corrección! ¿Con quién crees que hablas? El tío Luzeau es un veterano del crimen.

—¡Un veterano del crimen! Minne, si te oyera...

—Si me oyera, no se atrevería a venir más. En su cabañita de cazador se dedica a atraer crías, abusa de ellas y las estrangula. Así fue como desapareció la pequeña Quenet.

—¡Oh!

—Sí.

Antoine siente que se le va la cabeza. Estalla en voz baja, prudentemente:

—¡Si no es verdad! Tú sabes que sus padres dijeron que se fue a París con un...

—Viajante, sí, lo sé. El tío Luzeau les pagó para que no dijeran la verdad. Esa gente por dinero haría cualquier cosa.

Antoine se queda abrumado por espacio de un minuto; luego se rebela su sentido común, se atreve a coger en sus toscas manos los puños de Minne.

—Oye, Minne, no se dicen barbaridades de esta clase sin estar seguro. ¿Quién te ha contado eso?

El halo plateado en torno a la cabeza de Minne se estremece con las sacudidas de sus carcajadas.

—¡Ah, ah! ¿Crees que seré lo suficiente tonta para decirte quién ha sido? —se suelta las muñecas, recupera su envaramiento de infantina—. ¡Sé muchas cosas más,

caballero! Pero no tengo bastante confianza en usted.

El muchachote, tierno y torpe, tiene ganas de llorar y habla con voz huraña:

—¡No tienes confianza en mí! ¿Es que alguna vez he contado algo? Esta mañana... sin ir más lejos, cuando el tío Corne se vino a quejar de que tenía las verduras estropeadas, ¿hablé acaso?

—¡Sólo faltaba eso! Es la infancia del arte.

—Entonces... —suplica Antoine.

—Entonces, ¿qué?

—¡Me lo vas a decir a mí!

Ha renunciado a todo despliegue de desdén e inclina su largo cuerpo hacia esa reinecita indiferente que bajo sus rubios cabellos guarda tantos secretos.

—Ya veremos —dice ella.

—¿Puedo entrar, Antoine? —grita la vocecita aguda de Minne detrás de la puerta.

Antoine, azorado como virgen sorprendida, corre de un lado a otro, gritando: «¡No, no!», y busca, aturdidamente, la corbata. Un pequeño arañazo de impaciencia y Minne abre la puerta.

—¿Qué es eso de «no, no»? ¿Porque estás en mangas de camisa? ¡Ay, hijo, si crees que me importa!

Minne, con un traje azul de lino, lisos los cabellos bajo la cinta blanca, se detiene frente a su primo que, con mano nerviosa, anuda la corbata que por fin ha encontrado. Lo mira con sus profundos ojos negros en los que tiembla y se refleja la hierba fina de las pestañas. Y Antoine se aparta ante esas admirables pupilas. Poseen el severo candor que se advierte en los ojos de los niños pequeñitos, que son tan graves porque todavía no hablan. Su agua sombría anega las imágenes y Antoine, por haberse reflejado un instante, confuso, en mangas de camisa como guerrero sin coraza, pierde toda serenidad.

—¿Por qué te echas agua al pelo? —interroga Minne agresivamente.

—¡Toma, para que la raya me quede bien!

—Pues no te queda bonito. Te deja unos pelos pegados de indio.

—¡Si vienes a verme para decirme eso cuando estoy en camisa...!

Minne se encoge de hombros. Da vueltas por la habitación, juega a la señora de visita, se inclina sobre una caja con tapa de cristal, señala con el índice.

—¿Qué es esa mariposa?

Él se agacha, la cara cosquilleada por los finos cabellos de Minne.

—Es un «vulcano».

—¡Ah!

Antoine, poseído por un extraordinario valor, coge a Minne por la cintura. No sabe, en absoluto, qué hará después. Un perfume de limón, rubio como los cabellos de Minne, le pone un agua clara y ácida bajo la lengua.

—¿Por qué ya no me besas al darme los buenos días, Minne?

La niña despierta, se zafa, recobra su grave y puro talante.

—Por qué no es correcto.

—¿Y cuando no hay nadie, como ahora?

Minne reflexiona, los brazos colgando a ambos lados.

—Es verdad, no hay nadie... Pero no me iba a dar ningún gusto.

—¿Tú qué sabes?

Se asusta, después de haber hablado, por el atrevimiento que ha tenido. Minne no contesta. Él recuerda, con la sangre en las mejillas, una tarde de malas lecturas que le dejaron, como se siente en este instante, estremecido, las orejas ardientes y heladas las manos. Minne parece decidirse de repente:

—¡Bueno! Bésame, pero he de cerrar los ojos.

—¿Tan feo me encuentras?

Minne mueve la cabeza, sacude sus brillantes rizos sin conmoverse por el grito tan humilde y sincero:

—No..., pero es cuestión de tomarlo o dejarlo.

Cierra los ojos, se queda tiesa, espera. En cuanto sus ojos negros han desaparecido, se la ve, de repente, más rubia, y más joven, una niña dormida. Antoine, con un impulso mal calculado alcanza su mejilla con boca golosa. Quiere repetir, pero se siente rechazado por dos manitas como zarpas, mientras que las tenebrosas pupilas, bruscamente desveladas, le gritan sin palabras:

—¡Vete! No has sabido engañarme. ¡No es él!

Minne duerme mal esa noche, con sueño inquieto de pajarillo. Cuando se acostó, el cielo bajo corría al Oeste como una muralla negra, y el aire seco y arenoso, endurecía la nariz. El tío Paul, muy destemplado, dilatado el hígado, busca en vano una hora de descanso en la terraza y sube temprano, dejando a mamá que eche la cadena a las persianas y regañe a Célénie: «¿La puertecilla de abajo?». «Está cerrada». «¿El tragaluz del granero?». «No se abre nunca». «Eso no es un motivo. Voy yo misma».

Minne se ha dormido arrullada por unos fragores sordos y dulces. La despierta un corto estrépito seguido de una singular ventolera que empieza como brisa susurrante, se hincha, asaltando la casa que cruje toda. Luego, una calma muerta; pero Minne sabe que no ha terminado, espera, cegada por las hojas de fuego azul que hienden las persianas.

Aunque no tiene miedo, esta espera física y espiritual la extenua. Sus pies y manos están ansiosos y la punta de su fina nariz se estremece con angustia autónoma. Rechaza las sábanas, alza los cabellos en su frente, y su roce de tela de araña la irrita hasta el paroxismo.

¡Otra oleada de viento! Se presenta como una furia, da vueltas en torno a la casa,

insiste, sacude humanamente las persianas. Minne oye el gemido de los árboles. Un sordo estruendo cubre el gemido, suenan vacíos y falsos los truenos y el eco de las montañitas devuelve su estrépito.

«No son los mismos truenos de París —piensa Minne, hecha un ovillo en su cama descubierta—. Oigo la puerta del cuarto de mamá. ¡Me gustaría ver la cara de Antoine! Se hace el valiente delante de la gente, pero ¡le da un miedo la tormenta! También me gustaría ver cómo los árboles tienden las espaldas».

Guiada por los relámpagos corre a la ventana, y en el instante en que entreabre los postigos una luz fulminante la golpea, la rechaza y Minne cree morir.

Vuelve a ella, con la oscuridad, la seguridad de vivir. Un viento irresistible pone tiesos sus cabellos, y levanta las cortinas hasta el techo. Minne, reanimada, distingue en la fantástica luz que de segundo en segundo nace, el jardín torturado, las rosas que forcejean, violáceas, bajo los relámpagos color malva, los plátanos que imploran con sus manos de hojas, abiertas y asustadas, a un enemigo invisible e innúmero.

«¡Todo ha cambiado!», piensa Minne. Ya no reconoce el apacible horizonte de las montañas en este perfil de cimas japonesas, ora verdosas, ora sonrosadas y que una centelleante arborescencia une por turnos al trágico firmamento.

Minne, visionaria, se lanza hacia la tormenta, hacia el teatral resplandor, hacia el soberano estruendo, con toda su alma, enamorada de la fuerza y el misterio. Recogería sin el menor temor esos helechos que dan la muerte, saltaría a las nubes ribeteadas de fuego, con tal de que la recompensara una mirada, aduladora e insultante, caída de los lánguidos párpados del Ricitos. Confusamente siente la dicha que puede existir en morir por alguien, delante de alguien, y que éste es un valor fácil con tal de que le ayude un poco de orgullo o un poco de amor...

Antoine, la cara hundida en la almohada, crisca las mandíbulas con fuerza capaz de partir el esmalte de los dientes. Le enloquece la proximidad de la tempestad. Está solo y antes que mirar los relámpagos puede retorcerse a sus anchas, ahogarse en la pluma cálida, esperar, con el ansia de un explorador muerto de sed, las primeras gotas del apaciguante chaparrón.

No tiene miedo, positivamente no, pero es superior a sus fuerzas. De todas formas, la violencia suma de la tormenta llega a desprender de él su egoísta temor. Escucha sentado en la cama: «¡Seguro que ha caído en el huerto! Minne debe de estar muerta de miedo».

La evocación precisa de Minne, enloquecida, pálida en su camisa blanca, los cabellos como lluvia de oro y plata, precipita una oleada de pensamientos heroicos y amorosos en el alma de Antoine. ¡Salvar a Minne, correr a su cuarto, estrecharla en el instante en que le falta voz para pedir auxilio! Tenderla junto a sí, reanimar con caricias el cuerpecillo helado cuya gracilidad se feminiza apenas... Antoine, las piernas fuera de la cama, la nuca inclinada para guardar su rostro de los relámpagos

que lo azotan como bofetadas, no sabe si huye de la tormenta o si corre hacia Minne cuando la vista de sus largas piernas faunescas, peludas y duras, detiene su impulso. ¿Se puede imaginar a un héroe semidesnudo?

Mientras vacila, a la vez exaltado y tímido, se aleja la tempestad, se amortigua en distante artillería. Las primeras gotas de un diluvio caen una a una, rebotando encima de las hojas de aristolaquia como en panderetas aflojadas. Una exquisita depresión lo abrumba y desliza en sus miembros el óleo bienhechor de la cobardía.

Minne ya no aparece con los rasgos de una víctima conmovedora, sino con el aspecto, no menos turbador, de una jovencita en camisón. Prolongar mágicamente su sueño, abrir sus brazos sueltos, besar esos párpados transparentes que azulea el negro oculto de las pupilas.

Antoine, otra vez tumbado en medio de la tibia cama, despereza su excitación transformada. Cerrará los ojos bajo la luz del día que se asoma, gris y tranquilizadora, poseerá largamente a Minne dormida, la más juvenil, la más menudita de su serrallo de siempre, donde elige ora a Célénie, la morena y robusta doncella, ora a Polaire, de cabellos cortos, a mademoiselle Moutardot, que fue la reina de los lavaderos de Saint Ambroise, y a Dido, que reinó en Cartago.

Antoine y Minne, a solas en el sonoro comedor, meriendan de pie, cerca de la cerrada ventana y, llenos de melancolía, ven caer la lluvia, que, fina y tupida, huye hacia el Este con velos que se mueven lentamente como los faldones de un vestido de gasa que caminara. Antoine sacia su hambre con una larga y ancha rebanada de pan con arroje en la que sus dientes marcan medias lunas. Minne sostiene, el meñique en alto, una rebanada más pequeña que olvida morder para buscar a lo lejos, a través de la lluvia, más allá de las redondas montañitas, algo que no se sabe qué es. Debido a la lluvia se ha puesto otra vez su funda de terciopelo verde imperio, su cuellito blanco que sigue la línea caída de los hombros. A Antoine le gusta tristemente este atavío que rejuvenece a Minne en seis meses y recuerda el principio de curso, el mes de octubre.

¡Sólo queda un mes! Y habrá que abandonar a esta Minne extravagante, que murmura monstruosidades con la expresión serena de no comprenderlas, que acusa a la gente de violación y asesinato, que tiende su aterciopelada mejilla y con ojos llenos de odio rechaza el beso... Con toda su alma quiere a Minne, la quiere como muchachote descarado, hermano protector, amante temeroso y, a veces, también, como padre. Por ejemplo, el día en que se cortó con un cortaplumas y que con dura expresión apretaba los labios para contener las lágrimas. El día tristón dilata su alma con una ternura que a él mismo le avergüenza. Estira sus largos brazos, echa una mirada a su Minne rubia que se ha ido tan lejos. Tiene ganas de llorar, de abrazarla y exclama:

—¡Qué tiempo más asqueroso!

Minne, por fin, aparta la mirada del ceniciento horizonte y lo contempla silenciosamente. Antoine se enfada sin motivo:

—¿Por qué me estás mirando como si supieras una cosa mala de mí?

Ella suspira, la mordida rebanada en la mano.

—No tengo hambre.

—¡Cáspita! Si el arroje de Célénie es estupendo...

Minne frunce una naricilla distinguida.

—Así parece. ¡Estás comiendo como un albañil!

—¡Y tú como doña Melindres!

—Hoy no tengo hambre de arroje.

—¿De qué tienes hambre hoy? ¿Mantequilla fresca con pan tierno, queso blanco?

—No, quisiera una pipa de azúcar candi.

—Tíita no querrá —responde Antoine sin más sorpresa—. Además, no es rico.

—¡Sí que es rico! Una pipa de azúcar candi, no muy fresca, cuando lo de abajo está blanco, un poquito blando, y en medio no hay más que un tubito de azúcar duro que cruje como el cristal. Anda, pon mi rebanada en el aparador. Me revienta.

Obedece y se sienta a los pies de Minne, en una sillita baja.

—Háblame, Antoine. Eres mi amigo. Distráeme un poco.

¡Justito lo que estaba temiendo! La dignidad de amigo confiere a Antoine una confusión extraordinaria. Todo va bien cuando a Minne le da por contar cuentos de asesinato o de ultraje a las costumbres, pero tener que hablar... Se confiesa incapaz.

—Y, además, has de comprender, Minne, que un chico como yo no tiene un repertorio de cuentos para muchachitas.

—¡Toma, lo mismo te digo! —responde Minne, ofendida—. ¿Crees que podría contarte todo lo que pasa en mis clases? ¡La mitad de las pécoras que vienen a clase dejarían chiquito al tío Luzeau!

—¡No!

—¡Sí! La prueba es que cinco o seis tienen amantes.

—¡Bah, te estás burlando! Sus familias se enterarían.

—En absoluto, señor, son demasiado listas.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—¡Hombre, pues a lo mejor es que tengo ojos!

¡Ah, sí, tiene ojos! Unos ojos terriblemente graves que inclina sobre Antoine como para darle vértigo.

—Tienes ojos, sí. ¡Pero sus padres también! ¿Dónde se ven tus compañeras con sus amantes?

—Toma, a la salida de las clases —replica Minne sin desconcertarse—. Cambian cartas.

—¡Ah! ¿De veras? Bueno, si se limitan a cambiar cartas...

—¿De qué te ríes?

—Pues que tus amigas no corren el riesgo de cargar con un crío.

Minne parpadea y desconfía de su ciencia incompleta.

—Sólo digo lo que quiero decir. ¿Crees que entregaré al... al oprobio a lo más

escogido de la sociedad parisiense?

—¡Minne, estás hablando como un folletín!

—¡Y tú como un golfo!

—¡Tienes muy mal genio, Minne!

—¡Ah! ¿Sí? Pues me voy.

—Pues vete.

Se vuelve dignamente y va a salir de la habitación cuando un brusco rayo que asoma entre las nubes provoca en ambos muchachos el mismo «¡ah!» de sorpresa. El sol, ¡qué dicha! La sombra digitada de las hojas de los castaños danza en el *parquet*, a sus pies.

—Ven, Antoine. ¡Corramos!

Corre al jardín, donde aún llueve, seguida por Antoine, que de mala gana arrastra los pies. Pasea por las alamedas, mojadas aún, contempla el jardín rejuvenecido. El espinazo de las montañas humea a lo lejos como el de un caballo fatigado y la tierra termina de beber en hormigueante silencio.

Minne se para delante de un árbol frondoso, completamente deslumbrada. El árbol se ha engalanado, vaporoso y sonrosado como un cielo Trianón. De su cabellera como nubes aborregadas, ¿no van a salir volando unos amorcillos desnudos, de esos que sujetan banderolas de un azul pálido y que en mejillas y trasero llevan demasiado bermellón?

Chorrea el espaldar, pero los melocotones con forma de limones, que se llaman «tetitas de Venus», se han quedado cálidos y secos bajo su terciopelo, impermeable y maquillado. Minne se ha arremangado para sacudir las rosas pesadas por la lluvia, y muestra unos brazos de marfil, delgaditos, irisados de un vello todavía más pálido que sus cabellos, y Antoine, taciturno, se muerde los labios pensando que podría besar esos brazos, acariciar su boca con ese vello plateado.

Minne se ha puesto en cuclillas junto a una babosa colorada y la fina punta de sus rizos se moja en un charco de agua.

—Fíjate, Antoine, es coloradita y granulada. Se diría que va de «bolso de viaje».

El muchacho no se digna inclinar su nariz, que está enfurruñada.

—¡Antoine, por favor, dale la vuelta; quisiera saber si mañana hará buen tiempo!

—¿Cómo?

—Célénie me lo ha confesado. Si las babosas llevan tierra en la punta de la nariz, es señal de buen tiempo.

—Dale tú la vuelta.

—No, que me da mucho asco.

Antoine, gruñendo para salvaguardar su dignidad da la vuelta, con un trocito de madera, a la babosa que babea y se crispa. Minne, no puede ocultar su contento.

—Oye, ¿dónde tiene la nariz?

En cuclillas a su lado, Antoine no puede prohibir a su mirada que se deslice a los tobillos de Minne, bajo la enagua blanca con festón, a las ondas bordadas del

pantaloncito. El animal que lleva dentro se estremece y piensa que con un brusco ademán tumbaría a Minne en la alameda húmeda. Pero ella, de un salto, se levanta.

—¡Ven, Antoine! ¡Recogeremos calabacines debajo del cornejo!

Lo arrastra, sonriente, animada, hacia el huerto lavado y agradecido; el palastro ondulado de las coles desborda de pedrería y los finos arbustos portadores de la simiente de espárrago balancean una rutilante escarcha.

—¡Minne, un caracol rayado! Fíjate, parece un caramelo.

*Caracol,
caracolín,
enséñame tus cuernos.
Si no me los enseñas
te haré detener
por tu padre,
por tu madre,
por el rey de Francia.*

Minne canta la vieja canción de rueda con voz pura y aguda y, de súbito, se interrumpe:

—¡Antoine, un caracol doble!

—¿Cómo doble? —se agacha y se queda mohíno, sin atreverse a tocar a los caracoles pegados ni a mirar a Minne que se inclina—. No toques eso, Minne. ¡Es una cochinada!

—¿Por qué cochinada? No es más cochino que una almendra o una avellana. ¡Es un caracol doble!

Tras la corta lluvia el calor ha regresado, brutal, apenas soportable y la Casa Seca ha cerrado las persianas.

Como dice mamá, doliente, vestida con claros percales: «¡No se puede vivir!». El tío Paul mata en su habitación las lentas horas del día, y el comedor sombrío, lleno de ecos y crujidos, ampara de nuevo a Minne, lánguida, y a Antoine, dichoso. Está sentado frente a su prima y dispone blandamente los trece paquetes de cartas de un solitario. Se siente encantado de tener ante sí a una Minne cambiada, que ha levantado, atrevidamente, sus cabellos en moño alto, para tener más fresco. Descubre, cuando vuelve la cabeza, una nuca blanca, azulada, como lirio en la sombra, donde unos impalpables cabellos, escapados del moño, se retuercen con gracia vegetal.

Minne, con este peinado que la disfraza de «señora», se pavonea con aire desenvuelto y tajante que relega lejos a Antoine y sus conatos de elegancia: pantalón de cutí blanco, camisa de tursor, cinturón ancho y bien apretado. Y con su camisa de seda colorada, sus cabellos negros y su tez morena, tiene un terrible parecido, que es

incapaz de imaginar, con un vaquero del «Nouveau Cirque». Antoine, por vez primera, siente la indignancia de los medios que existen para gustar y comprende que un enamorado, si no es amado, jamás puede parecer apuesto.

Minne se levanta, embrolla las cartas.

—¡Basta! Hace demasiado calor.

Se va a las entornadas persianas, mete el ojo en el redondo agujero, hecho por la carcoma, y asiste al calor como a un cataclismo.

—¡Si vieras! ¡No se mueve ni una hoja! ¡Y el gato de la cocina! Ese bicho está loco. ¡Mira que cocerse así! Cogerá una insolación. Ya está tumbado, atontado. Créeme, siento cómo el calor entra por el hueco del postigo y se mete en el ojo.

Regresa, moviendo fuertemente los brazos para «hacer aire».

—¿Y qué haremos nosotros?

—No sé. Podemos leer.

—No, eso da calor.

Antoine envuelve con una mirada a Minne, tan esbelta con su vestido transparente.

—Un vestido así no pesa nada.

—¡Pues pesa demasiado! Y, sin embargo, no llevo nada debajo, casi nada. ¡Fíjate!

Levanta un poco el bajo de su vestido, como una bailarina excéntrica. Antoine entrevé las medias de hilo color habano, calados en el nacarado tobillo, el pantaloncito recortado, apretado bajo las rodillas. Los naipes del solitario, escapados de sus manos temblorosas, resbalan al suelo.

«No voy a ser tan tonto como la última vez», piensa, trastornado.

Traga saliva y consigue simular indiferencia.

—Eso será por abajo. Pero, ¿a que tienes calor arriba, en el corpiño?

—¿El corpiño? No llevo más que el sostén y la camisa. ¡Toca!

Se ofrece, de espaldas, la cabeza vuelta hacia él, cimbreada y los codos en alto. Antoine tiende unas manos presurosas, busca el lugar grácil de los pequeños senos. Minne, a la que apenas ha rozado, brinca, se aparta con un chillido de ratón y estalla en una risa estremecida que le anega los ojos de lágrimas:

—¡Burro! ¡Burro! ¡Está prohibido! ¡Nunca me toques debajo de los brazos! ¡Me parece que me va a dar un ataque de nervios!

Está irritada y él la cree provocadora. Por otra parte, ha rozado, bajo los húmedos brazos de la niña, un perfume. ¡Tocar la piel de Minne, la piel oculta que jamás ve el sol, hojear las interioridades blancas de Minne como se toca una rosa! ¡Oh, sin hacerle daño! Sólo para ver. Se obliga a ser suave, mientras siente que tiene las manos singularmente fuertes y torpes.

—¡No te rías tan fuerte! —susurra, avanzando hacia ella.

Minne se está tranquilizando lentamente, todavía ríe estremeciendo los hombros, y se seca los ojos con las puntas de los dedos.

—¡Eso sí que es bueno! ¡Si no puedo evitarlo! No lo vuelvas a hacer. ¡No,

Antoine, o grito!

—No grites —le suplica quedito.

Pero como continúa avanzando, Minne retrocede, los codos apretados a la cintura para defender el lugar de las cosquillas, pronto bloqueada contra la puerta y se apoya, tiende unas manos que amenazan y suplican. Antoine se apodera de las finas muñecas, aparta los brazos temerosos y entonces piensa que en ese momento dos brazos más le serían muy útiles. No se atreve a aflojar las muñecas de Minne, vacilante, callada, cuyos ojos ha visto mover como agua removida.

Unos cabellos sueltos rozan su barbilla y le despiertan un picor que se propaga por todo su cuerpo, como llama que corre. Para calmarla, sin soltar los brazos, aparta aún más los brazos, se aplasta contra ella y se frota como un cachorrillo, ignorante y excitado. Le rechaza una ondulación de culebra, se retuercen entre sus dedos las finas muñecas como gargantas de cisnes que se estrangulan.

—¡Bruto! ¡Bruto! Suéltame.

Retrocede de un brinco hasta la ventana y Minne se queda contra la puerta. Parece estar clavada, gaviota blanca de ojos negros y movibles. No ha comprendido bien, se ha sentido en peligro. Ese cuerpo de muchacho apoyado contra el suyo, tan fuerte que todavía siente los músculos duros, los huesos hirientes. La agita una tardía cólera, quiere hablar, insultar, y estalla en cálidos lagrimones, oculta en el delantal.

—¡Minne!

Antoine, estupefacto, la ve llorar, atormentado por el dolor, por el remordimiento y también por el temor de que mamá venga.

—¡Minne, por favor!

—Sí —solloza—, lo contaré, lo contaré.

Antoine tira el pañuelo al suelo con ademán de rabia.

—¡Naturalmente! «¡Lo contaré a mamá!». Las chiquillas todas sois iguales, no sabéis más que ir con cuentos. Tú no eres mejor que las demás.

Minne descubre instantáneamente un rostro ofendido por el que lágrimas y cabellos chorrean juntos.

—Sí, ¿tú crees eso? ¡Ah, sí! ¿Conque no sirvo más que para ir con cuentos? ¡Ah! ¿No sé guardar secretos? Hay chicas, señor, a las que se brutaliza e insulta.

—¡Minne!

—Y tienen el corazón más dolorido que todos los colegiales del mundo.

Esa palabra inocente, «colegial», hiere a Antoine en un punto sensible. ¡Colegial! Todo está dicho: la edad difícil, mangas muy cortas, bigote no bastante largo, el corazón dilatado por un perfume, por un murmullo de faldas, años de febril y melancólica espera. La brusca ira que enciende a Antoine le libra de su turbia embriaguez. Mamá puede entrar con toda tranquilidad, encontrará a primo y prima de pie, uno frente al otro, midiéndose con el ademán del cuello tan familiar a los gallos y a los niños rabiosillos. Minne se desgrena como una gallina blanca, el moño batallador, arrugadas las muselinas de su vestido; Antoine, chorreando sudor, se alza

las mangas de seda roja, de la forma menos caballeresca... Y mamá aparece, árbitro ataviado de claro percal, llevando en sus manos dos platos de rubias ciruelas.

Minne, esa noche, medita en su cuarto, antes de desnudarse. Enrolla lentamente, en torno a una cinta blanca, el último bucle de su cabellera y permanece inmóvil, de pie, los ojos abiertos y ciegos, fijos en la llama de la lamparita. Los cabellos enrollados, atados con blancas cintas, la tocan extravagantemente con seis caracoles de oro: dos en la frente y dos en las orejas, y en la nuca otros dos, dándole el aspecto de una aldeana de rizado cabello.

Los postigos cerrados encierran el aire pesado y se oye, claramente, en el espesor de la madera, el delicado trabajar de la carcoma. Si abriera, los mosquitos se precipitarían a la lámpara, cantarían en los oídos de Minne, que pegaría un brinco como una cabrita, y jaspearían sus delicadas mejillas con picaduras hinchadas y sonrosadas.

Minne, en lugar de desnudarse, se pone a pensar, boca pensativa, pupilas negras y fijas donde se refleja, pequeñita, la imagen de la lámpara, hermosas pupilas sonambúlicas bajo las cejas de terciopelo rubio cuyo noble arco presta tanta seriedad a la carita infantil.

Minne piensa en Antoine, en el enloquecimiento que, de repente, lo hizo tan brutal y tembloroso. No sabe hasta dónde habría llegado la lucha, pero le dedica un sordo resentimiento por haber sido, en ese momento, Antoine y no otro. Sufre, sola, frente a sí misma, como si un desconocido la hubiera besado en la oscuridad, por error. No siente indulgencia, ni siquiera física, para el pobre pequeño macho, torpe y ardiente. Protesta, con todo su ser de una equivocación de persona y se estremece al presentir que si el despreocupado durmiente del bulevar Berthier sale de su sueño amenazador y se acerca, si las manos húmedas y finas se apoderan de sus puños y un cuerpo demasiado flexible, oliendo a arena caliente y pereza, se aprieta contra el suyo, tal asalto, reforzado con ademanes suaves y miradas insultantes, la hubiera hallado sumisa, sorprendida apenas.

«Hay que esperar, esperar aún —sueña obstinadamente—. Se evadirá de la cárcel y vendrá a esperarme en la esquina de la avenida Gourgaud, y me iré con él. Me impondrá a su pueblo, me besará en la boca delante de todos, que rugirán de envidia. Nuestro amor crecerá con el peligro cotidiano».

La Casa Seca cruje. Un cálido viento, tan ligero como un traje de cola, barre las flores caídas del jazmín de Virginia.

«Cosas más ridículas se han visto», concluye Antoine en su fuero interno. Puntea con tinta la madera del pupitre, mordisquea el portaplumas de cerezo oloroso. El tema de latín le produce una repugnancia casi física. Siente, prematuramente, el

desfallecimiento de principios de curso que, en la mañana del primero de octubre, palidece a los colegiales... El alma de Antoine, a medida que setiembre transcurre, se vuelve desesperadamente hacia Minne, Minne blanca con dorados reflejos, Minne, fresca imagen de un julio libre, de un hermoso mes brillante y nuevo como moneda virgen, Minne huidiza, tan inaccesible como las horas. Minne y las vacaciones. ¡Oh! Conservar a Minne, afinarse al contacto de esa duplicidad velada de candor. Existe una solución, un arreglo, una conclusión natural y luminosa... «Cosas más ridículas se han visto —se repite por vigésima vez— que un largo noviazgo entre un muchacho de dieciocho años y una niña de quince... Por ejemplo, en las familias reales...». Pero, ¿a santo de qué argumentar más? Minne querrá o no: he ahí todo. El sencillo movimiento de cabeza de una niña de cabellos de oro puede cambiar el curso del mundo.

Suenan las once. Antoine se ha levantado, trágicamente, como si el reloj Luis Felipe diera su hora postrera. El espejo de la chimenea devuelve la imagen resuelta de un muchacho de nariz atrevida, con ojos que bajo el cobijo de las frondosas cejas, dicen: «Vencer o morir». Franquea el corredor, con dedos firmes llama a la puerta de Minne. Está sola, sentada, y frunce ligeramente las cejas, pues Antoine ha dado un portazo.

—Minne...

—¿Qué hay?

No ha dicho más que dos palabras. Pero estas palabras, esta voz significa tantas cosas secas, desagradables, desafío y cortesía exagerada. El valeroso Antoine no se amilana.

—Minne, Minne, ¿me quieres?

Lo mira de perfil, sin volver la cabeza, acostumbrada a los modales incoherentes de ese salvaje, que repite:

—Minne, ¿me quieres?

Una indefinible expresión, ironía, despreocupada compasión e inquietud, anima las negras pupilas, se desliza entre las rubias pestañas. Una fugitiva sonrisa estira la boca nerviosa. En un segundo, Minne ha revestido sus armas.

—¿Si te quiero? ¡Claro que te quiero!

—No te pregunto si es claro, te pregunto si me quieres.

Se apartan las negras pupilas, Minne mira a la ventana y sólo muestra un perfil casi irreal de fragilidad, con los rasgos fundidos en la dorada luz.

—Fíjate bien, Minne. Lo que voy a decirte es una cosa muy grave. Lo que me has de contestar también es muy grave. Minne, ¿me querrás bastante para casarte conmigo más adelante?

¡Esta vez se ha movido! Antoine ve frente a él a una especie de ángel obstinado, cuyos amenazadores ojos hablaban antes que su boca contestara:

—¡No!

Al principio no siente el dolor físico que preveía, el dolor esperado que le hubiera

impedido todo pensamiento. Sólo tiene la sensación de que sus rotos tímpanos dejan que el cerebro se le llene de agua. No obstante, pone buena cara:

—¡Ah!

Minne considera superflua una segunda respuesta. Mira a Antoine de reojo, agachada la cabeza; uno de sus pies golpea el suelo, imperceptiblemente.

—¿Sería indiscreto, Minne, preguntar los motivos de tu negativa?

La nena suspira con un profundo aliento que levanta como plumas los revueltos cabellos que caen por las mejillas. Se muerde pensativa la uña del meñique, contempla amistosamente al desgraciado Antoine que, tieso como en el desfile, deja, estoicamente, que el sudor corra por sus mejillas y, finalmente, se digna contestar:

—Es que estoy prometida.

Está prometida. Antoine no ha podido lograr más. Todas las preguntas se han estrellado ante esas pupilas sin fondo, esa boca apretada sobre un secreto o una mentira.

Antoine, solo ahora en su cuarto, crisca sus manos en los cabellos e intenta pensar.

Ha mentido o no ha mentido. No sabe qué es peor. «Las chicas son tremendas», piensa ingenuamente. Jirones de novelas pasan ante sus ojos: «la crueldad de la mujer», «la doblez de la mujer», «la inconsciencia de la mujer». «Quizá los que escribieron eso sufrieron —piensa con súbita piedad—. Pero, por lo menos, acabaron de sufrir, mientras que yo empiezo ahora. ¿Y si fuera a preguntar la verdad a tííta?». Sabe que no irá; y no es pura timidez lo que le detiene, es que todo cuanto viene de Minne le es sagrado. Confidencias, mentiras, confesiones. Las preciosas palabras de Minne a Antoine deben enterrarse en su alma, depósito de inapreciable valor que defenderá contra todos.

«Minne está prometida». Repite las tres palabras con desesperación respetuosa, como si su rubia Minne hubiera conquistado una notable graduación. Diría más o menos de igual manera: «Minne es jefe de escuadra», o «Minne ha sido primera en griego». No es culpa suya si ese amante sincero no tiene más que dieciocho años.

Es un lastimero cuerpo el que se revuelca semivestido en la cama de Antoine. El pobre niño, en medio de sus profundos suspiros de leñador, se esfuerza en comprender que el dolor es capaz de encender los sentidos y que sin duda tendrá que madurar mucho para sufrir con pureza...

Minne está enferma. La casa se agita silenciosamente. Mamá muestra unos ojos irritados en un semblante crispado. El tío Paul ha hablado de fiebre de crecimiento, de malos momentos, de infección gástrica. Mamá pierde la cabeza; su tesoro, su sol, su pollito blanco, tiene fiebre y hace dos días que está en cama.

Antoine vaga, presto a acusarse de todo cuanto ocurre, desliza por la entreabierta puerta su largo hocico en el cuarto de Minne, pero crujen sus zapatones y unos «chist, chist» lo ahuyentan hasta el pie de la escalera. Ha podido apenas entrever a Minne tendida, pálida, en la cama de persa verde y azul. Bebe un poco de leche, poquito, con un ruido de sus labios reseco; luego, se cae y suspira. Se la creería acostada por capricho, si no fuera por el círculo malva de sus ojos y el pliegue en el ángulo de las finas aletas de la nariz... Sólo por la noche, cuando mamá ha corrido las cortinas y encendido la lamparilla en el vaso azul, Minne suspira más fuerte, agita las manos, se sienta, se acuesta y murmura cosas incomprensibles: «Duerme..., hace ver que duerme..., la reina..., la reina Minne». En fin, cortas frases pueriles, como niño que sueña en voz alta...

En un amanecer de rojiza niebla, que huele a musgo húmedo, setas y humo, Minne despierta, afirmando que está curada. Bosteza, enseña una lengüecita pálida, pero limpia, se estira, larga, larga en su camita y hace cien preguntas antes de que mamá logre creer en su dicha.

«¿Qué hora es? ¿Dónde está Antoine? ¿Hace buen tiempo? ¿Puedo tomar chocolate?».

Dos días más tarde, degusta al borde de una corteza de pan, la leche blanca y la crema amarilla de un huevo pasado. Minne, golosa, bien apoyada entre dos almohadones, juega a la convaleciente. Por la abierta ventana, el aire, delicioso, hincha las cortinas y hace pensar en el mar.

Minne se va a levantar mañana. Hay humedad hoy y las hojas llueven. El viento del Oeste canta bajo las puertas con voz de invierno, voz que da ganas de asar castañas dentro de la ceniza. Minne estrecha un gran chal de lana blanco en torno a sus hombros y sus trenzados cabellos descubren sus orejitas de porcelana rosada. Admite a Antoine para que le haga compañía y él muestra una gratitud discreta de perro recogido. La barbilla adelgazada de Minne le enternece hasta las lágrimas. Quisiera coger a esa nenita en brazos, acunarla y dormirla. ¿Por qué ha de leer en las negras pupilas, misteriosas, tanta malicia y tan poca confianza? Antoine ya ha leído en voz alta, ha hablado de la temperatura, de la salud de su padre, de la próxima partida, y la penetrante mirada no se desarma. Va a proseguir con la novela empezada, pero una manita afilada se tiende fuera de la cama y lo detiene.

—Basta —ruega Minne—. Me cansa.

—¿Quieres que me vaya?

—No. Antoine, oye. Aquí no tengo confianza más que en ti. ¿Puedes hacerme un gran favor?

—¡Sí!

—Me escribirás una carta, una carta que mamá no debe ver, ¿comprendes? Si mamá ve que escribo estando en cama puede preguntar a quién escribo. Tú... tú escribes allá en la mesa, me haces compañía, nadie verá nada. Quisiera escribir a mi novio.

Puede acechar la cara de Antoine ante este golpe. Antoine, que ha progresado mucho, no se ha movido. Viviendo junto a Minne el sentido de lo extraordinario y lo variable ya se ha hecho suyo. Y, sencilla como la ferocidad de Minne, le posee esta idea: «Escribiré sin que note nada. Así sabré quién es y lo mataré».

Sigue, dócilmente, sin hablar, las instrucciones de Minne.

—En mi carpeta. No, ese papel, no. Blanco, sin iniciales. ¡Él y yo tenemos que tomar tantas precauciones!

Y cuando está sentado, ha humedecido la pluma nueva y sujeta la carpeta, la niña dicta:

«Mi bienamado...».

No se estremece, tampoco escribe. Mira a Minne profundamente, sin ira, hasta que ella se impacienta:

—¡Anda, escribe!

—Minne —murmura Antoine con voz lenta y extraña—. ¿Por qué me haces esto?

La niña cruza el chal sobre su pecho con un ademán de desafío. Una emoción nueva sonrosa sus mejillas transparentes. Le parece que Antoine es un extraño y es ahora su vez de mirarlo con aire distinto y adivinador. Quizá descubre, por un brevísimo instante, al Antoine que será dentro de cinco o seis años, alto, robusto, a sus anchas en su cuerpo como dentro de un traje a medida, conservando de hoy nada más que sus dulces ojos de bandido negro.

—¿Por qué, Minne? ¿Por qué me haces esto?

—Porque sólo tengo confianza en ti.

¡Confianza! Ha encontrado la palabra que basta para destruir la voluntad de Antoine. Obedecerá, escribirá la carta, agitado por esa oleada de sublime cobardía que absuelve a tantos maridos complacientes, a tantos amantes humildes que comparte con otros su amor...

«Mi bienamado: Que tus queridos ojos no se extrañen de una letra que no es mía. Estoy enferma y es alguien de confianza...».

Vacila la voz de Minne, parece estar traduciendo, palabra por palabra, un texto difícil.

«Alguien de confianza, que te dará noticias mías para que te tranquilices y puedas entregarte de pleno a tu peligrosa carrera».

Peligrosa carrera —rumia Antoine—. ¿Será chófer, o estará de domador con Bostock?

—Antoine, ¿estás? «Tu peligrosa carrera... Mi bien amado, ¿cuándo estaré en tus brazos y aspiraré tu amado perfume?».

Una ola, enorme, amarga, inunda el corazón del que escribe. Lo soporta todo

como sueño doloroso que hace sufrir a uno hasta morir, sabiendo que sólo es un sueño.

—«Tu amado perfume... Quisiera olvidar a veces que he sido tuya...». Antoine, ¿estás?

No está; vuelve hacia ella una cara de abogado, una cara afeada e indignada que, al instante, llena de irritación a Minne.

—¡Anda, pues!

No anda, sacude la cabeza como ahuyentando una mosca.

—No es verdad —murmura finalmente—, o has perdido el juicio. Tú no has pertenecido a ningún hombre.

No hay nada que exaspere tanto a Minne como la incredulidad. Con gracia brusca recoge sus piernas escondidas; las luminosas pupilas negras, dilatadas, abruman a Antoine con su ira.

—¡Sí —grita—, le pertenecí!

—No.

—¡Sí!

—No.

—¡Sí! —y lanza como argumento sin réplica—: ¡Sí, te digo que sí, puesto que es mi amante!

—¿Tienes un amante? ¿Te has acostado con él? —pregunta quedito.

¡Cómo se apoya su voz, casi melodiosa, en las últimas palabras! El fuerte rubor de Minne confiesa, según cree él, su culpa.

—¡Naturalmente, caballero! ¡Me he acostado con él!

—¿Dónde? ¡Vamos! ¿Dónde?

Por un cambio de papeles, del que ella no se percata es Minne la que contesta, llena de confusión, a un Antoine agresivo, pletórico de una lucidez que no había previsto.

—¿Dónde? ¿Te interesa?

—Me interesa.

—Pues bien, por las noches, en el talud de las fortificaciones.

Antoine reflexiona; fija en Minne unos ojos achicados y prudentes.

—¿Por las noches? En el talud... ¿Así es que salías de casa? ¿No lo sabe tu madre? No, no, quiero decir si se trata de alguien cuya presencia no puedes justificar a tu madre.

La nena contesta que sí, con una grave inclinación de cabeza.

—¿Alguien de condición inferior?

—¡Inferior!

Lo fulmina, erguida y temblorosa, con el sombrío resplandor de sus ojos muy abiertos. Palpitan, apretadas y salvajes, las aletas de su fina naricilla. «Inferior». ¡Inferior ese amigo silencioso, amenazador, cuyo cuerpo flexible, tumbado en medio de la acera, fingía una graciosa muerte! Narciso de jersey a rayas, desvanecido a una

fuente. ¡Inferior al héroe de tantas noches que bajo sus ropas oculta el tibio puñal y lleva las sonrosadas huellas de tantas uñas aterrorizadas!

—Te pido disculpas, Minne —dice Antoine suavemente—, pero..., hablas de carrera peligrosa. ¿Qué es lo que hace tu... tu amigo?

—No puedo decirlo.

—Una carrera peligrosa —prosigue Antoine, paciente y cautelosamente—. Existen muchas carreras peligrosas. Podría ser techador, chófer...

Ella posa en él unos ojos asesinos.

—¿Quieres saber qué hace?

—Sí, lo preferiría.

—Es asesino.

Antoine arquea sus cejas de Mefistófeles provinciano, abre una boca papanatas y estalla en una carcajada juvenil. ¡La broma lo tranquiliza y se golpea los muslos con aire más convencido que distinguido!

Minne se estremece. Por sus pupilas, donde se refleja un encendido poniente septembrino, pasa el claro deseo de asesinar a Antoine.

—¿No me crees?

—Sí... sí. ¡Oh, Minne, qué chiflada estás!

Minne no conoce ya ni razón ni paciencia:

—¿No me crees? ¿Y si te lo enseñara? ¿Si te lo enseñara vivo? Es más guapo, más guapo de lo que nunca serás tú. Tiene un jersey azul y rojo, una gorra a cuadros negra y violeta, manos suaves como las de una mujer. Todas las noches mata a horribles viejas que tienen dinero escondido en sus jergones, a viejos asquerosos que se parecen al tío Corne. Es el jefe de una terrible banda que aterroriza a Levallois-Perret. Me espera de noche en la esquina de la avenida Gourgaud... —Hace una pausa, sofocada, buscando una última flecha que hundir—. Me espera allí, y cuando mamá se ha acostado, me voy a buscarlo... ¡Pasamos la noche juntos!

Ya no puede más, se recuesta en la almohada, espera el estallido de Antoine, mas en él sólo advierte una preocupación circunspecta, temor de haber provocado en Minne una recaída febril, un ligero delirio.

—Minne, me voy.

Cierra los ojos, de súbito, pálida y desembriagada.

—¡Está bien, vete!

—¿No estás enfadada conmigo, Minne?

Dice que no, con un ademán irritado.

—Buenas noches, Minne.

Coge encima de la sábana una manita seca, cálida, inerte, vacila en besarla y la deja suavemente, suavemente, como un objeto delicado del que no sabe cómo servirse.

Han pasado domingos desde que Minne se ha ido de la Casa Seca, domingos que han reunido al tío Paul y Antoine en torno al pastel tradicional. Minne aparta de ellos sus ojos huraños porque la vista del tío Paul, amarillo y arrugado, ofende a su lozana y cruel juventud; porque Antoine, bajo el uniforme negro con botones dorados, ha recobrado su desaliño de criatura que ha crecido demasiado de prisa, y se ha enmorenecido demasiado bajo el sol.

Minne ha reanudado las clases cotidianas y ya no busca más en el rincón de la avenida desierta al desconocido a quien entrega sus sueños. La acera espejea con los chaparrones o suena helada bajo los tacones como en las mañanas de diciembre. Por las noches, mamá borda bajo la lámpara; a veces se vuelve para escrutar inocentemente el rostro de su tesoro y se sumerge de nuevo en su paz de madre amorosa. No se debe censurar a mamá si Dios la ha previsto con el don del amor sin discernimiento. ¡Tantas honradas gallinas ampararon bajo sus alas rotas, el impulso, azul y verde metálico, de un hermoso ánade salvaje!

«¡Es él! ¡Es él! ¡Reconozco sus andares!».

Minne, agachada a punto de caer, crispa sus manos, que la exaltación hiela, en el antepecho de la ventana. Sus pupilas y su corazón lo han reconocido en medio de la oscuridad.

«No hay nadie más que él que sepa caminar así. ¡Qué flexible es! A cada paso se le ve contonear las caderas. Parece como si la cárcel lo hubiera enflaquecido. ¿Es la misma gorra a cuadros negros y violeta? ¡Me espera! Ha regresado. Quisiera que me viese. Se va. No... ¡Regresa!».

Es un esbelto vagabundo, de una flexibilidad deshuesada, que fuma y se pasea. La claridad de una ventana abierta a estas horas le sorprende y le hace alzar la cabeza. Minne, turbada, juraría que reconoce en ese rostro una palidez única y el humo del cigarrillo asciende hacia ella como incienso.

—¡Chist! —dice Minne.

El hombre se vuelve, sinuoso, de forma que revela a la bestia siempre en acecho. ¿Es esa cría de arriba? ¿A quién llama?

Una vocecita ligera pregunta:

—¿Me viene a buscar? ¿Tengo que bajar?

La silueta es juvenil y fina y el hombre, despreocupadamente, envía con ambas manos una obscena y zumbona respuesta: «¡Seguro, es la señal! —se dice Minne—, pero no puedo bajar así».

Empieza de nuevo, febrilmente, el extravagante aderezo del año pasado: en la garganta la cinta encarnada, el delantalito con bolsillos, el moño (¡oh, esa peineta que constantemente resbala!). ¿Cogerá un abrigo? No, cuando se ama no hace frío. Rápido. Abajo.

Los pies saltarines de Minne, calzados con rojas chinelas, apenas si rozan la

alfombra. ¡Un terrible crujido! Con la prisa, Minne ha olvidado el peldaño dieciocho, suelto, que gime como una puerta mohosa. Se aplasta, las manos en la pared; contiene la respiración. En la casa nada se ha movido. Abajo los cerrojos de seguridad obedecen a la manita que tantea. La puerta gira muda, pero ¿cómo cerrarla sin ruido?

«Bueno, ¡pues no la cierro!».

Hace fresco, casi frío. El viento, que ya no agita hojas en los plátanos desnudos, hace temblar el resplandor de los faroles de gas.

¿Dónde está?

No hay nadie en la avenida. ¿Qué dirección tomar? Minne, desolada, se retuerce, infantilmente, las manos desnudas. ¡Ah! Allá abajo. Una silueta se está alejando.

¡Sí, sí, es él!

Se lanza en su persecución, una mano en el moño que se tambalea, la otra sujetando la ligera falda. Lo inusitado de la hora y la gravedad de lo que realiza, lleva a Minne con pies que apenas tocan el suelo. Sin más extrañeza, tendería los brazos y echaría a volar. Se dice: «Es mi alma que corre». Hay que correr, y de prisa, pues la larga silueta del que sigue, cerca de la Puerta Malesherbes, ya no es más que una ondulante larva.

Minne cruza la avenida Gourgaud, alcanza la verja del tren, el bulevar Malesherbes. Jamás se ha aventurado más lejos yendo con Célénie y con mamá. El bulevar continúa, jalonado de árboles. ¡Dios mío! ¿Dónde se ha ido el Ricitos? No se atreve a gritar y no sabe silbar. ¡Allí, es él! No, un árbol grande. ¡Ay! ¡Ahí está! Tras pararse un instante para acallar su jadeante corazón, vuelve a caminar, se une a alguien que parece esperar, alguien mudo que se esconde bajo el borde reblandecido de un sombrero de fieltro, anónima la parte superior de su rostro.

—Perdón, señor...

La voccecita sofocada apenas puede hablar. El hombre, bajo el verdoso gas, enseña un mentón azulado por barba de tres días. No hay frente, no hay ojos, hasta las manos son invisibles, hundidas en los bolsillos. Sin embargo, Minne no siente miedo de ese maniquí sin rostro que parece vacío, alto como una armadura antigua...

—Señor, ¿no ha visto pasar a un hombre que iba por allí..., un hombre alto, que al caminar se balancea un poco?

Los hombros del individuo ascienden, caen. Minne siente sobre ella una mirada que no ve, y se impacienta.

—Pues ha tenido que pasar cerca de usted, señor.

Su carita voluntariosa busca valerosamente el rostro de sombras. La carrera ha sonrojado sus mejillas, sus ojos reflejan los faroles de gas como dos charcos de agua, abre y cierra la boca, y, esperando una respuesta, patatea. El hombre vacío se encoge de hombros y, por último, murmura sordamente:

—Nadie...

Minne sacude furiosamente la cabeza y se va, más de prisa, enloquecida por el tiempo perdido y corre, corre, ocupada solamente en sujetarse el moño que le

molesta. Acaba de tropezar con una pacífica pareja de agentes que suben por el bulevar. El choque con una espalda cuadrada la hace tambalearse; distingue unas palabras gruñonas:

—¿Quién me ha arreado un condenado...?

Corre, en sus oídos silba el viento, se va derecho derecho. El Ricitos ha debido de seguir las fortificaciones que le son un reino disputado, asilo poco seguro. Por el fondo de la trinchera repta un tren, deja atrás a Minne, vertiendo una oleada de humo. Hace más lento el caminar de sus pies cansados; mira, con la cabeza gacha, sus zapatillas cuyas afiladas puntas están manchadas de barro; se apoya en la reja para seguir el ojo colorado del tren: «¿Dónde estoy?».

Un hueco de sombra cierra el camino a cincuenta metros, negro portal por cuya cúspide pasa un animal, largo y vivo, empenechado de humo, agujereado de fuegos amarillos y rojos.

¡Otro tren! Pasa debajo del bulevar. No conocía este puente. Si es uno de sus asilos, ¡me espera allí!

Corre con labios temblorosos. Se prosiguen sus decisiones, fáciles, irrefutables. ¿Cómo no reconocer la segura visión que el amor otorga? Su mano, que sostiene el moño, parece levantarla locamente, por entero, con tres delicados dedos; y el viento que azota su garganta se la deja seca.

No le asusta la negra boca del tren que crece ante ella. Adivina que es el umbral de otra vida, el aspecto sagrado de los misterios. Unos mechones sueltos, escapados de su peineta de concha, la siguen horizontales o, caídos en su nuca, palpitan vivientes como plumas. Algo se ha movido más negro que la sombra rojiza, algo sentado en el suelo bajo el halo de niebla irisada que nimba la llama del gas. ¿Es él? No. Una mujer en cuclillas, dos mujeres, un hombre, escuchimizado y bajito. Los pies silenciosos de Minne no han anunciado su presencia. Además, el puente vibra aún con sordo rugido.

La niña que corre obliga a sus ojos a distinguir entre esas siluetas abatidas la silueta elegante del que persigue. No está ahí. Éstos son congéneres suyos, quizá súbditos. El hombre, una especie de niño raquíptico sentado en la acera, lleva el jersey ya conocido, la blanca gorra de paño que se pega al cráneo. A espaldas del grupo se hunde un matorral de columnas acanaladas.

«Como en Pompeya», comprueba Minne, a quien oculta la sombra de una columna.

Una de las mujeres acaba de levantarse, lleva el delantal, corpiño indigente y llamativo, el moño como casco de un negro metálico, tan lacio, tan tieso, tan tirante que espejea semejante al caparazón de un insecto batallador. Minne la mira ávidamente y compara: lo que a ella le falta es ese «chic» particular del peinado, del que ni un cabello se escapa es ese corpiño de lana colorada que una mariposa de burdo encaje sostiene en la garganta. Es, por encima de todo, ese no sé qué agresivo y desalentado en la actitud, cinismo, molicie de animal que vive, se alimenta, se rasca y

se satisface al aire libre. «De ahora en adelante, éstos serán los míos —se dice Minne, orgullosa—. Si los interrogo, me dirán dónde me espera el Ricitos».

La mujer que se ha puesto en pie estira sus brazos masculinos con un bostezo que es un rugido. Se ve una ancha espalda cortada por el bulto del corsé. Tose convulsivamente y toma el nombre de Dios con voz agotada.

«Sin embargo, he de decidirme», exclama Minne en su interior. Con el moño asegurado, las manos en los bolsillos en forma de corazón, irrumpe fuera de su garita de sombras y se adelanta, un pie asomando al borde de la falda.

—Perdón, señoras, ¿no han visto pasar a un hombre alto que al caminar se cimbreaba un poco?

Ha hablado en voz alta, de prisa, como pequeña comedianta que tiene más ardor que experiencia. Las dos mujeres pegadas de espaldas a la pared, contemplan estúpidamente a la niña disfrazada.

—¿Qué es eso? —inquiere la voz agotada de la que tosía.

—Una cría... Es majica —dice la otra.

El alfeñique, sentado abajo, igualito a una rana, ríe convulsivamente y luego alza una voz gangosa de jorobado:

—¿Qué andas buscando, pequeñaja?

Minne, ofendida, abruma al aborto con una mirada majestuosa.

—Busco al Ricitos.

El aborto se levanta, ceremoniosamente, descubriendo un cráneo con pocos cabellos.

—Yo soy el Ricitos, para servirte.

Minne frunce las cejas ante la hilaridad de las mujeres y va a alejarse, cuando el vagabundo se acerca más y le desliza estas palabras muy confidencialmente:

—Tengo ricitos, pero únicamente pueden verse en la intimidad.

Luego, como tiende, solapadamente, una mano hacia la cintura de Minne, la niña se estremece con todos sus nervios y huye, perseguida unos instantes por unas ágiles chancletas, persecución interrumpida por la voz de las mujeres:

—¡Antonín! ¡Antonín! ¡Déjala! ¡Déjala, te digo!

No es el temor lo que hace brincar así el corazón y los pies alados de Minne, sino el orgullo herido, la humillación ardiente de una reina que ha sido abrazada por un lacayo. «No adivinaron quién soy. ¡Ay de ellos, si más tarde me pertenecen! Se lo contaré a él. Pero, ¿dónde encontrarlo, Dios mío...?». Camina de prisa, demasiado cansada para correr. ¿Cuánto tiempo hace que recorre ese camino y ese talud? Esta noche, ¡qué poca gente hay! ¿Dónde estarán todos? Quizá hay conciliábulo en una de las canteras. Quiere sentarse en un banco para vaciar las zapatillas, llenas de arena, de guijarritos puntiagudos, pero una pareja abrazada, a la que su proximidad separa, la ahuyenta con palabras cuyo sentido no capta.

Un ¡chist!, brotado del talud, la para, la atrae.

—¿Es usted? —pregunta.

—Sí, soy yo —contesta una voz de falsete, que se disfraza deliberadamente.

—¿Quién es usted?

—Yo, pues yo... El encanto, el pico de oro.

—¡A usted no le busco! —contesta Minne severamente.

Vuelve a alejarse. Se aparta para dejar pasar a un rebaño de corderos, zuequitos secos acribillando la tierra, balidos en gama poco armónica, olor pacífico y gaseoso. Minne percibe el aliento de los perros que van y vienen, roza las redondas grupas lanosas. Pasan como el granizo y por un instante Minne puede pensar que se han llevado consigo todos los ruidos de la noche. Pero a lo lejos asoma un tren, se precipita, rabioso, escupiendo detrás de sí una metralla de carbones encendidos.

Minne, apoyada en un árbol, ha dejado de caminar. Para luchar contra la fatiga se repite una vez más: «Acabaré por encontrarlo. Es cuestión de preguntar. ¡Al fin y al cabo, es culpa mía! Perdí tiempo queriendo embellecerme. Pudo creer que había dudado. No, no dudé ni un instante. No dudo de él más de lo que dudo de mí misma».

Erguida de nuevo, barriendo con las manos sus cabellos de plata, desafía a la noche, pues sus ojos encierran bastante sombra para luchar en tinieblas con ella. Levanta sus pies doloridos, mira bajo el resplandor de un gas ahumado de bruma, las manos realmente tíasas de frío, y ríe con una risita triste e irónica.

«Si mamá estuviese aquí, seguro que diría: “Mi pequeña Minne, ¿vale la pena de que te haya comprado guantes de liebre blancos?”. Pero eso no me preocupa. ¡Si tuviera un cepillo, un trapo para quitarme el barro de las zapatillas! ¡Aparecer ante él con los pies embarrados!».

Cruza la desierta avenida para buscar un poco de hierba donde limpiarse las suelas y se estremece: no había visto a la mujer que recorre la blanda arena con paso cansino de animal acostumbrado a no encontrar la salida de su jaula. Lleva el casco de cabello, armadura de guerra y amor, el delantal de algodón y unos zapatos con lacitos, que al hundirse en los charcos inspiran compasión.

—¡Señora! —grita Minne, decidida, pues la mujer se aleja, celosa de su soledad de animal atemorizado que caza solitariamente y se contenta con ínfimas presas—. ¡Señora!

La mujer se vuelve, aunque alejándose a reculones. Es un ser hombruno y cuadrado, de cara violácea, ojitos porcinos y desconfiados. Minne, que le halla cierto parecido con Célénie, recupera su aplomo más majestuoso y habla con arrogancia.

—Señora... Verá. Me he extraviado. ¿Podría decirme el nombre de esta avenida?

Una voz sin timbre, como la de los perros de las casas de labranza, que duermen al relente, contesta tras un silencio:

—Creo que lo puede leer en las placas.

—Ya lo sé —responde Minne, impertinente—, pero no conozco el barrio. Busco a alguien. Y seguramente es alguien a quien usted conoce, señora.

—¿Alguien que conozco?

La mujer hombruna repite las últimas palabras de Minne con voz espesa en la que

se arrastra un vago acento campesino:

—Conozco poca gente.

Minne quiere reírse y tose porque tiene frío.

—¡Vamos, no tenga secretitos conmigo! Soy de las suyas, o lo seré.

La mujer, que se mantiene a distancia, no parece comprender. Alza la cabeza hacia el cielo negro y dice, por decir algo:

—Lloverá antes del amanecer.

Minne da una patadita. ¡Lluvia! ¡Animal inferior! La lluvia, el viento, el rayo, ¿qué importa todo esto? Sólo existen horas de noche y horas de día. Durante el día se duerme, se fuma, se sueña, pero durante la noche, aterciopelada tienda de campaña, se ama, se mata, se juega con las monedas de oro aún tintas en sangre. ¡Ah!, encontrar el Ricitos, olvidar en sus brazos una infancia esclava, obedecer apasionadamente a él, ¡sólo a él! Minne se impacienta, olfatea la noche, de nuevo poseída por el entusiasmo y la fiebre.

—Pareces muy jovencita —murmura la sorda voz de perro de presa afónico.

Minne mira a la mujer a través de sus largas pestañas.

—¡Muy jovencita! Tendré dieciséis años dentro de ocho meses.

—Apresúrate a tenerlos, es mejor.

—¡Ah!

—¿Trabajas sola?

—No trabajo —exclama Minne orgullosamente—. Los demás trabajan para mí.

—¡Tienes suerte! ¿Son hermanas pequeñas o mayores que tú?

—No tengo hermanas. Y, además, ¿qué le importa? Si me quisiera decir... Busco al Ricitos. Tengo algo que decirle, algo muy grave.

El monstruo triste se ha acercado a contemplar a esa nenita frágil que está hablando como si estuviera en su casa, que se atavía como un mascarón y va despeinada que es una vergüenza y pregunta por el Ricitos...

—¿Qué ricitos? ¿Qué ricitos?

—¡Vamos, el Ricitos! El que estaba con Casco de Cobre, el jefe de los Aristócratas de Levallois-Perret.

—¿El que estaba con Casco de Cobre? El que... ¿Es que yo conozco gentuza de ésa? ¿Quién te ha contado semejante porquería?

—Pero...

—Procura enterarte, tiñosa, que soy una mujer honrada y que no he arrastrado a ningún mocoso desde la Exposición del ochenta y nueve. ¡No tiene más pelo que mi mano y habla de banda, del Ricitos, de esto y lo otro! ¿Quieres largarte con viento fresco y arreando? ¿O te hago una ondulación que te quedarás tonta? ¡Es inaudito!

Minne, sin aliento, se ha sentado en el bordillo de la acera, libre, por fin, de la tremenda persecución de la arpía, que se ha precipitado sobre ella con saltos de batracio e incomprensibles amenazas. Minne, trastornada, se lanzó al otro lado del bulevar, a una calleja, luego a otra, hasta ir a parar a ese pasaje largo y desierto donde

el viento canta como en el campo y hiela las espaldas de Minne, que aprieta los codos y procura comprender lo que sucede:

«¡Es extraordinario! Se me trata por todas partes como enemiga. Hay muchas cosas que no entiendo. De todas maneras, hace mucho rato que estoy andando, no puedo más».

La fatiga dobla su espalda, inclina su cabeza, ramo deshecho, hacia sus rodillas, por vez primera desde que emprendió la fuga. Minne se acuerda de una camita tibia, de una habitación blanca y rosada. Tiene vergüenza de sentirse agachada y cobarde, el traje embarrado y el espinazo dolorido. Todo está por empezar. Hay que regresar, aguardar de nuevo la aparición del Ricitos, huir de nuevo, adornada, febril. ¡Oh, que llegue esa noche, completa, desbordante de amor! Que un brazo, cuya fuerza traidora adivina, guíe sus primeros pasos, que una mano infalible levante uno a uno todos los velos que ocultan lo desconocido, pues Minne se siente agotada hasta el sueño, hasta la muerte...

La despierta el silencio, el frío también. «¿Dónde estoy?». Aquí está, tras unos instantes de adormilamiento, en el bordillo de una acera, trastornada, alejada del mundo real, inconsciente de la hora, dispuesta a creer que una pesadilla la ha conducido a uno de estos países donde solamente el rostro de las cosas inmóviles es suficiente para crear un terror sin nombre.

¿En qué se ha convertido la Minne salvaje, la amante de un famoso asesino, la reina del pueblo rojo? Pajarillo delgadito, tiritita bajo su blusita rosa de verano, tose, da vueltas con ojos negros aterrorizados, y los largos cabellos rubios, tristes y despeinados. Tiembla su boca para retener la palabra que curará todos los terrores, atraerá el abrazo, la luz, el refugio: «¡Mamá!». Minne únicamente gritará esta palabra si se siente morir, si unos espantosos animales se la llevan, si por su garganta abierta se desparrama la sangre como tela tibia. Esta palabra es el postrer recurso: no hay que utilizarla en vano.

Se pone en camino, valerosamente, pensando cosas razonables.

«Miraré el nombre de las calles, ¿verdad?, y después daré con el camino de casa. Entraré despacito y... se acabó».

En la esquina del desierto callejón se pone de puntillas para leer: «Calle... calle... ¿Qué calle es ésta? Quizá reconozca la siguiente».

La siguiente está desierta, jorobada por adoquines sueltos, en montones de inmundicias. Otra calle, otra, otra. Tienen nombres extraños. Y Minne se queda aterrada, colgantes los brazos, invadida, poco a poco, por un loco temor... «Me han llevado mientras dormía, a una ciudad desconocida. ¡Si por lo menos encontrara a un policía! Sí..., pero, tal como voy, empezará por llevarme al cuartelillo».

Sigue caminando, se para, la cabeza hacia atrás para leer nombres de calles, vacila, retrocede, busca desesperadamente la salida del laberinto...

«Si me siento, me moriré en el sitio».

Este pensamiento sostiene los pasos de Minne. No es que la muerte la asuste, pero

querría, animalillo extraviado y enfermo, morir en su madriguera.

El frío más vivo, el viento que se levanta, rumores lejanos y lentos de carretas, todo huele a mañana que se acerca, pero Minne no sabe nada. Camina insensible, cojea porque le duelen los pies y porque una de sus zapatillas coloradas ha perdido el tacón. De súbito se para, aguza el oído, siente cómo se acercan unos pasos al alegre compás de una canción canturreada.

Es un hombre, un «caballero» más bien. Camina algo pesadamente, algo viejo, con una pelliza de cuello de pieles que casi lo tapa. El alma entera de Minne se agita.

«¡Qué expresión más bondadosa y tranquilizadora! ¡Qué caliente y suavcita debe de ser la pelliza forrada! ¡Calor, Señor, un poquito de calor! ¡Me parece que hace tanto tiempo que me falta calor!».

Va a echar a correr, a precipitarse al hombre como hacia un abuelo, a balbucearle, sollozante, que se ha perdido, que si se hace de día mamá lo descubrirá todo, pero se reprime con la prudencia que le da una larga desgracia. ¿Y si el hombre, incrédulo, la ahuyentara? Minne, bajo la lluvia menudita que empieza a caer, arregla como puede su cabellera húmeda, alisa con mano helada los pliegues de su delantal color de rosa, procura adquirir un aire lleno de naturalidad y sin más embarazo, ¡Dios mío!, que el de una jovencita de buena familia que, mientras paseaba, se ha extraviado en el camino.

«Le diré... ¿cómo? Le diré: perdón, señor, ¿tendría la amabilidad de indicarme por dónde se va al bulevar Berthier?».

El hombre está tan cerca que percibe el aroma de su cigarro; entonces Minne sale de las sombras, se adelanta bajo el gas verdoso.

—Perdón, señor...

Ante esa esbelta silueta, esos cabellos de paja plateada, el paseante se para. «Desconfía», suspira Minne, que no se atreve a continuar la frase preparada...

—¿Qué está haciendo esta nenita?

El hombre ha hablado un poco estropajosamente, pero muy cordial.

—¡Por Dios! Es muy sencillo, señor.

—Sí, sí. ¿Me esperaba la nenita?

—Señor, se equivoca.

La pobre dulce voccecita de Minne... Está empezando a tener miedo, un miedo de niño extraviado a quien encontraron y que volvió a perderse.

—Me esperaba —prosigue la voz amable de borracho feliz—. La nenuca tiene frío. ¿Me llevará cerca de un buen fuego?

—¡Oh, señor, me gustaría mucho, pero...!

El hombre está muy cerca. Bajo la chistera se ven unos pómulos encendidos, una barba de heno canoso.

—¡Recáspita! ¿Cómo puede ser, una criatura tan pequeña? Dime tu edad.

Huele a aguardiente y a tabaco. Respira sonoro y jadeante. Minne, desesperada, retrocede un poco, se pega a la pared, intenta ser amable, no disgustarlo.

—Todavía no tengo quince años y medio, señor. Verá qué ha pasado: salí de casa de mamá...

—¡Oh! —relincha—. La nenita me lo contará todo sentada en mis rodillas, frente a un buen fuego, en mis rodillas.

Un brazo acolchado de pieles estrecha la cintura de Minne, a la que abandonan las fuerzas... Sin embargo, el aliento cargado de alcohol y tabaco que llega a su rostro, galvaniza su desvanecimiento y con un movimiento de hombros se suelta y vuelve a ser, orgullosa, la rubia infantina que aterrorizaba a Antoine:

Él relincha más suavemente:

—¡Está bien, está bien! La nenita tendrá todo lo que quiera. Vamos, vamos, cariñito. Mimí...

—No me llamo Mimí, señor.

Se acerca más y ella pega un brinco y echa a correr, pero su zapatilla coja se le escapa a cada momento, tiene que detenerse.

«Es viejo, no podrá seguirme».

En la primera esquina se para, jadeante, escucha aterrorizada. Nada. ¡Oh, sí! Un ruido de taconeo y bastón, y el viejo que aparece pisándole los talones.

—Nenita, todo lo que quiera. Me hace correr, pero tengo buenas piernas.

La nena, perdida, se arrastra como una perdiz cuya ala rota cuelga. En su frente dolorida no hay más que un pensamiento: «Quizá con tanto caminar iré a parar al Sena y me tiraré». Cruza, sin verlas, carretas de lechero, lentos volquetes donde duerme el carretero. Bajo la luz de una linterna, Minne ha visto la cara del viejo y el corazón se le para: ¡el tío Corne! ¡Se parece a tío Corne!

«¡Ahora lo comprendo, ahora lo comprendo! ¡Estoy soñando! Pero, ¡cuánto dura este sueño y cómo me duele todo! Con tal de que despierte antes de que el viejo me pille...».

Un último, un supremo impulso para correr. Tropieza con el bordillo de una acera, se cae, las rodillas magulladas, se levanta, embarrada, manchadas las mejillas.

Mira en torno suyo, con un largo suspiro extraviado, bajo un alba gris y vaga reconoce la acera, los desnudos árboles, el talud pelado. Es, no, ¡no! ¡Es el bulevar Berthier!

«¡Ah —exclama quedito—, es el fin del sueño! ¡De prisa, de prisa, que me despierte en la puerta!».

Se arrastra, llega, la puerta está entornada como anoche. Minne apoya las manos en la hoja, que cede, y cae desvanecida en el mosaico del vestíbulo.

Antoine duerme. El sueño transparente del amanecer le tiende y arrebat a la vez mil bellezas que todas se llaman Minne y ninguna se parece a Minne. Tienen, compadecidas de su timidez de muchacho nuevecito, precauciones maternas, sonrisas de hermanas, luego caricias que no son fraternales ni maternas. Y toda esa

fácil dicha se envenena poco a poco: en algún lugar, colgado entre las nubes azules y rosadas, un reloj tocará las siete, precipitando a Antoine, de cabeza, fuera de su paraíso de Mahoma.

¡Adiós, beldades! Además, soñaba sin esperanza. He aquí el temido campanileo, los siete golpes, estridentes, que vibran hasta la boca del estómago. Persisten, se prolongan como tintineo rabioso de timbre, tan real que Antoine, completamente despierto, se yergue, huraño como Lázaro resucitado. ¡Señor, si llaman a la puerta!

Antoine se calza las zapatillas, se pone a tuestas el pantalón.

«Papá se levanta. ¿Qué hora puede ser? Esto sí que es bueno».

Abre la puerta, llega una voz llorona por el corredor, entrecortada por la prisa y, de súbito, Antoine siente temblar sus mejillas con un estremecimiento singular al oír el nombre de «*mademoiselle* Minne».

—¡Antoine! ¡Luz, hijo mío!

Antoine busca la vela, frota una cerilla, dos... «Si la tercera no se enciende, es que Minne ha muerto».

Célénie, en el vestíbulo, termina y vuelve a empezar un relato que parece un fragmento de novela folletinesca.

—¡Estaba en el suelo, señor, desmayada y despeinada! Tenía barro hasta en los cabellos, sin sombrero, sin nada... No sé, la verdad, pero diría que la raptaron, le hicieron las mil y una abominaciones y la trajeron por muerta.

—Sí —asiente maquinalmente el tío Paul, que cruza y descruza su pijama pardo.

—¡Completamente mojada, señor, llena de barro!

—¡Sí, cierre la puerta! Ahora voy.

—Iré contigo, papá —suplica Antoine, castañeteándole los dientes.

—¡No, no! No tienes nada que hacer allá, hijo mío.

Eso que Célénie cuenta es absurdo. ¡No se rapta a las chicas en su cuarto!

—¡Sí, papá! ¡Te digo que iré!

Casi grita, al borde de un ataque de nervios. ¡Lo ha comprendido todo! Todo era verdad y Minne no mintió. Las noches en el talud, los amores inconfesables, el señor de la peligrosa carrera, ¡todo, todo! Y he aquí que ha llegado el final lógico del drama: Minne, ultrajada, mortalmente herida, agoniza...

Antoine aguarda, delante de la puerta del cuarto de Minne, apoyado en la pared. Al otro lado de esa pared, el tío Paul y mamá, inclinados sobre la camita manchada de lodo, concluyen un penoso examen; la lámpara que mamá sostiene se tambalea.

—¡Sí...! ¡No la han tocado, santo Dios! Está más intacta que un bebé. ¡Cualquiera lo comprende!

—¿Estás seguro, Paul? ¿Estás seguro?

—¡Segurísimo, no hace falta ser un lince! Aguanta la lámpara, hija... Vaya ¿ahora te vas a sentir mal?

—No, deja. Estoy bien.

Mamá sonrío con una sonrisa llena de bienaventuranza en sus labios pálidos.

Antoine, que esperaba una mamá llorosa, enloquecida, que gritara, que vociferara, no sabe qué pensar cuando, por fin, le abre la puerta.

—¿Eres tú, pequeño? Entra. Tu padre acaba de... auscultarla, ¿sabes?

Con mano firme sujeta un pañuelo humedecido de éter bajo las naricitas de Minne. ¡Dios mío! Minne, ¿ésta es Minne? En la cama, la cama sin abrir, aparece una pobrecita con delantal rosa almidonado de lodo, una pobrecita con los pies tiesos, uno de los cuales conserva aún una zapatilla sin tacón. Sólo se distingue, en la carita semioculta por el pañuelo, la negra línea de los párpados cerrados.

—Respira bien —dice el tío Paul—. Algo resfriada. No le encuentro más que fiebre. Más adelante ya nos enteraremos de todo.

Lo interrumpe un quejido. Mamá se inclina con impulso de madre perra, huraña.

—Mamá, ¿estás aquí?

—¡Amor mío!

—¿Estás aquí, de veras?

—¡Sí, tesoro mío!

—¿Quién habla? ¿Ya se fueron?

—¿Quiénes? Dime quiénes. ¿Los que te hicieron daño?

—Sí, el tío Corne y el otro.

Mamá levanta a Minne, la sienta y apoya junto a su corazón. Antoine reconoce ahora la cabeza pálida bajo los cabellos rubios, grises por el lodo seco. Esos cabellos que cambiaron de color, esa manecilla que le da la apariencia de un repentino envejecimiento. Antoine estalla en sollozos angustiados que le hacen un daño mortal.

—¡Chist! —murmura mamá.

Los entornados párpados de Minne, azules en su cara de cera, se alzan ante el ruido de los sollozos. Hermosas pupilas profundas bajo las cejas nobles, extraviadas por lo que han visto. ¡Son los ojos de Minne! Miran al techo, bajan luego hacia Antoine, que está llorando de pie, sin pañuelo. Un rosa ardiente inflama las mejillas pálidas, parece hacer un tremendo esfuerzo, se cuelga de mamá, tiende a Antoine sus manecitas frágiles y sucias:

—¿Sabes, Antoine? ¡No era verdad! ¡No era verdad! ¡Nada era verdad! ¿Verdad que no crees que fuera verdad?

Dice que no, con un profundo ademán de cabeza, sorbiéndose las lágrimas. Lo que cree, completamente derrumbado, es que esa niña encantadora sirvió de juguete sumiso, de muñeca viciosa y que ha sido luego asustada, brutalizada, por uno o quizá por varios miserables.

Llora sobre Minne, también llora sobre sí mismo, porque ella está perdida, envilecida, marcada para siempre por un sello inhumano.

SEGUNDA PARTE

«¡Me voy a acostar con Minne!».

El baroncito Couderc comunica esta decisión con voz clara y sonora, enrojeciendo luego violentamente y se levanta el cuello de pieles. Con el bastón al hombro parece querer conquistar la amplia y triste estepa en la que uno se hunde en humeantes tinieblas, al salir de la cegadora calle Royale. Se le ve sólo un poco de nuca, con cabello muy corto, y una nariz insolente de golfillo distinguido. Se atrevió a repetir, bajo los árboles de la avenida Gabriel, desafiando una espalda friolera de guardia: «¡Me voy a acostar con Minne! Tiene gracia: excepto la inglesa de mi hermanito, la primera de todas, ninguna mujer me ha impresionado tanto. Minne no es una mujer como las demás».

Pensó, al acercarse a la calle Christophe Colomb, en los dulces por arreglar, la tetera eléctrica, sobre todo el instante de desnudarse, que deseaba rápido y fácil, que hubiera querido escamotear. Empezó a incomodarle su juventud. Uno es el baroncito Couderc, a quien las «damas» de «Chez Maxim's» tratan tiernamente de «guapito»; se tiene una nariz que obliga a ser insolente, unos ojos azules, burlones, miopes, una boca desgarrada y fresca, pero no se puede olvidar que no se tiene más que veintidós años.

—¡Señor barón, la señora ya está ahí! —susurra el ayuda de cámara.

¡Santo cielo, ya está aquí! ¡Y los dulces, y las flores, y todo! Va a ser una birria. ¡Ojalá arda el fuego!

Estaba ahí, como en su casa, sin sombrero, sentada delante del fuego, un vestido sencillo cubría sus pies. Sus cabellos rubios como casco, electrizados por la helada, la nimbaban de plata. Parecía una jovencita de grabado inglés, las manos cruzadas en las rodillas. ¡Y qué infantil gravedad en los rasgos de una finura casi demasiado precisa! Antoine, su marido, le decía a menudo: «Minne, ¿por qué te ves tan niña cuando estás triste?».

Alza los ojos hacia el rubito que entra y le sonrío. Su sonrisa le da un semblante de mujer. Sonríe con expresión a la vez altiva y dispuesta a todo, que da a los hombres el deseo de intentar cualquier cosa.

—¡Oh, Minne! ¿Cómo hacerme perdonar? ¿Llego con tanto retraso?

Minne se levantó y le tendió su fina mano sin guantes.

—No, soy yo la que he venido demasiado pronto.

Hablaban casi con voz idéntica. Él, con una forma parisiense de alzar el tono; ella, con un tono de soprano, pausado y claro.

Se sentó cerca de ella, desmoralizado por la soledad. No hay amigos como espectadores malévolos, no hay marido, el marido distraído, es cierto, pero por lo menos en su presencia uno podía entregarse a travesuras de colegiales maliciosos, manos que se rozan bajo el plato del té, mueca del beso que se cambia detrás de las espaldas de Antoine. Ayer mismo podía decirse el baroncito Jacques: «¡Les engaño, no ven más allá de sus narices!». Hoy está a solas con Minne, esta Minne que llega a su primera cita, tranquila, antes de hora.

Le besa las manos, examinándola furtivamente. Ella inclina la cabeza, sonriendo con su orgullosa y equívoca sonrisa. Y Jacques se precipita glotonamente hacia la boca de Minne, sorbiéndola silenciosamente, casi arrodillado, de súbito, tan lleno de ardor que una de sus rodillas le tiembla en inconsciente bailoteo.

Minne se ahoga, la cabeza hacia atrás, su rubio casco le pesa bajo las horquillas, a punto de soltarse en la oleada.

—¡Espere! —murmura.

Jacques aflojó el abrazo y se puso de pie. La lámpara ilumina su semblante transformado, pálida la nariz, la boca mordida y ardiente, la barbilla fresca y temblorosa, todos los rasgos infantiles aún, envejecidos por el deseo que agota y ennoblece.

Minne, que se había quedado sentada, lo miraba obediente y anhelante. Y como se sujetaba el moño, su amigo la cogió de las muñecas:

—¡Oh, Minne, no te peines!

Ella enrojeció ligeramente bajo el tuteo, molesta y satisfecha, y bajó las pestañas, más oscuras que sus cabellos.

«¿Acaso lo amo?» pensó, secretamente.

Jacques se arrodilló, las manos tendidas hacia el corpiño de Minne, hacia la evidente complicación de los broches, los ojales dobles de su cuello recto, tieso por el almidón. La joven vio, a la altura de sus labios, la boca entreabierta de Jacques, una boca de niño jadeante que el ansia de besar secaba. Con los brazos al cuello de su amigo, de rodillas, besó gentilmente la boca, como hermana demasiado tierna, como novia a la que la inocencia hace atrevida. Él gimió, rechazándola con manos torpes y febriles.

—Espere —repitió ella, y de pie empezó, tranquilamente, a desabrocharse el cuello blanco, la blusita de seda, la falda plisada que cayó en seguida. Sonrió, vuelta a medias hacia Jacques.

—¡No puede imaginar cuán pesadas son las faldas plisadas!

Él se apresuró a recoger el vestido.

—¡No, déjelo! Me quito falda y enagua juntas, una dentro de otra. Es más fácil para vestirse después, ¿ve usted?

Hizo con la cabeza un signo indicando que, en efecto, veía. Veía a Minne en pantalón, que continuaba desnudándose tranquilamente. No tenía bastantes caderas para evocar a las mujercitas de Willette^[1], ni bastante busto. Jovencita siempre, por la sencillez de los ademanes, el elegante envaramiento y también a causa del pantalón con ligas, que despreciaba la moda, un pantalón estrecho, precisando la rodilla seca y fina.

—¡Piernas de paje! ¡Qué maravilla! —exclamó el muchacho bajito, y la palpitación de su corazón hizo sus amígdalas grandes y dolorosas.

Minne hizo una mueca y sonrió después. Pareció oprimirla un súbito pudor al soltar los cuatro tirantes, pero una vez en camisa recobró su serenidad y,

metódicamente, alineó en el terciopelo de la chimenea sus dos sortijas y el botón de rubí que sujetaba el cuello de su blusita.

Se vio en el espejo, pálida, joven, desnuda bajo la camisa fina; y como su casco de plata con dorados reflejos se movía de una oreja a otra, lo deshizo y alineó las horquillas de concha. Un mechón rizado se le quedó, como flequillo encima de la frente, y dijo:

—Mamá me peinaba así cuando yo era pequeña.

Su amante apenas la oyó, trastornado al verla casi desnuda, agitado, anegado por una oleada de amor, inmensa, amarga, de amor verdadero, furioso, celoso, vindicativo.

Sobrecogida por lo nuevo del acento, se acercó a él, velada por sus rubios cabellos, las manos como conchas encima de sus senos, tan pequeñitos.

—¿Qué?

Estaba junto a él, tibia tras haberse despojado del pesado vestido, y su perfume ácido de verbena al limón le hacía pensar en el verano, la sed, la fresca sombra.

—¡Oh, Minne! —sollozó—. ¡Júramelo! Que nunca para nadie...

—¿Para nadie?

—Para nadie, delante de nadie, has ordenado tus horquillas y tus sortijas, nunca has dicho que tu madre te peinaba así. Jamás... En fin, nunca, has...

La tenía en brazos apretada tan fuerte que ella se echó hacia atrás como una brazada de flores que se estrecha demasiado y sus cabellos rozaron la alfombra.

—¿Jurar qué? ¡Oh, qué tonto eres!

La mantuvo contra sí, encantado por las palabras. Tendida en sus brazos, la miró de cerca, curioso de ver el grano del cutis, las venas de las sienes, verdes como los ríos, los negros ojos en los que bailaba la luz. Recordó haber contemplado con la misma pasión el nácar azul y las plumosas antenas, todas las maravillas de una linda mariposa viva que capturó un día de vacaciones. Pero Minne se dejaba descifrar sin batir las alas.

Sonó un reloj y ambos se estremecieron.

—¡Son las cinco! —suspiró Minne—. Hemos de darnos prisa.

Los brazos de Jacques descendieron, acariciaron las huidizas caderas de Minne, y el egoísmo vanidoso de su edad estuvo a punto de traicionarse por entero en una palabra:

—¡Oh, yo...!

Iba a decir, joven gallito fanfarrón: «Yo tendré todo el tiempo que quiera». Pero se contuvo, avergonzado ante esta niña que en pocos instantes le enseñaba a la vez lo que eran celos, desconfianza de sí mismo, pequeño y desconocido estremecimiento de su corazón, y esa delicada paternidad capaz de florecer en un hombre de veinte años ante la desnudez confiada de un ser frágil a quien quizás haga gritar el abrazo.

Minne no grita. Jacques ve bajo sus labios un extraordinario y puro semblante de iluminada, unas pupilas negras agrandadas que miraban lejos, más allá del pudor, más

allá de él mismo, con una ardiente y decepcionada expresión. Minne, derrumbada en la cama, soportó a su amante como mártir ávida a la que exaltan las torturas, y buscó con un cimbreo, frecuente y rítmico, de sirena, el impacto de su dardo. Mas no gritó ni de dolor ni de placer, y cuando él cayó a su lado, cerrados los ojos, apretada y pálida la nariz, con entrecortada respiración, ella sólo inclinó, para verlo mejor, su cabeza que vertía fuera de la cama una oleada tibia y plateada de rubios cabellos.

Tuvieron que separarse, a pesar de que Jacques la acariciaba con un frenesí de amante que va a morir y besaba sin cesar el cuerpo afilado que ella no defendía. Ora, sorprendido, seguía lentamente sus contornos con índice temeroso que dibuja, ora estrechaba entre las suyas las rodillas de Minne hasta magullarla, o jugaba, cruel y trastornado, a borrar bajo sus palmas el débil bulto de sus senos. Le mordió, mientras se vestía, en el hombro; ella se quejó bajito y se volvió con un movimiento felino. Y de repente se echó a reír, exclamando:

—¡Oh, qué ojos! ¡Qué ojos más divertidos se te han puesto!

Jacques, frente al espejo, vio que, efectivamente, tenía una cara rara, hundidos los ojos, encendida e hinchada la boca, los cabellos en las cejas, despeinados, en mechones, un aire, en fin, de juerga triste con algo más, algo ardiente y agotado que no puede definirse.

—¡Mala! ¡Déjame ver los tuyos!

La cogió por las muñecas, pero ella se zafó y le amenazó con un dedito severo:

—¡No vengo más si no me dejas marchar! ¡Señor, será horrible afuera, después de ese sueñecito caliente, el fuego y la lámpara rosada!

—¿Y yo, Minne? ¿Me concederás la gracia de echarme de menos después de la lámpara rosada?

—Veremos —dijo ella, poniéndose la toca con blancas camelias—. Si me encuentras un simón en seguida, sí.

—La parada está cerca —suspiró Jacques, cepillándose los cabellos de cualquier manera—. ¡Atiza! ¡No hay agua caliente!

—¡Es muy raro que haya suficiente agua caliente! —afirmó Minne, distraídamente.

Jacques la miró, enarcadas las cejas, recobrando poco a poco, con sus ropas, su cara de baroncito Couderc, y exclamó:

—Querida amiga, ¡dice usted a veces unas cosas, unas cosas..., que me harían dudar de usted o de mis oídos!

Minne no juzgó necesario contestar. Estaba en el umbral de la habitación, fina y modesta dentro de su vestido oscuro, ausentes los ojos, ya lejos.

«¡Uno más!», pensó Minne crudamente.

Se recuesta, con hombros rabiosos, en el paño descolorido del simón y echa la cabeza hacia atrás, no por temor a ser vista, sino por horror de todo cuanto pasa afuera.

«Bueno, ya está. ¡Uno más! El tercero y sin éxito. ¡Hay para renunciar! Si mi

primer amante, ese interno de los hospitales, no llega a asegurarme que estaba perfectamente conformada para el amor, me iba a consultar a un especialista de fama».

Evoca los pormenores de su breve entrevista y crispera los puños en su manguito.

«Veamos, veamos... Si ese crío es un sol. Se muere de placer en mis brazos y yo me quedo esperando, diciéndome: “Sí, desde luego no es desagradable. Pero quiero algo mejor”».

«Es como el segundo, el italiano que Antoine conoció en casa de Pleyel. Vamos, el que tenía dientes hasta en los ojos. ¡Diligenti! Aquella vez que le pregunté en su casa qué era eso que los libros llaman prácticas infames, se echó a reír y volvió a empezar lo que acababa de hacer. Ésta es mi suerte, he aquí mi vida, hasta que me canse».

En aquel momento se acuerda de Antoine sólo para abrumarlo con una vaga e inútil responsabilidad. «Apuesto a que tiene la culpa de que sienta tanto placer como esta... banqueta. Debió de estropear algo delicado».

«¡Pobre Minne!» suspira. El simón llega a la plaza de L’Etoile. Estará en su casa dentro de unos minutos, en la avenida de Villiers, muy cerca de la plaza Pereire. Atravesará la helada acera, franqueará la escalera recalentada, que huele a cemento fresco y mástic, y después los enormes brazos de Antoine, su alegría canina. Baja la cabeza, resignada; por hoy no hay más esperanza.

Dos años de matrimonio y tres amantes. ¿Amantes? ¿Acaso puede llamarlos así en su recuerdo? A los que junto a ella han saboreado la convulsa y corta dicha, que busca con persistencia ya desanimada, únicamente les ha concedido una ligera indiferencia. Los olvida, los relega en un rincón de su memoria donde se borran sus rasgos, casi sus nombres... Un solo recuerdo neto, del color nuevo de un corte recién hecho: su noche de bodas.

Minne todavía podría dibujar con el dedo, en la pared de su cuarto, la sombra que aquella noche caricaturizaba a Antoine, espalda jorobada por el esfuerzo, cabellos despeinados, con mechones como cuernos, corta barba de sátiro, toda la fantástica imagen de un Pan gozando de una ninfa.

Su marido, ante el grito agudo de Minne herida, replicó con una manifestación idiota de gozoso agradecimiento, con atenciones emocionadas, mimos fraternales... ¡Ya era hora!

Los dientes le castañeteaban, bajito, y no lloraba. Aspiraba, sorprendida, el olor de hombre desnudo. Nada la embriagaba, ni siquiera su dolor; hay quemaduras de tenacillas mucho más insoportables, pero esperaba morir sin creerlo mucho. Su flamante marido, su marido torpe y ardiente, se había dormido. Minne, tímidamente, intentó evadirse de los brazos que todavía la encerraban, pero sus suaves cabellos de seda enredados en los dedos de Antoine la mantenían cautiva. Todo el resto de la

noche, la cabeza hacia atrás, estuvo pensando, paciente e inmóvil, en lo que le ocurría, en los medios de arreglar las cosas, en el profundo error de haberse casado con esa especie de hermano.

«Pensándolo bien, la culpa es de mamá. ¡Pobre mamá! Se quedó persuadida de que en la frente llevaba escrito: “La chica que se fue de juerga”. ¡Juerga! ¡Lo que saqué! Y eso a pesar de lo mucho que le repetí que en mi camino únicamente encontré dos mujeres, un viejo y un resfriado tremendo. El tío Paul, desde que mamá murió, me trata con frialdad, como si yo fuese la causa de su muerte. ¡Pobre mamá! No encontró nada mejor que decirme, antes de irse: “Hijita, cástate con Antoine. Él te quiere y no puedes casarte con otro”. ¡Vamos, anda! Me podía casar con treinta y seis mil más. Con cualquiera, con tal que no hubiera sido éste».

Desde su matrimonio, Minne vive encerrada en su pasado, sin comprender que no es normal en una mujer casi niña empezar toda meditación con un «Antes...».

Del sueño que antaño la llevaba al futuro, al Ricitos, al mundo oscuro que se agita a la sombra de las fortificaciones todas las noches, parece haber despertado asustada sin una imagen precisa. Ha conservado la costumbre de soñar largamente, los ojos mirando hacia la Aventura. Pero, decepcionada, humillada, pensativa, empieza a adivinar que la aventura es el amor, que no existe otra. Pero, ¿qué amor? «¡Oh! —suplica Minne en su interior—, un amor cualquiera, un amor como el de todo el mundo, pero que sea verdadero, y con él sabré edificar uno digno sólo de mí».

¡Ah, sabía que ese timbrazo era mi Minne! Seguro que te enfadarás conmigo porque llegas tarde.

Sonríe, aunque tenga pocas ganas de reír, al saber que su injusto humor es tan previsto y respetado. En el fondo, halla sin desagrado a ese muchachote de cara aguileña, si se quiere guapo, y que viste su rostro juvenil con una barba seria. «Por lo menos —piensa, quitándose el velillo—, de éste estoy segura: ya no espero nada. Lo que, al punto a que he llegado, es algo».

—¿Tarde, por qué? Supongo que cenaremos aquí.

Antoine alza unos brazos escandalizados que casi tocan el techo.

—¡Cielo santo! ¿Y los Chaulieu?

—¡Ah! —exclama Minne. Y se queda plantada, el velo entre sus finos dedos, tan adorable con su carita de niña reñida que Antoine se precipita, la levanta del suelo, quiere besarla, pero ella se zafa, de prisa, los ojos fríos.

—¡Corre, entreténme más! ¡Además, se cena tan tarde en esa casa! No seremos los últimos.

Se desliza a la puerta de su cuarto, y se vuelve, los labios fruncidos en una mueca.

—¿A ti te interesa esa cena?

Antoine abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir, evidentemente bajo una oleada de argumentos tan apremiantes que Minne se irrita y grita antes de que su marido pueda hablar:

—¡Si lo sé! ¡Tus relaciones con Pleyel! ¡La publicidad de los periódicos respaldados por Chaulieu! ¡Y Lugne Poe que quiere encargar un barbitón para las danzas de Isadora Duncan! ¡Te digo que lo sé de sobra! Estoy lista en diez minutos.

«Si sabe todo eso —se dice Antoine, que se ha quedado plantado en medio del salón—, ¿por qué me pregunta si me interesa la cena?».

El amor de Antoine ignora la superchería, tanto como la moderación. Su ternura le hace demasiado tierno; demasiado alegre su alegría, y su preocupación demasiado preocupado. Quizás entre él y ella no existe otra barrera que esa necesidad —manía— de ser sincero y sin rebozos... Un día, el tío Paul, padre de Antoine, le dijo a su hijo delante de Minne: «Hay que desconfiar del primer impulso». «¡Es bien cierto!» contestó Minne, dócilmente, concluyendo en su interior: «Sobre todo, la gente que no miente espontáneamente. Son unos perezosos que no se toman la molestia de aderezar un poco la verdad, aunque sólo sea por cortesía o por intriga».

Antoine pertenece a esos incorregibles. A cada momento le dice a Minne: «te amo». Y es cierto, cierto de forma absoluta, sin matices, para siempre.

«¿Dónde iríamos a parar —filosofa Minne—, si, empleando el mismo procedimiento afirmativo, yo exclamara con convicción similar a la suya: “No te amo”?».

En esta ocasión, una vez más, plantado en el salón blanco, Antoine discute lealmente con Minne ausente. «¿Por qué me pregunta, puesto que lo sabe?».

Al pasar empuja al barbitón que ha hecho construir en Pleyel; la gran lira gime, quejumbrosa y

armoniosa: «Señor, mi modelo ocho». La palpa solícitamente y sonrío a través del espejo a su imagen de rapsoda barbudo.

Aunque Antoine no es un águila, posee suficiente sentido común para darse cuenta de ello y, atormentado por la necesidad de elevarse ante Minne, distrae, con la autorización de Gustave Lynch, su patrón, unas horas de su tiempo dedicado a la contabilidad de la casa Pleyel, para entregarlas a la reconstrucción de instrumentos griegos o egipcios. «Podía haberme ocupado, igualmente, de automóviles —se confiesa—. Sin embargo, es posible que la reconstrucción del barbitón me valga un pedacito de cinta roja».

Se abre la puerta del dormitorio y Antoine se estremece.

—¡Dije diez minutos! —clama una vocecita triunfante—. Mira tu reloj.

—¡Es formidable! —admite este modelo de maridos—. ¡Minne, qué bonita estás!

No se puede decir que esté bonita, pero está, como siempre, llena de encanto y personalidad. Va vestida de tul verde, verde azul, azul verde, un vestido color de aguamarina. Un cinturón de plata, una rosa plateada en el borde del escote discreto, y nada más. Pero ahí están los frágiles hombros de Minne, los cabellos resplandecientes de Minne, los ojos negros que sorprenden, que no armonizan con el resto, y encima de un collar —perlas no más grandes que granos de arroz— asoman dos huesecitos conmovedores.

—¡Vamos, de prisa, muñeca!

Todo el mundo llega a casa de los Chaulieu con un alma combativa, puños crispados, mandíbulas contraídas, a la defensiva. Los más fuertes exhiben un semblante afectado, lleno de serenidad y desenvoltura, el rostro tranquilo de un amigo que va a casa de unos buenos amigos a pasar una pacífica velada. No obstante, éstos son los menos. Por lo general, cuando durante el día un hombre anuncia: «Ceno en casa de los Chaulieu», las caras se vuelven hacia él con interés irónico, y exclaman: «¡ah, ah!», lo que significa: «¡Buena suerte! ¿Se siente en forma? ¿Qué tal los bíceps?».

El salón de los Chaulieu, leyendas aparte, no tiene nada para inquietar a la gente más valerosa. *Madame Chaulieu* es una arpía, sea; pero todavía quedan espíritus apacibles a los que esta revelación no produce otro efecto que, por ejemplo, el de que: «*Madame Chaulieu* es un poco contrahecha».

Esta insigne criatura se adereza de maldad como las otras de vicio. Se dio a conocer, llena de sentido práctico, hablando de sí misma, de sí misma y siempre de sí misma. Durante cinco años inició, paciente, todas sus frases con: «Yo, que soy la mujer más mala de París». Y a estas horas, París repite con conmovedor acuerdo: «*Madame Chaulieu*, que es la mujer más mala de París».

Quizás esto no es más que actividad sin encauzar, energía de jorobada cuya joroba es interna, pues su cuerpo menudo lleva majestuosamente una cabeza, grande

y magnífica, de judía oriental.

Chaulieu, su marido, es un individuo discreto, desanimado y trabajador, aterrado por su compañera. Se dice con frecuencia, cuando se habla de él: «Ese pobre Chaulieu», pues deja asomar en una cara de pequeño hidalgo chato la melancolía de los enfermos incurables aunque resignados. Acepta, orgullosamente, la desgracia de ser el marido de su mujer, y su silencio significa: «No me molesten con su compasión; si soy su marido es porque quise».

Irène Chaulieu se viste costosamente, lleva vestidos blancos de encaje o tul que saldrían ganando con más frecuentes visitas al tintorero quitamanchas, cebellinas de ocasión y guantes blancos, siempre un poco rotos debido al agitado nerviosismo de sus manitas, manos toqueteantes y húmedas que acaparan el polvo de las porcelanas, el azúcar de los dulces, la mantequilla de los bocadillos y las huellas oxidadas de una cadena que cuelga de su cuello y con la que sin cesar juguetea.

En su casa, sentada en la punta de una silla para parecer más alta, Irène Chaulieu se coloca en el fondo de un salón, inmenso, cuadrado, frente a la puerta para ver a sus amigos en cuanto asoman y seguirlos con su hermosa mirada, brutal y malévola, mientras cruzan el *parquet*, que espejea como un estanque.

Tal es la extraña amiga que el azar ha dado a Minne. Irène se ha precipitado sobre la joven con esa curiosidad de coleccionista que la hace tan simpática a los recién llegados, animada por la alegría de conocer, espulgar, destruir. Y, además, ¡Señor! Antoine no está del todo mal. Alto y barbudo, talante de brasileño honrado. La sensualidad previsor de Irène tiene en cuenta el futuro.

—¡Ah, por fin!

Antoine, detrás de Minne, que cruza como patinadora el *parquet* brillante, farfulla unas disculpas y se desploma sobre la mano que *madame* Chaulieu le tiende, mas ésta ni siquiera lo mira, ocupada en inspeccionar el vestido de Minne.

—¿Este vestido tan bonito es lo que le ha hecho llegar tarde, querida mía?

Su voz riñe más que interroga. Sin embargo, Minne no parece conmoverse. Con mirada negra y grave cuenta los convidados masculinos y se olvida de dar las buenas noches a Chaulieu que exclama blandamente, cansado hasta en el entusiasmo:

—Minne, nuestro amigo Maschaing quiere conocerla.

Minne parece, esta vez, salir de su indiferencia. Maschaing, el académico; Maschaing, el de *Espectro de Oriente* y *Los desengañados*; Maschaing, en carne y hueso. «Éste debe de ser muy entendido en voluptuosidades», se dice Minne. Se inclina, muy atenta, hacia un hombrecillo ágil que la saluda. «¡Ah, creía que era más joven! Y, además, no me mira mucho, ¡lástima!».

Irène Chaulieu se levanta, arrastrando dos metros de guipur polvorienta y se apodera del brazo de Maschaing. Su cabeza, real y aguileña, y su cuerpecito envarado encima de una caza fructuosa. «Por fin, he pillado al académico».

—Maugis —dice por encima del hombro—, dele el brazo a Minne.

Minne la sigue, su mano desenguantada en la manga de Maugis, a quien nunca

había visto tan de cerca. «Mi vecino es divertido. Aunque tiene ojos de caracol. Me gusta mucho ese bigote militar. Además, tiene una nariz corta que me divierte. Éste es de los que dicen que se da buena vida. Irène Chaulieu afirma que se puede ir muy lejos con estos hombres de la generación anterior... Bueno, sin chistera pierde el rasgo más característico de su fisonomía... ¡Vaya, me duelen los riñones! ¿Por qué? ¡Anda, no me acordaba! Fue el pequeño Couderc hoy...». Sonríe con frialdad a su recuerdo y rechaza la sopa.

Chaulieu, a su izquierda, bebe agua de Vichy, resignado y prudente, pues: «No hay casa donde se coma peor que en la mía». Maugis, a su derecha, la espía con sus ojos saltones; Irène Chaulieu, enfrente, soberbia, muy alta en cuanto se sienta, despacha la sopa de cangrejos, moja un trozo de *écharpe* —que ya está acostumbrado a cosas de éstas— y da ceba a Maschaing con esa brutalidad en la alabanza y ese cinismo en la admiración que a veces subyugan al objeto de los halagos y lo conducen, pasivo y dichoso, hasta los labios ansiosos y bien cincelados de Irène, hasta sus brazos musculosos de domadora.

Antoine sonríe a su mujer, que le devuelve la sonrisa, echando la cabeza hacia atrás, para que Maugis se fije en el movimiento de la garganta y observe el relampaguear de las pupilas entre las pestañas rubias. «Nunca se sabe», se dice Minne.

En los extremos de la mesa, vagas personas, primas pobres de Irène, jóvenes prodigios de la literatura, que todavía no son bachilleres, pero ya tratan a Mallarmé de retrógrado, una americana a la que se llama la «bella Suzie», sin añadir nada más, y su flirteo de la semana, un comerciante de joyas, israelita, sobre quien la anfitriona, que codicia un zafiro estrellado, ensayará dentro de poco sus miradas más expresivas y su cinismo fraternal: «Nosotros, que somos un par de sinvergüenzas». Para las once, está anunciado un rubio pianista «beethoviano».

Minne contempla a toda la gente y se ríe por dentro: «¡Le han endosado otra vez la tía Rachel al pobre Antoine! Nunca falla. Le han de colgar todas las parientas viejas... Como es el único que tiene educación...».

—¿No bebe, señora?

«¡Ah, ah! El gordinflón Maugis se ha decidido. ¡Atiza, qué bigotazos! No puedo acostumbrarme a oír salir de ese matorral su voz de jovencita un poco resfriada».

—Sí, señor. Bebo agua y champaña.

—¡Cuánta razón tiene! El único vino tolerable de esta casa es el champaña. Por suerte para usted, Chaulieu está encargado de la publicidad del Pommery.

—No lo sabía. ¡Si Irène le oye!

—No hay peligro. Se está descoyuntando para Maschaing.

—Se equivoca, mi pequeño Maugis, ¡me entero de todo!

La mirada y la frase caen rígidas sobre el imprudente, que encoge los hombros y tiende las manos juntas:

—¡Perdón! No lo haré más —gime.

Sin embargo, a Irène Chaulieu no se la desarma tan pronto.

—Mi pequeño Maugis, no se ponga a las malas conmigo. Le puede costar caro.

Ofendido al verse amenazado delante de Minne, el hombre de los bigotazos se vuelve insolente:

—¿Caro? Querida amiga, estoy muy tranquilo. ¡Las mujeres nunca me han costado nada y por usted no cambiaré de costumbres!

Irène Chaulieu se encabrita como una yegua pura sangre. Los invitados callan y se inclinan como en el teatro. La suave y cansada voz de Chaulieu aleja —¡qué lástima!— la tormenta.

—¡Ya dije que el timbal sería malo!

Los invitados, a pesar de que la afirmación es rigurosamente exacta, lanzan al mártir unas miradas feroces: Chaulieu les hace fallar una de esas imponentes agarradas que son la especialidad de la casa y, como dice Maugis, mientras tanto no se habría pensado en lo que se comía. De todas formas, esto no impide que Minne lance a su vecino una mirada singularmente halagadora: «Esos bigotes no mienten: es un héroe». El héroe siente que le llega esa simpatía de orden inferior, esa inclinación de la mujercita de mundo hacia el luchador que acaba de derribar un adversario. Y está dispuesto a aprovecharla, seducido por la inquietante belleza de Minne, su encanto de porcelana fuera de venta.

La cena se deshiela. Irène Chaulieu arde de animación, embriagada por su primera escaramuza. No come, habla como en delirio y llena de inéditas calumnias el oído aguzado del académico, que va tomando nota.

Antoine la oye, espantado, defender a una amiga de fecha reciente:

—No, querido maestro, ¡no se haga eco de semejantes infamias! *Madame* Barnery es una mujer decente que jamás ha tenido con Claudie las relaciones que se dice. *Madame* Barnery tiene amantes.

—¡Ah! ¿Cómo? ¿Tiene amantes?

—Claro, tiene amantes, ¡y está en su derecho tener amantes! Es el derecho de toda defraudada por la vida. Y jamás permitiré que delante de mí se hable de ella en términos equívocos.

«¡Santo cielo! —suspira Antoine, abrumado—. ¡Estaríamos frescos si esa arpía coge antipatía a Minne! ¡Mi pequeña Minne, tan pura! ¡Cómo se ríe de las gansadas del periodista gordinflón! No le alcanza nada de todo eso».

Minne ríe, en efecto, la cabeza hacia atrás, y se ve cómo la risa le baja en oleadas bajo la piel nacarada del cuello hasta los dos enternecedores salientes. Se ríe para embellecer y evitar contestar a Maugis que, arrebatado, le describe su estado de ánimo con expresivos términos:

—Y verá qué lugar más imponente para amarse... ¡unos divanes!

—¡Divanes! —repite Minne, de repente muy circunspecta—. *Monsieur* Chaulieu, ¿oye lo que dice mi vecino?

—Le oigo perfectamente —responde Chaulieu—, pero por discreción, hacía de

caballero que saborea la ensalada Fémina. ¡Y qué mala es, santo Dios! ¿Con qué pueden hacer el aceite de oliva en mi casa?

Minne, traviesa, le tira de la manga.

—¡*Monsieur* Chaulieu, defiéndame! Me está diciendo unas cosas horribles.

Chaulieu vuelve hacia Minne su cara chata:

—¡Cómo! Hijita mía, ¿ya estamos en el momento de pedir auxilio? En ese caso, está...

—¿Está...? —insiste Minne, muy coqueta.

Chaulieu señala a Antoine con la barbilla.

—Está aquél, que me parece que tiene buenos bíceps. Eh, tú, Maugis, ¿qué dices?

Maugis, molesto en el fondo, se ríe burlescamente y pone, pesadamente, los codos en la mesa; exagera el vigor de sus anchos hombros.

—Hijo, me importa un bledo la fuerza del marido. Me basta con que la mujer tenga debilidades.

—Es una opinión.

—Oiga, rubia y joven señora: su marido parece estar ocupado, ¿eh?

¡Ocupadísimo! Irène Chaulieu, en cuanto ha visto el juego de Maugis, ha vuelto resueltamente las espaldas al inmortal y se ha precipitado sobre Antoine, sobre el marido, sobre el enemigo. Lo oculta a un lado de la mesa con su moño hueco y suelto, el abierto abanico, el hombro que se escapa del vestido. Lo atonta con palabras, se descubre un apasionado y reciente interés por el barbitón.

—¡Oh, querido, si es una revolución musical!

—¡Oh, eso es mucho decir! —se arriesga a manifestar Antoine, lleno de sinceridad.

—¡Quite, quite, usted es demasiado modesto! ¡Ah, si yo fuera hombre! Los dos íbamos a comernos el mundo. Cuando se tiene su vigor, su juventud, su...

La hermosa mirada oriental de Irène se apoya en la de Antoine; sus pestañas, pesadas por el cosmético, laten perezosamente como el ala de una mariposa posada. Él parpadea, confuso, fatigado también por la electricidad cruda que cae en el mantel bordado y de allí rebota, lívida, hasta los rostros. Un lejano timbrado pone fin a su suplicio y Chaulieu avisa a su mujer, con un chasquido de lengua:

—¡Eh, Irène!

Se levanta a disgusto, arrolla el *écharpe*, que coge y arrastra mondas de plátano, y dice en voz alta:

—¡Bueno, ahora aparecerán los mondadientes! En el salón me voy a encontrar con cabezas a cuarenta y cinco grados. Mala suerte, ¡no puedo hacer nada! Toda la gente quisiera venir a cenar aquí. Minne, usted hará de jovencita en el salón y servirá el café y los licores.

A Minne no le desagrada esta delicada tarea que consiste en manejar, en un salón atestado, frágiles tacitas, una cafetera, pinzas de azúcar. Y a ello aporta unas manos cuidadosas, una aplicación de falsa ingenua que enternece a los comensales bien

ahítos.

—¡Amigo mío, una mujercita así es un tesoro! Tiene aspecto de zurcir calcetines, ¿verdad?

El entusiasmo de Maugis no tiene límites. Acaba de confiarse a un joven poeta, demasiado joven para no estar decepcionado de la belleza femenina.

—¡Qué garganta para estrangular! ¡Y los cabellos, y los ojos, y...!

Irène Chaulieu aparece, enclenque y excitada.

—¡Vamos, vamos, Maugis, un poco de sangre fría! ¿Convendrá, por lo menos, en que soy una buena amiga? En la mesa me he ocupado del marido para dejarle el campo libre.

—Es verdad. Lo tendré en cuenta. La niña es imponentemente graciosa. Le aseguro que si le echaba mano en una isla desierta...

—¡Pobre Maugis, qué lástima me da! Con Minne no hay nada que hacer.

El hombre de letras encoge sus pesados hombros:

—¿Honrada? Razón de más. Una mujer que no ha resbalado es menos desconfiada.

—Eso depende —objeta Irène displicente, las pestañas como pantallas—. Hay algunas a las que los hombres no atraen.

Maugis, para escucharla mejor, tira el cigarrillo, que va a parar a un florero con rosas.

—¿No? ¿De veras? ¿Ella?... Ande, cuéntemelo todo. Somos dos viejos amigos, ¿verdad, Irène?

—Sí. Ahora —responde ella burlona—. Es usted demasiado guasón, amigo mío; no le diré nada.

Tranquila, segura de haber sembrado una buena semilla de calumnia, se dirige hacia las parejas que van llegando. Las parejas son raras, abundan solteros y casados que han venido solos. Sonríe, tiende sus manos de uñas brillantes. Por fin, se puebla el gran salón glacial, pierde su sonoridad de piso desalquilado. Irène permite que se fume y Minne escancia licores, tan juiciosa vestida de azul.

—¿Un poco de curaçao seco, señor?

No hay respuesta levanta los ojos y se encuentra frente al baroncito Couderc, que acaba de entrar. Él no vuelve en sí de asombro. ¿Por qué no le dijo que esa noche se verían? ¿Y por qué no parece hallarse conmovida? ¡Caramba, al fin y al cabo hace apenas cinco horas que allá, en la calle Christophe Colomb, se quitaba las ligas con pudor tan encantador y tan graciosamente fuera de lugar!

Se sofoca un poco ante el recuerdo y su tez de niño lozano se empurpura de una oleada.

—¡Vaya! —murmura—. ¿Así es que está aquí?

—Al parecer... —se chancea ella, sonriéndole con los ojos.

Le deja en los dedos un vaso lleno y se va, sonriente, indiferente, a servir a Antoine.

Irène Chaulieu lo ha visto todo. Maugis también.

—¡Santo cielo! Irène, ¿qué le ha pasado al crío? —susurra Maugis, suavemente interesado—. ¿Ha visto qué brinco ha pegado?

—¿Le sorprende? A mí, no ¿No lo sabía? El chico Couderc está loco por ella, pero ella no quiere saber nada. Seguramente lo ha puesto en su sitio otra vez. Haría bien en no asomarse más.

—No vuelve en sí. Mírelo. ¡Pobre crío, me da mucha pena!

—¡Pena! Vamos, vamos, amigo mío, es usted imponente pretendiendo que las mujeres se pasan la vida en los picaderos. ¡Al chico Couderc le está bien empleado! ¡Me gustan las mujeres que saben ponerse en su sitio!

Es exacto que Jacques Couderc sufre. Soporta su nuevo estado de amante dichoso con malestar e impaciencia. Su flirteo con Minne le procuraba, la semana pasada, una deliciosa irritación, la exaltación de un vino ligero que hace dar vueltas a la cabeza sin aflojar las piernas. Hubiera querido pegarse delante de ella, insultar a todo lo que existe, raptar a otra mujer para que Minne lo supiera y lo admirara, mas no sufría este triste y ardiente amor, tan próximo a la violencia y las lágrimas, este amor que la primera hora de posesión hizo salir de una sombría madriguera donde dormía armado.

Jacques sufre de celos porque ama, y su dolor le da un porte un poco encorvado y torpe, un aire de reumático precoz.

Maugis, sin deferencia para el pianista que toca una tumultuosa composición de Liszt, se ha reunido con Minne, y Jacques Couderc ve como ella se ríe arrulladoramente.

«Hoy sólo se rió una vez —piensa— cuando me dijo que era tonto. ¡Señor, soy mucho más de lo que cree! ¡Qué jeta más asquerosa la de Maugis! Se parece al Frog Prince de los dibujos de Walter Crane. Bueno, tanto peor; me iré a pinchar al marido».

Jacques Couderc levanta su nariz de golfillo, afirma su forzada sonrisa y se va, arrogantemente, a «ir con cuentos» a Antoine que fuma en paz, cerca de la mesa de póquer, entre la tribu de los hombres maduros, pues su barba y su cara de caballo grave le han creado relaciones de edad muy superior a la suya. ¡Y, además, el renovador del barbitón no va a ir a retozar con los chulos!

—Señor...

—¡Querido señor!

Cambian un apretón de manos y, paternal, Antoine sonrío:

—¿Ha visto a mi mujer?

—Sí... Hablaba con *monsieur* Maugis, así es que creí que no...

—¿No conoce a Maugis?

—Apenas. ¿Es uno de sus amigos particulares?

—En absoluto. Lo encuentro aquí y en otras partes. Divierte mucho a Minne.

Jacques le lanza una mirada furiosa.

—Es un muchacho encantador, algo bohemio; pero cuando uno es soltero, ¿verdad...?

—Yo no digo nada.

—¡Tampoco digo yo! —exclama Jacques, imprudentemente, encendido por un insólito pudor—. Sé que se murmura que lleva una vida muy agitada, pero, en realidad, se exagera mucho. Al fin y al cabo no tengo, como Maugis, la desagradable reputación de acostarme con viejas.

Antoine alza las cejas y mira de reojo a Maugis, siempre sentado al lado de Minne.

—¿Cómo? ¿Se acuesta con viejas?

—Viejas es mucho decir. Con una vieja, una rubia teñida, de edad incierta. ¡Y sabe Dios por qué, pues le gustan las mujeres muy jóvenes!

—¿De veras? ¡Vaya, es formidable! —su acento revela una admiración tan viva que el pequeño Couderc se indigna.

—¿Ése es todo el asco que le da?

—¿A mí? Lo encuentro maravilloso, querido señor. ¡Podían meterme en una cama con una mujer de edad y dejarme siete años! Me quedaría... como... como... ¡en fin, no puedo decirlo!

El baroncito Couderc se levanta, decepcionado.

—¿Permite, querido señor? Me parece que *madame* Minne me llama.

No es una seña, sino un obstinado fruncimiento de las cejas. Minne ve. Minne presiente un inicio de peligro contra el que se yergue su alma valiente y astuta. Contempla recelosamente a Jacques que se acerca. Y, sin embargo, ese muchacho tan bien vestido es sumamente gentil.

«El pantalón de Maugis es demasiado estrecho; además, no me gustan las vueltas de moaré. De todas formas, Jacques es demasiado joven. Esa sorpresa, ese rubor al encontrarme aquí... No tenía que haber confiado en que un muchacho tan joven haría de mí una mujer como las otras. Cuando me acuerdo de lo que Marthe Payet decía el otro día: “Soy como Bilitis, cuando estoy con mi amante se podía caer el techo, que no cambiaría el hilo de mis ideas”. Jacques es como Bilitis. ¡Oh, con qué buena gana le pegaba!».

Se vuelve ligeramente hacia Maugis cuyo aliento le acaricia la espalda. «A éste no se le puede reprochar ser demasiado joven, al contrario. No es guapo, pero su aplomo, su voz de jovencita, su lagotería ofensiva y ese... ese no sé qué. ¡Ah, sí! —se interrumpe resignada—, ese no sé qué de los hombres a los que no se conoce mucho».

Jacques se acerca a Minne, que le tiende su mano desenguantada. La roza con los labios y espera que le presente a Maugis, lo que no sucede. Maugis fuma dulce y vagamente, las miradas en el azul aborregado del techo. Por fin, Minne se levanta, alisa su traje y se dirige a la mesa de los refrescos, para que su amante la siga.

—¿Un vaso de naranjada, querida señora?... Minne —suplica quedito—, ¿sabía

que iba a venir esta noche y no me lo dijo?

—Es verdad —admite—, no se me ocurrió.

Le habla de perfil, una copa en los dedos, inundada de luz cruda. Sus rizadas pestañas parecen las flechas que sus ojos lanzan. El poco de champaña que ha bebido sonrosa su orejita complicada.

—¡Minne —prosigue, furioso por tanto atractivo—, júreme que no quiso ocultarme su flirteo con ese innoble individuo!

Ella se estremece, pero no se vuelve a Jacques.

—¿Es que conozco a individuos innobles? ¿Y cómo se atreve a hablarme así hoy, hoy?

Él tira encima de la mesa su bocadillo mordisqueado, que va a parar entre las cerezas.

—¡Oh, es que sólo hoy puedo hablarte así porque desde hoy sufro, desde hoy te amo!

Minne se ha vuelto bruscamente, hunde su mirada grave en las tristes y desafiantes pupilas de su amante:

—¿Desde hoy? ¿Porque he sido suya? ¿De veras? ¡Oh, explíqueme cómo puede ser que el amor nazca de semejante cosa! Dígame, ¿me quiere más porque esta tarde...?

El muchacho cree comprender y se equivoca, piensa que Minne pretende encender su imaginación con el fuego de un recuerdo reciente, que delante de todos quiere saborear el exquisito ultraje de una evocación precisa. Se enciende y palidece, a la vez, su tez de niño. Y de nuevo ha cambiado, está sin defensa, como lo vio hace unos instantes en la calle Christophe Colomb.

¡Oh Minne, cuánto te agachaste para soltarte las ligas!

Delira y se estremece, su rodilla izquierda tiembla como allá. Le escucha muy seria, sin bajar los ojos, sin estremecerse ante las ardientes palabras, y cuando se calla, embriagado y avergonzado, sólo prorrumpe en una exclamación llena de desaliento, apenas murmurada:

—¡Es inconcebible!

Para una parisiense que sale a menudo por la noche, Minne se levanta temprano. A las nueve se ha bañado y come sus tostadas, sin la menor languidez, muy despabilada en su blanco gabinete tocador. En cada piso de la casa nueva hay el mismo gabinete blanco, el mismo saloncito gris perla con falsos enmaderados, el mismo gran salón con ventanales de cristales. Es una falta de imaginación, pero Minne no piensa.

Ensayada dentro de su bata monacal de color blanco, la trenza como cuerda de oro bailando en las caderas, saborea esta mañana, sin sentirse aún ahíta, la exquisita soledad en que la deja la partida cotidiana de su marido.

Estará sola hasta mediodía, sola para alisar hacia atrás, aplastándolos, sus cabellos brillantados por el cepillo, que le dan una cara de niña japonesa; sola para mirar el color del tiempo, comprobar con un afilado índice el barrido de los más remotos rincones; sola para colocar en un sombrero la paradisa que desparrama su aliento y se tumba como una gramínea de los prados; sola para soñar, escribir, leer y gozar de la embriagadora soledad que siempre ha sido su consejera.

En una mañana de invierno, sonora y clara como ésta, corrió a la casa de Diligenti, vago compositor italiano. Lo encontró al piano, halagado, fastidiado, vacilante. Para castigarla por haberlo molestado a esa hora, poseyó, rabioso, a Minne decepcionada.

Pero Minne se siente hoy un alma de ama de casa sensata. Su decepción de ayer, la cuarta, le hace reflexionar y, en efecto, reflexiona delante de su taza vacía:

«Hay que pensar. Perfectamente, hay que pensar. No sé cómo, pero esto no puede durar. No puedo ir de cama en cama para dar gusto a los caballeros Fulano y Mengano, por la única satisfacción que me duela todo y tenga que hacerme el mono, sin contar los zapatos que hay que ponerse después, fríos y hasta un poco húmedos. ¿Qué voy a parecer? Irène Chaulieu dice que hay que cuidarse si no se quiere aparentar en seguida cincuenta años, y asegura que basta de sobra con gritar: “¡Ah, ah!” apretar los puños y fingir que una se ahoga... Quizás esto baste a los hombres, pero a mí...».

La llegada de un mensaje interrumpe su amarga ensoñación. «Es de Jacques. ¡Ya!».

«Minne querida, Minne soñada, Minne terriblemente amada, te espero hoy en nuestro rincón. Mi reynecita amada, no puedo expresarte todo cuanto has traído a mi vida, pero desde ayer sé, lo sé de forma absoluta, que si no puedo verte tanto como anhelo, todo se hundirá. Minne, no te rías, no tengo orgullo en confesarte que jamás hubiera sospechado lo que me ha sucedido. ¿Eres el amor? ¿Eres una obsesión? Seas lo que seas, no eres la dicha, Minne querida...»

Jacques».

Minne rompe el papel en pedacitos, con aplicación vengativa.

«Y él, ¿es la dicha para mí? ¡Menudo egoísmo! ¡No habla más que de él! No podré refugiarme en este muchacho tan joven; a él no podré confesar, suplicar: “¡Cúrame! ¡Dame lo que me falta, lo que clamo tan humildemente, lo que me rebajará a la condición de las demás mujeres!”. Todas las mujeres que conozco, en cuanto están solas hablan de eso con palabras y miradas que ensucian el amor. ¡Todos los libros también! ¡Y algunos precisan de una manera! El de ayer, sin ir más lejos...».

Abre un libro, aún húmedo de tinta fresca y relee:

Su abrazo fue, a la vez, ascensión y paroxismo. Adila, rugiendo, clavó las uñas en los hombros del hombre y sus miradas exacerbadas se cruzaron como dos puñales envenenados de voluptuosidad. Él sintió, en un supremo espasmo, cómo su fuerza, se disolvía en ella, mientras que ella, con los párpados estremecidos, superaba de un vuelo las cumbres desconocidas donde el sueño se confunde con la sensación...

«¡Esto es decisivo! —concluyó Minne, cerrando el libro—. Me pregunto, a veces, qué ha podido hacer Antoine con su soltería para ser tan ignorante».

Minne por lo general piensa poco en Antoine. Llega a olvidarse de él y también le ocurre que lo acoge alegremente como si aún fuera el primo fraternal de otro tiempo. Pero hoy, cuando ha llegado hambriento, oliendo a palisandro y barniz, su alegre charloteo fracasa delante del mutismo de Minne, mutismo de boquita apretada y cejas irritadas.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

No tiene nada. Está enfadada con Antoine por la cita que Jacques le ha dado por la tarde. «Este chico no puede estarse quieto, suplica, se impone, escribe. Sí, Sí, se trata del barón Couderc. Pero, ¡vaya cosa! —piensa Minne—. Quizá me divertiría si se lo quitara a alguien o si pudiera contárselo a Irène Chaulieu, pero para mí particularmente, que sea el barón Couderc o el carbonero de enfrente, el resultado no difiere».

Irá, de todas formas, a la calle Christophe Colomb, irá porque nunca retrocede delante de nada, incluso ante una cosa molesta y, además, su aventura amorosa es tan nueva...

En el comedor, donde entra tanta luz que se tiene frío, Antoine devora la ternera Marengo y su diario. Luego, extasiado, contempla a su mujer que, ceñida dentro de un vestido oscuro, liso, parece una dependienta muy distinguida. Procura, al hablar, suavizar la expresión distante de las negras pupilas, tormento de toda su juventud, de la boca que en otro tiempo mentía tan loca y artísticamente.

—Minne mía, he almorzado muy bien. ¿Hiciste tú la minuta?

—¡Claro que sí! Como todos los días.

—¡Es formidable! Sin embargo, tía no te enseñó gran cosa.

Minne se ahueca.

—Pues aprendí solita. Las salsas están pasadas de moda, no tienen éxito los entremeses complicados. En esta temporada no hay verduras y si no me tomara un poco de trabajo, aquí se comería tan mal como en casa de los Chaulieu.

Juega a la señora, cruza las manos y diserta sobre las vituallas de invierno. Antoine la admira y se regocija, semioculto detrás de *Le Figaro*. Minne nota el insólito temblor del diario y protesta:

—¡Es demasiado fuerte! ¿De qué te ríes?

—De nada, muñequita mía. Te quiero demasiado.

Se levanta y va a besar tiernamente los hermosos cabellos brillantes, donde serpentea y se pierde una estrecha cinta de terciopelo negro. Minne apoya, por un instante, con aire fatigado, su cabeza en el pecho de su marido.

—Hueles a piano, Antoine.

—Ya lo sé. Es muy sano, ¿sabes? ¡Ese olor de barniz y madera nueva ahuyenta la polilla! ¿Y si encerrásemos un piano en cada uno de tus armarios?

Minne se digna a reír, lo que le llena de alegría.

—¡Anda, ven a servirme el café, encanto! He de irme tempranito.

La coge en brazos y la lleva al salón tapizado de blanco con ramilletes, que conserva un olor vulgar de tela nueva, pues Minne no recibe mucho y se halla más a gusto en su dormitorio y, en particular, en su tocador.

—¿Qué harás esta tarde, monina?

—Unos recados pesadísimos. Pero regresaré temprano.

—¡Sí, ya sé qué quieres decir! Vas a comparecer a las siete y media, con aire de bajar de la luna, exclamando: «¡Cómo! ¡Y yo que creía que eran las cinco!».

Minne sacude la cabeza sin alegría:

—¡Me extrañaría muchísimo!

En el pequeño entresuelo de la calle Christophe Colomb, el té arde, el fuego se derrumba en brasas de color de rosa, y hay crisantemos desmelenados, grandes como «pies de achicoria», en todos los floreros. Los emparedados de caviar, desenvueltos demasiado pronto, se retuercen como fotografías mal pegadas. Hace dos horas que Jacques está allí, más grave que ayer, y Minne lo encuentra cambiado. Tiene algo de sinceridad y seriedad que no le sienta bien. «Valiente suerte la mía», suspira. Y oculta su malhumor con una sonrisa mundana.

—¿Cómo? ¿Ya llegó usted, querido amigo?

El «querido amigo» hace un signo de que sí, que está allí y le aprieta los dedos muy fuerte. «Juraría —se dice Minne— que tiene ganas de llorar. Un hombre que llora. ¡Ah, eso sí que no! ¡Ah, no!».

—¿Qué tiene contra mí? ¿He venido tarde?

—Sí, pero no importa.

Le ayuda a quitarse los guantes, recibe en sus manos devotas el pequeño tricornio adornado con camelias y palidece al verle el mismo traje que ayer, un cuello liso donde brilla el mismo botón de rubí. Se siente perdido y desolado.

—¡Dios mío —piensa—, que ya la ame! Es terrible, no lo sabía. Ayer aún podía pasar, pero hoy no sirvo para nada. No sirvo más que para llorar y acostarme con ella hasta morir. Me va a tomar por un canalla.

Minne se vuelve, irritada por su silencio:

—Oiga, Jacques, déjeme decir algo.

El muchacho sonríe con una sonrisa de la que ha desaparecido su alegre insolencia.

—No se ría de mí, Minne. Si supiera, estoy destemplado...

—¡Haberlo dicho! Es muy fácil dejarlo para otro día. Habría bastado un mensaje.

Esta falsa solicitud enciende en los ojos de Jacques un resplandor inquietante. Se levanta, le habla casi duramente:

—¡Aplazarlo! ¡Un mensaje! ¿Soy un inválido? No se trata de gripe o jaqueca. ¿Cree que puedo pasar sin usted?

No ha sabido reprimirse, se explica con torpeza y Minne se irrita.

—Entonces, cuando no pueda prescindir de mí, ¿tendré que venir a cualquier hora?

Aunque no ha levantado la voz, su boca nerviosa palidece y mira a su amante de abajo arriba, como animalillo débil y amenazador. Jacques se asusta, y le coge las frías manecitas sin guantes.

—¡Dios mío! Minne, ¿estamos locos? ¿Qué me pasa? ¿Qué digo? Perdóname. Te amo, todo el mal reside en esto. Me hago un daño infinito pensando en ti, en ti tal y como ayer eras, tal como vas a ser. Dime, dime, ¿verdad?, como ayer eras, pálida entre tus cabellos, luego fatigada en la cama, tus pies afilados, juntos.

Habla y desnuda a Minne. Sus besos, el contacto de su cuerpo juvenil, vigoroso y sonrosado, que huele a rubio, el relámpago de misteriosa belleza que en ese instante le visita, reanima, una vez más, en el fondo de los sombríos ojos de Minne la esperanza del milagro esperado. Pero, una vez más, sucumbe solo y Minne, al verlo tan cerca de ella, inmóvil, mal resucitado de una muerte bienaventurada, descifra en lo más íntimo de su alma los motivos de un odio naciente: envidia ferozmente el éxtasis de ese niño fogoso, el desmayo que no ha sabido darle: «¡Ese placer me lo roba! Es mío, mío, ese anonadamiento divino que lo derriba encima de mí. ¡Lo quiero para mí! ¡O que deje de conocerlo por mí!».

—¡Minne!

El muchacho, apaciguado, suspira su nombre y abre los ojos a la sombra coloreada de las cortinas. Ya no es malo, ya no está celoso, es dichoso y busca, mimoso, a Minne a través de la gran cama.

—Minne, ¿vienes? ¡Cuánto tardas!

Al ver que no viene, se levanta, se sienta y se queda boquiabierto al ver que Minne, en corsé, se ata en sus cabellos la estrecha cinta de terciopelo negro.

—¡Estás loca! ¿Te vas?

—¡Claro que sí!

—¿Adónde?

—A mi casa.

—Me habías dicho que tu marido...

—Antoine llega a las siete.

—Entonces...

—No tengo ganas de quedarme.

Desnudo como Narciso, salta de la cama, tropieza con las botas:

—¡Minne! ¿Qué he hecho para que me dejes? ¿Te he hecho daño? Quizá te hice un poco de daño.

Va a responder, a decir: «¡Ni siquiera eso!», reivindicar su parte de goce, decir su larga búsqueda, sus infructuosas caídas. La retiene un pudor especial: que este secreto, junto con las divagaciones de otro tiempo, sea, por lo menos, su triste lote, el tesoro de Minne.

—No, no tengo nada. Me Voy. No tengo ganas de quedarme, esto es todo. Estoy harta.

—¿Harta de qué? ¿De mí?

—Si le parece... No le amo bastante.

Le asesta esto como un madrigal, mientras se pone las dos sortijas. Para él todo es como una pesadilla o una mixtificación, ¡quién sabe!

—Minne, cariño, tiene usted cada salida... ¡No se aburre uno ni un minuto con usted!

Se ríe, siempre desnudo. Minne, con las manos en el manguito, lo contempla. Lo odia. Ahora está segura. Escruta cruelmente, sin rubor, los pormenores de esa cara infantil, los párpados color malva, la boca muelle y encendida, el pecho donde espumea un vello rubio, los muslos flacos y musculosos. Lo odia, se inclina más y, suavemente, murmura:

—No le amo bastante para regresar. Ayer no estaba segura. No lo sabía anteayer. Usted ayer no sabía que me amaba. Los dos hemos hecho descubrimientos.

Se desliza luego, velozmente, hacia la puerta, para que no tenga tiempo de hacerle daño.

Antoine, que regresa a pie del barrio de Rochechouart, se siente triste por dos razones: primero porque está deshelado y del pavimento grasiento sale un vapor que huele a trapo mojado, y luego porque su jefe, irritado, lo ha tratado de «guitarrero de momias».

Y, presa de desoladores pensamientos, ha entrado en su casa sin hacer ruido, no ha cantado en el vestíbulo, no ha hecho caer los paraguas colgados en los colgadores

de la entrada. Antes de que nada lo anuncie, empuja la puerta del salón y se para extrañado: Minne está allí, dormida, en el sofá blanco con ramilletes.

¿Dormida? ¿Por qué dormida? Ha dejado el sombrero en la mesa, ha tirado los guantes en una jardinera y su manguito, a sus pies, parece un gatito acurrucado en las sombras.

Dormida. Ese insólito desorden, ese sueño de vencida se parece tan poco a Minne... Se acerca más. Está durmiendo con la cabeza apoyada en el respaldo y el puro metal de sus cabellos se ha desbordado un poco en los hombros. Se inclina, con el corazón agitado, emocionado al hallarse allí, vagamente poseído de vergüenza y temor, como si abriera una carta robada. ¡Qué tristemente dormita la niña que adora! Las cejas fruncidas, la boca floja se cae en las comisuras y las naricitas delicadas, dilatadas, respiran, de repente, con más fuerza. ¿Va a deshacerse en lágrimas el desolado rostro ciego?

«¿Qué ha cambiado? —piensa Antoine angustiado—. No es la misma Minne. ¿De dónde viene tan triste y fatigada? Su sueño es desolado, nunca la he sentido tan lejos de mí. ¿Es que va a empezar a mentir otra vez?».

Ese torpor agotado, ese otro semblante que jamás le ha mostrado, ya es una mentira. Minne se ha movido, retrocede un poco. Sus manos tiemblan débilmente como las patas de los perros que en sus sueños corren, y se sienta sobrecogida, aterrorizada:

—¿Es usted? ¿Qué hay? ¿Es usted?

Antoine la mira fijamente.

—Soy yo, Minne, acabo de entrar. Estabas durmiendo. ¿Por qué me llamas de usted?

Minne, muy pálida, enrojece hasta los cabellos y aspira el aire con una gran bocanada.

—¡Ah, eres tú! ¡Qué sueño más malo!

Antoine se sienta junto a ella, oprimido aún por la duda y el malestar.

—¿No me cuentas tu mal sueño?

Ella le sonríe con su femenina y atrevida sonrisa, sacudiendo un rubio mechón suelto:

—¡Gracias! ¿Para que tenga miedo?

—Te tranquilizaría, Minne mía —dice Antoine, estrechándola entre sus grandes brazos.

Pero ella se ríe y se escapa tiritando, baila para calentarse, para despertar, para olvidar la amenazadora imagen que en su sueño formaba un cuerpo de adolescente, rubio y desnudo, tendido, fuerte, sobre una roja alfombra.

Hoy es domingo, un día que trastorna la semana, diferente de los demás días. Antoine, que desde que reconstruye barbitones cree que le gusta la música, lleva a

Minne los domingos a los conciertos.

Minne no sabría decir, claramente, por qué los domingos es más friolera. Llega al concierto castañeteándole los dientes, y la música no la calienta porque la escucha con demasiada atención. Escucha inclinada, juntas las manos en el manguito, atenta a contemplar al director de orquesta, como si el gesto de Chevillard o Colonne, fuera, por fin, a levantar el telón de un espectáculo misterioso que se adivina detrás de la música y que jamás se ve. «¡Dios mío! —suspira Minne—. ¿Por qué no hay nada perfecto? Se espera, se espera, es como unas ansias de llorar que se tienen en todo el cuerpo y... ¡no sucede nada!».

En este gris domingo de deshielo, Minne se adorna con un vestido gris, de terciopelo color de plata empañada, y una estola de zorro negro. Sus cabellos brillan, cerrando la nuca con un apretado casco de oro bruñido, bajo el sombrero coronado de oscuras plumas. De pie, en el tocador, multiplicada por la luna de un espejo Brot, Minne se confiesa satisfecha:

«Realizo bastante bien la imagen de una mujer de mundo».

Luego se va a hacer rabiarse a su marido, pues su propia perfección la hace autoritaria. Antoine se viste en un cuartito, instalado de cualquier manera junto a su despacho fumador. Minne no tolera cerca de ella «trastos de hombres», negros, ásperos, ni la ropa interior masculina. «Si por lo menos —dice— se pudieran poner cintas en los calzoncillos y los chalecos de franela para que cuando se abre un armario se vea bonito...».

Antoine se está vistiendo, formado por el colegio, con silenciosa rapidez.

—¡Vamos, Antoine, vamos! —gruñe la pequeña hada ataviada de plata.

Su marido vuelve una cara barbuda y preocupada, ojos blancos y negros de advenedizo bondadoso.

—Oye, Minne, ¿quieres ponerme el gemelo del puño izquierdo?

—No puedo, llevo guantes.

—Podías quitarte uno.

No insiste más, pero la misma preocupación vuelve a pesar en sus cejas. Minne se admira en la luna inclinada de un viejo espejo móvil, relegado en un rincón y al que nunca consulta. Siempre hay algo nuevo que ver en un viejo espejo.

De súbito, se pone a cantar con su voccecita infantil, pura y aguda:

*J'ai du di
j'ai du bon
j'ai du dénédinogé
j'ai du zon zon zon
j'ai du tradéridera
j'ai de vert-et-jaune
j'ai du violet
j'ai du bleu teindu*

j'ai de l'orangé!

Antoine se ha vuelto, estupefacto.

—¿Qué es eso?

—¿Eso? ¡Ah, una canción!

—¿Dónde la aprendiste?

Minne piensa, un dedo en la frente, y de repente se acuerda de que su primer amante, el interno de los hospitales, cantaba esta canción campesina con un paso de fantasía obscena. Le divierte el recuerdo y se echa a reír.

—¡Qué sé yo! De chica. Quizá con Célénie en la cocina.

—Me extraña mucho —dice Antoine con más seriedad de la que el incidente requiere—. Conozco a Célénie tanto como tú.

Minne levanta una mano, despreocupada.

—Puede ser. ¿Sabes que van a ser las dos y que los domingos es terrible encontrar mi coche?

En el simón, Antoine casi no habla, preocupado por un malestar que no explica, y Minne decide animarle, darle buenos consejos:

—Hijo de mi vida, si vas a necesitar dos días para reponerte cada vez que se chance uno de tu... tu cosa... en fin... tu barbitón. ¿Qué va a ser de ti en la vida? Alguna cosa tiene que ir mal y si en tu existencia no hay peores catástrofes...

Suspira tan cómica y maternalmente escéptica que el malhumor taciturno de Antoine se funde en cálida ternura, y al subir la escalinata del Chatelet ha recobrado el orgullo agresivo de todo hombre que lleva del brazo una mujer muy bonita.

—¡Antoine, fíjate: Irène Chaulieu! Allá en un palco con su marido.

—¡Y con Maugis! ¿Le hará la corte?

—¡Vaya ocurrencia! —dice Minne impertinente—. También me la hace a mí.

—¡No!

—¡Claro que sí! La otra noche, en casa de los Chaulieu, si hubiera querido...

—¡No chilles tanto! ¡Tienes una forma de hablar bajo! ¿Así es que Maugis se ha atrevido?

—¡Oh, Antoine, te suplico que no me hagas una escena conyugal aquí, en particular a causa de Maugis! Créeme, no vale la pena. Y cállate. Pugno se instala.

Se calla. Maugis le importa, en el fondo, un bledo. Su reciente malestar depende de Minne, de Minne solita. Cree, ¡Dios mío!, está seguro de que Minne no comete tonterías. Sólo teme que vuelva a empezar a mentir por el gusto de mentir, que de nuevo cultive el jardín perverso, fantástico, mal conocido, donde vagó su infancia de nenita enigmática.

—¡Vaya, mira el chico Couderc! —observa distraídamente.

Sólo se han movido los ojos de Minne, que murmura:

—¿Dónde?

—Acaba de entrar en el palco de *madame* Chaulieu. ¡Cómo hablan en ese palco!
¡Se les oye desde aquí!

En efecto, Irène Chaulieu charla como si estuviera en la ópera, sentada tres cuartos contra el rojo tapiz y sus párpados a la oriental parpadean para expresar cansancio, deseo, voluptuosa derrota. Unos encajes, auténticos y sucios, cargan sus espaldas, cuelgan de sus manos.

—Es bien verdad —susurra Minne—, que siempre parece ir vestida por las revendedoras de la calle de Provence.

Simula que espulga el tocado de Irène para espiar a Jacques Couderc. ¡Qué mala cara tiene ese muchacho! Y una de sus manos hace bailar febrilmente el sombrero. Minne lo desprecia: «¡Detesto a la gente nerviosa que no sabe ocultar sus emociones! Su rodilla tenía, el otro día, el baile de San Vito; hoy es el brazo. ¡Todo eso son tics de degenerado!».

Se venga del breve estremecimiento que acaba de rozar su nuca. Luego permanece con la barbilla tendida para entregarse por completo a *Scherezade*.

Su cuerpo se cimbreo con el ritmo de las olas —desencadenados trombones coronados por un golpe de címbalo—, una pálida sonrisa estira las comisuras de sus labios cuando Rimsky Korsakov la arrastra de bajel a harén, de naufragio a fiestas en Bagdad, cuando al salir del prestigioso estrépito de una batalla de gigantes, la hunde hasta los labios en la confitura oriental —pistachos, pétalos de rosa que enviscan de azúcar y aceite de sésamo— de un diálogo entre el príncipe y la joven princesa. Esa música excesiva, ¿entregará a Minne el secreto de sí misma? Demasiada dulzura por instantes, o los violines impúdicos, los giros, irresistibles y adivinados, de una belleza velada por *écharpes*, que entreabren, aquí y allá, las bocas en un «¡ah!» estático.

En el palco de Irène Chaulieu, un muchacho desgraciado pretende comprender lo que le está sucediendo. La música lo disuelve y necesita muchísimo valor para no aullar como un perro junto a un organillo de Berbería cuando los violines cantan agudamente. Le trastorna la presencia de Minne. Lo ha abandonado, débil y desnudo, lo ha abandonado, aún embriagado de ella, con palabras tan secas, tan frías, con ojos tan negros, tan salvajemente decididos... ¡Ay!, la historia de sus amores cabe en tres líneas: «la vio, la sedujo por no parecerse a nadie y, más tarde, se entregó a él silenciosamente».

—¡Qué calor hace en esta sala! —suspira Irène Chaulieu.

Su abanico lleva hasta Jacques Couderc un perfume grasiento y pesado, y se siente incómodo. ¡Ah, cómo rejuvenecería el aire polvoriento una gota de verbena al limón que se evaporara! Limones descortezados, hojas que se arrugan para que rindan su verde perfume, juventud del verano incipiente, paja de centeno apenas rubia: el perfume de Minne, los cabellos de Minne, la piel de Minne y sus pupilas, negra fuente donde beben y se reflejan los sueños. «¿Es posible que tuviera eso? ¿Cómo pude merecerlo? ¿Cómo pude perderlo?».

—Oiga, pequeño Jacques, ¡qué cara tiene! ¿La juerga, las locas juergas? ¿Las voluptuosidades culpables? ¿Qué ha hecho? Me gustaría saberlo o verlo...

Jacques sonrío a Irène con ganas de matarla, exagera su insolente miopía.

—¿Tan joven y ya pervertida?

Ella alza su nariz de pesadora de oro.

—¡Hijito, tiene usted los prejuicios de un burgués de Marais!^[2] ¿Y si a mí me divierte doblar mi placer midiendo el placer ajeno? La gente me hace reír con su pretensión de asignar límites correctos a la voluptuosidad. A Dios gracias, mi alma ha permanecido lo bastante oriental para concebir y abarcar la voluptuosidad de todos los siglos.

Continúa hablando, a través de los «chist» indignados, y ni siquiera oye a Maugis que refunfuña en voz alta:

—¿Qué cuernos ha leído ayer esta bribona?

Jacques Couderc calla, desanimado, y el entreacto llega a tiempo para permitirle salir, moverse, pasear su dolor. Piensa, por un breve instante, en esperar a Antoine, saludar a Minne, asustarla, pero una especie de torpeza moral se lo impide. Todo cuanto quiere preparar, precisar, se disuelve lentamente; y desciende, cobardemente, la gran escalinata.

En los días que siguen, esa vergonzosa fuga da a Minne una gran seguridad en sí misma, la consciencia de ser, esta vez, la más fuerte. La semana de Año Nuevo, que turba hasta los tranquilos alrededores de la plaza Pereire, la mantiene, a la fuerza, en medio de las preocupaciones de bombones, visitas, tarjetas y regalos. Su espíritu solapado y fantástico, jamás ligero, se aleja de la breve y desagradable aventura de amor. Se atarea como una señorita de «Chez Boissier», redacta listas de visita, desliza

«Christmas» en sobres y adquiere un aire preocupado de nenita que juega a ser señora. En cuanto Antoine entra, lo acoge con preguntas precisas y malévolas.

—¡Y los de Hautevielle! ¿A que no has pensado en su niño?

—Es verdad. ¡Me olvidé!

—¿Y a la vieja bruja de la tía Poulestin?

—¡Atiza! Una más.

Minne baja una nariz melancólica.

—Pues, hijito, si tengo que ser la única que ha de pensar en todo... ¡La verdad que es una faenita!

Y es una faenita, figúrense ustedes, ir a visitar mañana al tío Paul, ese enfermo hostil, al que tiene que besar —¡besar!— en la frente color de boj. Horror. Se irrita, y con las dos manos despeina su cabellera.

—Antoine, ¿mañana a qué hora?

—¿A qué hora qué?

—El tío Paul.

—¡Qué sé yo! A las dos, a las tres. Tenemos todo el día.

—¡No me digas! Buenas noches, me voy a acostar. Ya no me aguanto en pie.

Se estira, bosteza desesperadamente, de súbito se aburre, su ardor rabioso ha desaparecido y viene a ofrecer un rincón de mejilla, moño y oreja al beso de su marido.

—¿Te vas a acostar, muñequita mía? Oye, yo...

—¿Qué?

—También voy.

Ella lo mira, felinamente, de reajo. No cabe la menor duda: Antoine la seguirá a su cuarto, a su cama. Vacila. «¿Estoy enferma? ¿Hago una escena y me enfurruño? ¿Me duermo? Va a ser muy difícil».

Claro que va a ser difícil, pues Antoine ronda en torno suyo, aspira en toda la habitación el claro perfume de Minne. Lo sigue con la vista. Es alto, quizá demasiado, torpe cuando vestido, la desnudez lo pone a sus anchas como a la mayoría de hombres bien formados. Una nariz con una jorobita en medio, ojos de carbonero enamorado. «Es mi marido. No es peor que otro, pero es mi marido. Al fin y al cabo, si consiento por esta noche podré estar tranquila antes». Y con esta conclusión, que encierra toda una filosofía de esclava, se dirige lentamente a su cuarto, retirando las horquillas de sus cabellos mientras camina.

Es horrible ver al tío Paul. Su cabeza de boj seco da miedo, esa cabeza de misionero al que se ha escalpelado un poco, quemado un poco, dejado morir un poco de hambre dentro de una jaula al sol. Arrugado en una butaca, juega al escondite con la muerte en una habitación blanqueada con cal, guardado por una enfermera que parece una vaca rubia. Acoge a sus hijos sin hablar, tiende una mano seca y, deliberadamente, atrae a Minne a su cráneo desnudo, dichoso de sentirla rígida, a punto de chillar.

Ambos se comprenden admirablemente por encima de la cabeza de Antoine. Minne con sus pupilas negras, fijas y dilatadas, le desea la muerte. Él, a todo instante, la maldice silenciosamente, la acusa, con absoluta injusticia, de haber hecho morir a mamá de dolor y de hacer a su hijo muy desgraciado.

Ella se interesa por su salud con pausada voz; él saca aliento para felicitarla por su vestido gris plata. No se sabe qué ocurriría si vivieran en la misma casa.

El tío Paul se divierte hoy en retenerla largo rato.

—Todos los días no es Año Nuevo —articula sofocado.

Provoca, y prolonga, respirando muy fuerte, un ataque de tos cuyas náuseas finales hacen palidecer y estremecer las mejillas de Minne. Da pormenores precisos, cuando recobra el aliento, sobre sus funciones naturales y capta, dichoso, la mirada indignada de su nuera; luego recoge sus fuerzas y, lentamente, se pone a hablar de la muerte de su hermana.

Esta vez es un inútil despilfarro de energías: Minne, que se siente completamente inocente del fallecimiento de mamá, escucha sin remordimientos, se distiende poco a poco, halla unas palabras, una triste y tierna sonrisa. «Es muy fuerte», se dice el moribundo lleno de indignación, y, cansado del juego, pone fin a la visita.

Una vez afuera, bajo la lluvia, bajo la noche punzante y helada, Minne siente ganas de bailar, da un níquel a un mendigo, coge el brazo de Antoine y piensa, generosa en su dicha de evadida: «¡Palabra que si Jacques Couderc estuviera aquí lo besaba!».

Toda la noche se agita, charlatana, riéndose sola. El agua oscura de sus pupilas se mueve y resplandece; una fiebre encantadora anima su tez. Antoine la contempla atento y melancólico. Deja un momento de reír para sonreír y su rostro se transforma. ¡Oh, esa sonrisa de Minne, esa provocativa y deliciosa sonrisa, que sube los pómulos, transforma el arco de la boca y estira las comisuras de los párpados! Antoine, por segunda vez, se esfuerza en descubrir en el semblante de Minne otro rostro, una máscara que la sonrisa colora ligeramente. Se siente el corazón agitado y triste, como el día en que la vio dormida en el sofá. En ese sueño preocupado que la traicionaba, como en esa sonrisa, secreta y voluptuosa, otra mujer asoma, se le escapa Minne. Sólo ha sido un relámpago. Minne bosteza como una gatita, críspa sus zarpas en el vacío y anuncia que se va a la cama.

Minne no puede acostarse en seguida. Envuelta en su bata blanca de monje abre la ventana «para ver el frío».

Alza la cabeza y le sorprende el parpadear de las estrellas. ¡Cómo tiemblan! Esa grande, allá, en lo alto, seguro que se va a apagar. La han colgado en una corriente de aire.

Minne, tras jugar bastante rato a saborear el frío, cierra la ventana y se queda de pie, junto al cristal, demasiado alada, demasiado delicadamente exaltada en esa noche para acostarse, poseída, de nuevo, por la absurda y ardiente certidumbre de que la dicha aún puede precipitarse en su vida como catástrofe llena de maravilla, como brusca fortuna que merece, que le es debida. El hombre que hará de ella una mujer no es portador de ninguna señal misteriosa, y si lo encuentra, será por azar. El azar antaño se llamaba milagro. Más de una vez el esfuerzo de un cantero reventó con un sordo golpe de pico la prisión donde una fuente dormía.

Irène Chaulieu ha citado a Minne en el «Palais de Glace», a eso de las cinco. A la pequeña israelita infatigable que considera el ocio y la soledad como males, no le basta «su día». Reúne diariamente, en algún salón de té, amigos, enemigos y antiguos amantes que han permanecido dóciles. El «Empyrée Palace», y el «Asturie» resuenan con su voz cortante, que, cuando cree cuchichear, chilla. El anticuado «Palombin», el discreto «Afternoon» de la plaza Vendôme, todos pierden el descanso los días en que Irène Chaulieu reserva una mesa. Hoy es el «Palais de Glace» y Minne, que acude allí por primera vez, se ha puesto un traje oscuro de mujer decente en su primera cita, los ramajes de un velito tatúan de blanco su fino rostro invisible: dos agujeros de impenetrable sombra, una flor rosa velada, insinúan boca y ojos.

—¡Ah! Aquí está Santa Minne. ¿De dónde sale con ese bozal? Maugis, haga sitio a esta niña. Y Antoine, ¿está bien? Tómese un grog hirviente. Aquí se respira la muerte. Además, hay que estar en armonía con los ambientes, como decía la difunta *Revue Héliotrope*. Yo bebo té en Inglaterra; en España, chocolate, y cerveza en Munich.

—¡No sabía que había viajado tanto! —susurraba la voz suave de Maugis.

—¡Una mujer inteligente siempre ha viajado mucho, viejo borracho!

Maugis, chaleco claro, abombado el pecho como una gallina gordita, se pavonea para Minne, que no parece haber notado nada. Decepcionada, mira a su alrededor tras haber estudiado con la vista a las sombras de ese *five o'clock*.

¡El grupo no es nada brillante! Irène se ha traído a su hermana, monstruo batracio sin piernas, jibosa, imposible de casar, a quien alimenta, aterroriza y obliga a una muda complicidad. Los habituales del salón Chaulieu han dado a esa dueña teratógena el significativo nombre de «mi hermana Alibi».

Al lado de Maugis, un vago intelectual paladea un cóctel muy oscuro. La americana, la hermosa Suzie se absorbe en un dúo susurrado con su vecino, escultor andaluz con barba de Cristo. De ella sólo se ve una nuca corta y sólida, espaldas cuadradas, una breve y aterciopelada nariz de animalillo sensual. Y, finalmente, esta

Irène, mal arreglada y malhumorada. Minne detalla, con tranquilo placer, el llamativo maquillaje de labios y mejillas, el exceso de joyas en manos y garganta.

Minne espera que Maugis, de pie a sus espaldas, reanude el flirteo. Él la contempla con mirada a la que el alcohol ha empañado el azul ingenuo y calla, buscando, bajo el vestido sastre, la línea caída de las espaldas, los pálidos y venosos brazos, los dos salientes conmovedores. Minne, paciente, se distrae con el girar de los patinadores. Por lo menos, esto es nuevo, aturde un poco y, de minuto en minuto, resulta más cautivador. Se sorprende siguiendo, con una inclinación del busto, el impulso que curva a los patinadores como espigas bajo el viento. La luz, alta, oculta los rostros a la sombra de los sombreros; un reflejo de nieve brota de la pista rasa, polvoreada de hielo molido. Ronronean los patines y, bajo su esfuerzo, el hielo chirría como vidrio que se corta. El aire huele a sótano, a alcohol y a tabaco. Un lento vals conduce el carro.

Unas mujeres, muy compuestas, rozan el codo de Minne.

Quisiera ver patinar a ésas, con sus plumas que giran, las anchas faldas como trompos. Pero no bajan a la pista.

—Minne, ¿ha visto a Polaire?

—No.

—¡Vamos, eso sí que es bueno! ¡Quedará en mi recuerdo como la mujer que no conoce a Polaire! Allá pasa; fíjese.

Dos siluetas que valsan, una muy esbelta, estrangulada en la cintura, en la falda anchísima, parece menos una mujer que una de esas especies de jarros creados por la rotación de un alambre recto. Minne no ha distinguido el rostro de la que baila —mancha pálida entre negros cabellos—, ni los pies —relámpago de acero, coletazo de pez al sol—, pero se ha quedado hechizada, esperando que la pareja de patinadores enlazados vuelva a pasar. Ha captado esta vez el aliento de las faldas arremolinadas, observado el éxtasis del pálido semblante.

«¿Así es que la embriaguez del girar, la velocidad de pies alados, pueden bastar para pintar en un rostro esa muerte bienaventurada? Yo también quisiera... ¡Si pudiera aprender! Dar vueltas, vueltas, hasta morir, los ojos cerrados».

La despierta su nombre pronunciado a media voz.

—Madame Minne tiene una expresión muy abstraída —acaba de decir Maugis.

—Está pensando en su flirteo —replica Irène Chaulieu.

—¿Qué flirteo? —consiente en preguntar Minne.

Irène se inclina encima de la mesa, arrastrando entre las tazas las colas de sus cebellinas. Su boca maquillada se dilata con el afán de hablar, mentir, calumniar, saberlo todo.

—¡El más desgraciado de todos, el chico Couderc! ¡No se habla más que de eso, hija mía, de cómo lo ha acogido!

Las pupilas de Minne ríen detrás del encaje: «Él es el que hasta ahora me ha acogido».

—Desde el día en que lo mandó a... amar a otra parte, se le ve una cara más compungida, se le encuentra en los garitos, pierde todo lo que le da la gana en «La Ferme». En fin, ¡se hablaría menos de ustedes si se hubieran acostado!

—¿Es un consejo? —preguntó la dulce voccecita de Minne.

—¿Un consejo, yo? ¡Ah, querida amiga, no es porque Maugis esté aquí, pero no sería yo la que ha de elogiar a mis amigas los atractivos de los chulos de veintitrés años! No sirven más que para engañar, sacar cuartos, importunar. Hay que hablarles de amenazas, suicidios, revólveres y toda clase de escándalos habidos y por haber.

Minne frunce las cejas. ¿Dónde ha visto, tendido en una alfombra roja, un gentil cuerpo de adolescente blanco y desnudo? ¡Ah, sí, aquel mal sueño! Se estremece debajo de la estola de zorro negro y Maugis, que la contempla con gula devota, sigue el rastro del estremecimiento, de la nuca a los riñones.

—¡Vamos, Maugis, no se excite! —le aconseja Irène—. Hoy el hielo le está produciendo un efecto muy gracioso.

—Es mi hora —se chanea el periodista—. ¡No pueden imaginar cuán brillante estoy de cinco a siete!

Las carcajadas de Irène cubren el ronroneo de los patines, interrumpen el dúo extasiado de la hermosa Suzie y el escultor andaluz que acercan sus rostros atónitos de amantes que despiertan. Sólo el monstruo batracio, acurrucado como ídolo hindú, no ha sonreído.

—Yo —afirma Irène, arrogante—, más pronto diría que por la mañana... De todas formas, también por la tarde... o por la noche, muy tarde.

Maugis junta unas manos admirativas:

—¡Oh, rica naturaleza! ¿Así es cierto que la abundancia hace generoso?

Ella lo aparta con la punta de sus dedos, de pulidas uñas.

—¡Espere! Minne no ha dicho nada. Es su turno, Minne. Espero sus impresiones de alcoba. Me crispa los nervios, verla ahí, las manos en el manguito.

Minne titubea, tiende una barbilla mimosa y se hace la niña.

—Yo, no sé. ¡Soy muy chiquita! Hablaré después de todos.

Y señala a la pareja hispanoamericana, sentada rodilla contra rodilla. La americana no hace melindres:

—Yo, depende de quién sea —confiesa—, pero todas las horas son buenas.

—¡Bravo! —grita Irène—. Por lo menos usted se lanza de cabeza a su «muerte chiquita».

La hermosa Suzie ríe lentamente y frunce un hocico fresco y felino.

—«¿Muerte chiquita?». No, no. Más pronto un columpio que sube demasiado, ¿sabe? Se rompe en dos, se cae y se exclama: ¡Ah!

—O bien: «¡Mamá!».

—¡Cállese, monsieur Maugis! Y vuelta a empezar.

—¡Ah! ¿Vuelta a empezar? Mis felicitaciones al señor por su columpio.

Irène Chaulieu mordisquea una rosa y piensa, los ojos fijos. Unas breves

emociones pasan por su hermoso rostro de Salomé.

—Yo —empieza a decir— encuentro que todos son unos egoístas. No hablan más que de su placer, su sensación, como si la de... el otro no fuera importante. El placer que doy a veces vale más que el mío.

—Mientras haya la forma de... dar —interrumpe Maugis.

—¡Chitón, usted! Y el columpio... No, no, nada de eso; en absoluto. Para mí, es más bien techo que cae, golpe de gongo en los oídos, una especie de apoteosis, que merezco, el advenimiento de mi reino en el mundo y... ¡un cuerno retorcido! ¡No dura!

Irène, arrebatada, parece hallarse saboreando una sincera melancolía.

La pista de hielo, casi desierta, rapada, opaca, lanza un reflejo lívido a todos los rostros. Un mozo de elevada estatura, vestido de paño verde, muy ceñido, un gorrito en la oreja, hiende la pista con oblicuo impulso de nadador.

—Ése no está mal —murmura Irène—. Oiga usted, Minne, espero su palabra final.

—Sí —insiste Maugis—, nos debe la viñeta final, si así puedo calificarla, de este memorable plebiscito.

Minne se levanta, estira el velo en su barbilla, adelantando una boquita de carpa.

—¡Oh, yo no sé! Comprenderán que sólo he tenido a Antoine.

La desconcierta un poco su éxito de risa. En el circo vacío, el eco de las risas se dobla. Unas mujeres se vuelven hacia el grupo. El mozo del traje ceñido atraviesa de nuevo la pista, un pie en alto. Irène, seguida por el jorobado monstruo, avanza hacia la salida, con pasitos cortos, la vista fija en el patinador vestido de verde.

—El mozo no está nada mal, ¿eh, Minne?

—Sí.

—¡Tiene algo de Boni de Castellane^[3], en más robusto! ¡Ah, si una no supiera contenerse! Pero hay que reprimirse. Estos mozos están echados a perder por las cualesquiera que tienen caprichitos; y si una tiene una debilidad, todo París lo sabe al día siguiente.

Con un encogimiento de hombros sacude todas sus colas de cebellina, y despide al intelectual pobre y como Maugis se entretiene, grita:

—¡Vamos, gordinflón lleno de alcohol! ¡A ver si acaba de lamer los guantes de Minne!

La americana y el escultor andaluz se han esfumado, no se sabe cómo ni dónde. Irène, de más en más quisquillosa, declara, mientras un botones pide su coche, que la bella Suzie se ha hecho «alzar» una vez más y que pronto ninguna mujer decente querrá exhibirse con ella.

Minne siente que le crecen alas.

Desde hace ocho días, a las dos de la tarde, el metropolitano la conduce, vestida de corto, al «Palais de Glace». Las primeras sesiones fueron duras. Minne, horrorizada al sentir huir bajo sus pies un suelo jabonoso, gritaba con chillidos agudos, con voz de ratoncillo cogido; o muda, con las pupilas desorbitadas, se agarraba a los brazos del profesor, con sus manecitas de ahogada. Las agujetas también fueron crueles, y Minne, al despertar, sufría con dos huesos nuevos, muy malos, que crecían a lo largo de sus tibias.

Pero las alas crecen, y ahora un vaivén armonioso balancea a Minne en el hielo, más de prisa, aún más de prisa, hasta la detención de una pirueta. Minne abandona el brazo del hombre de verde y cruza las manos en su manguito, se lanza, se desliza, tiesa, juntos los pies.

Sin embargo, lo que quisiera es valsar como Polaire, perder la noción de cuanto existe, palidecer, morir, convertirse en la espiral de papel que gira en el aire cálido encima de una lámpara, volverse la banderola de humo que el fumador absorto arrolla en su muñeca.

Intenta valsar y se abandona en brazos del mozo del gorro, pero el hechizo falla, el individuo huele a embutido y *whisky*, y Minne, asqueada, escapa y se desliza sola, caídos los brazos, levantando con ademán aún temeroso, unas manos de danzarina javanesa.

Se entrena todos los días con la inútil persistencia de una hormiga que atesora pajitas. Su ociosa melancolía se divierte y la sangre asciende a sus pálidas mejillas. Antoine está contento.

El ardor obstinado de Minne redobla hoy. Apenas si ha visto que marzo ablanda los retoños y oscurece el azul ultramar del cielo, que una primavera raquílica exalta el olor de los ramilletes a dos centavos, reseda marchita, cansadas violetas, junquillo de Niza que huele a flores de azahar y setas.

Minne se desliza en la pista casi desierta, raya el hielo con el ruido de un diamante sobre el cristal, gira, agachándose como una golondrina. Una raya más y su patín rozaba el bordillo. Ha tropezado, sin querer, con un codo apoyado y se vuelve, murmurando:

—¡Perdón!

El hombre acodado es Jacques Couderc y una cólera inexplicable la embriaga de súbito ante el humilde y lívido semblante, los apagados ojos que la siguen.

«¿Cómo se ha atrevido? ¡Es horrible! ¡Venir a exhibir su palidez como mendigo que exhibe su muñón, y sus ojos que dicen: “Fíjate cómo me adelgazo”! ¡Que adelgace, que se funda, que desaparezca! ¡Que por fin pierda de vista a este ser... a este ser!».

Se vuelve sobre el hielo como pájaro enloquecido bajo una bóveda, decidida, empero, a no ceder el lugar. Es él quien cede y se va.

No obstante, su victoria la deja esta vez algo abrumada, temblorosa en sus finas

pantorrillas. ¡Se ha decidido! Puesto que Jacques no quiere alejarse, ¡que se muera! Lo suprime de la vida, volviendo a ser la cruel reinécita que en sus juegos de niña dispensaba puñal y veneno a todo un pueblo imaginario.

A la mañana siguiente, Minne despierta como si tuviera que tomar un tren matinal. Los ademanes para su tocado son realizados con prisa decisiva. Y durante el desayuno, Antoine recibe palabras secas lanzadas como proyectiles sobre su inocente cabeza. Minne da pataditas en la alfombra, sigue cada uno de los movimientos de su marido. ¿Es que se largará de una vez?

Él piensa en irse. Pero antes, de pie frente a la chimenea, contempla inquieto su cara de bandido bonachón y se coge la barba con ambas manos:

—¿Y si me cortara la barba, Minne?

Su mujer lo mira un instante y se echa a reír tan aguda e insultantemente que, al oírla, Antoine se siente lleno de dolor.

Una noche en que la poseía, jadeante y ansioso, se rió de la misma forma insoportable, porque la pera del timbre, junto a la cortina de la cama, golpeaba la pared con un tictac regular de metrónomo erótico. Al mirar a Minne recuerda esa noche tan desagradable. Se ha reído tan fuerte que en sus rubias pestañas tiemblan unas lágrimas claras y las comisuras de sus labios se estremecen como después de los sollozos.

Les separa algo duro. Quisiera decirle: «¡No te rías! Sé cariñosa y pequeña como a veces sabes serlo. Sé menos sutil, menos lejana, pon un poco de indulgencia en ser superior a mí. ¡Que no me juzguen tus insondables pupilas negras! Me encuentras tonto porque, deliberadamente, me hago tonto. Si pudiera me atontaría aún más hasta sólo amarte, amarte sin pensar, sin más ataques de agudo sufrimiento que tu desdén, o tu disimulo, son tan potentes en infligirme».

Pero calla y continúa sujetándose maquinalmente la barba con las manos.

Minne se levanta, encogiéndose de hombros.

—¡Córtate la barba! ¡No te la cortes! ¡Córtate la mitad! ¡Pélate como un perro de aguas! Pero haz algo, muévete. ¡Es espantoso verte petrificado!

Antoine enrojece. Rejuvenecido por la humillación, piensa: «Tiene suerte de ser mi mujer. Si sólo fuera mi prima iba a recibir algo». Y se va, estoico, sin besar a su mujer.

Minne, una vez sola, corre al timbre.

—El sombrero, los guantes, ¡de prisa!

Se irrita, corre... ¡Ah, que hermosa es la vida en cuanto la dora el resplandor de un peligro! ¡Por fin, por fin! Una ojeada al pequeño Couderc lívido y después no sé qué sosa tibieza en el estómago; el temblor de las pantorrillas la han prevenido: es el alba de un peligro, una amenaza que quizá se desconoce. Un peligro bastante grande para llenar el desierto de la vida, para suplir a la dicha, al amor. ¡Oh, qué esperanza!

Corre y sólo se detiene en el umbral del «Palais de Glace» para componer su rostro y dominar su respiración. Luego, cuidadosa de su aparición, desciende a la pista, una mano en la manga del hombre vestido de paño verde.

—Por favor, el cordón.

Se agacha, descubre su fino y seco tobillo, algo de pantorrilla. «¡Piernas de paje, que maravillas!». Erguida, vuelve los ojos distraídos, con sonrisa de acróbata. Sabe que está ahí, acodado. No necesita mirar, lo ve en el fondo de sí misma; con mano firme dibujaría todas las sombras, los hondos surcos que ha trazado el progreso del mal en ese rostro de niño enflaquecido. Se desliza, orgullosa y febril, encantada al poder decirse: «Si se acerca, ¿me saludará o me matará?».

Se prolonga el apasionante juego: «No me iré la primera», se jura Minne, cuyo ser tenso se dispone a la lucha. El redondel se puebla, miran mucho a Minne, que palidece y jadea sin que su encanto salga perjudicado. El otro continúa allí. Ella se apoya, por un instante, en el bordillo de la pista, tiesa, cruzados los brazos. Piensa que es tarde, que Antoine llegará, que se preocupará.

Olfatea la emboscada de la salida, lágrimas, súplicas que se harán amenazadoras:

—Mis saludos, señora; me pondría a sus pies, pero ya los tiene calzados con patines.

¿Quién ha hablado en su sueño? Minne recuerda la voz, suave y ahogada. Vuelve hacia su interlocutor unas pupilas de sonámbula. Le reconoce lentamente, como de muy lejos.

—¡Ah, sí! ¡Buenas tardes, monsieur Maugis!

Él besa su guante, y ella observa su cráneo, ancho y abollado, su corta nariz de individuo violento y espontáneo, sus ojos azules que fueron puros y su boca de chiquillo gordo, enfurruñado.

—¿Está cansada, pequeña señora?

—Sí, un poquito. He patinado mucho.

—¡Juventud egoísta! ¿A que el pequeño Couderc la ha hecho valsar hasta morir?

Minne cruza los brazos con ademán que afirma:

—No, jamás he patinado con monsieur Couderc.

Maugis pestañea.

—Lo sabía.

—¡Ah!

—Lo sabía, pero me gusta oírsele decir. ¿Se marcha? ¿Me permite que la acompañe a su coche?

Minne asiente, se hace amable a causa del otro, del otro que se ha levantado y echa dinero en la mesa. Ella se para, se para él. Y como busca la salida más próxima, ve que, al mismo tiempo, Jacques da tres pasos a la izquierda, luego tres a la derecha. ¡Qué juego más bonito! Parece una pantomima inglesa. Los payasos que dan mucha risa tienen esa tez de harina, esa tiesura cómica de cadáver distinguido.

—¡Salgamos! —dice Minne en voz alta.

Al otro lado de la pista, el pelele sigue a la pareja. Minne, decidida a arriesgarlo todo, se inclina hacia Maugis, lo roza con el hombro, ríe de perfil y toda su ondulante espalda se estremece de esperanza y desenvoltura: «¡Que llegue el puñal, la bala o la barra de hierro en la nuca! —ruega bajito—. Pero que ocurra algo, algo dulce u horrible, para quitarme la vida».

Se detiene bruscamente cerca del vestuario y el lívido muchacho que les sigue a distancia también se para.

—Un minuto, monsieur Maugis. Me voy a quitar los patines y estaré con usted. Si fuera tan amable que me buscase un coche.

Mientras el crítico se apresura, corriendo con el pasito ligero de los hombres gruesos, los amantes, inmóviles, se quedan solos, entre los desconocidos. El furioso resplandor de las pupilas de Minne impulsa a Jacques Couderc para que actúe, lo desafía y abrumba, pero parece quebrarse de repente el hilo sonambúlico que la unía a ella y pasa, cobarde, caídos los hombros.

Un crepúsculo de primavera entristece la avenida, la sombra malva punteada de amarillos fuegos desciende tan acariciadora y húmeda que inconscientemente se busca en el aire una perfumada palmera, un florido ramaje que roza la mejilla. Tanta dulzura sorprende a los nervios tirantes de Minne que con gran suspiro sorbe una bocanada de tibia brisa.

—Sí, ¿verdad? —contesta Maugis ante el suspiro tembloroso—. Fíjese en el verde del poniente, allá. Me azulea el alma.

—¡Qué temperatura más suave! ¿Me buscó un simón, monsieur Maugis?

—¿Le interesa mucho su coche? Sólo pasan trastos infames o carricoches desvencijados.

—¡Oh, no, por el contrario, me gustaría más ir a pie! —Y sin esperar, silenciosamente, alarga el paso.

—¡Ay, pequeña señora! —jadea su compañero—, he aquí el momento en que echo de menos a Irène.

—¡Vaya, por Dios! ¿Por qué?

—Porque es corta de patas (seis pulgadas de piernas, y la nuca en seguida) y a su lado soy el hombre de elevada estatura, el despreocupado y esbelto joven. Mientras que, con usted, parecemos una fábula. «Hubo una vez un bulldog enamorado de una “alguita...”. De todas maneras, he de decirle que a domicilio recobro mis atractivos... No puedo engañarla, soy el hombre de cinco a siete, el hombre de hogar, el de las conversaciones después del amor. ¡Santo cielo, estamos ya en la calle Balzac! Es necesario que en «L’Etoile» ya no tenga nada que confesarle. Le decía que soy el que inspira confianza, que recibe la confidencia y no la repite, a consejo y elogio. ¿Es necesario añadir que preparo las bebidas heladas, el té, hago de doncella y...?»

—¿Y nunca habla de sí? —le interrumpe Minne, maliciosa.

—Chamfort dijo: «Hablar de sí mismo, es hacer el amor».

—¡Ah! ¿Eso dijo Chamfort?

—Más o menos. No era muy exigente.

—¡Ya lo veo!

—Nosotros, los autores célebres, somos así, linda y pequeña señora. Algo fatigados, pero con tantísimo atractivo... Y si quisiera...

—¿Si quisiera qué?

Se para en el ángulo de una acera, inclinada, coqueta, accesible. Maugis ve brillar sus dientes, busca en vano los ojos bajo el gran sombrero.

—Bueno, que conste que no lo digo en broma, pero en casa tengo montones de kakemonos, de Sakia Muni y Kamasutras.

—¿Y qué es eso?

—¡Pardiez, pintores japoneses! Sí, tenemos, le digo que tenemos con que ocupar una semana de honestas visitas. ¿Irás?

—No sé. Quizá sí.

—¡Ahora que cuidadito! ¡Soy un hombre serio! ¿Me promete ser juiciosa?

Minne ríe sin prometer nada y le deja tras una gentil despedida con la mano.

«¡Ah, qué cría más salada! —suspira Maugis—. ¡Pensar que, si me hubiera casado, mi hija quizá sería así!».

Cuando Minne llega, jadeante, Antoine está en la mesa, está en la mesa y toma la sopa. Sí, está en la mesa. El hecho es cierto. Minne, indignada, no da crédito a sus ojos. En el comedor no se oye más que el ruido irritante de la cuchara en el plato, a cada va y viene del brazo de Antoine; el bruñido vientre de la lámpara de cobre refleja una mano monstruosa, la punta de una nariz fantástica.

—¿Cómo? ¿Te sentaste a la mesa? ¿Qué hora es? ¿Llego tarde?

Antoine se encoge de hombros:

—¡La cantinela de siempre! ¡Has llegado tarde, naturalmente! ¿Puedes hacerlo de otra forma? Es necesario que arda el «Palais de Glace» para que te dignes venir a casa.

Minne comprende que ésta es la escena, la primera digna de tal nombre. No hará nada para evitarla. Retira de su fieltro los largos agujones, lentamente, como otros tantos puñales de sus vainas y se sienta frente al peligro.

—Pues pudiste ir a buscarme, querido. ¡Así me vigilabas a tus anchas!

—¡Como que cuando uno vigila está a sus anchas! —se le escapa a Antoine.

Minne, indignada, se pone en pie de un salto.

—¡Ah, lo confiesas! ¡Me vigilas! Es halagador y nuevo.

Su marido no contesta; está desmenuzando la corteza de su pan encima del mantel.

Sí, la vigila. Minne, con el espíritu ausente, no ha hecho mucho caso a Antoine desde algún tiempo. Está cambiado, habla y come menos, duerme poco, lentamente poseído por una inquietud de triple rostro: ¡Minne! La sonrisa, el sueño atormentado, y la risa insultante de la pequeña Hécate se superponen en su espíritu para grabar el

misterioso rostro de una desconocida, una extraña.

Y con ironía triste se dice:

«He tardado...».

Se ha llevado a su despacho, en la cartera, fotografías de Minne a todas las edades para compararlas. Aquí tenía siete años, carita afilada de gatito flaco. Aquí doce, largos tirabuzones y qué ojos ya. Había que ser idiota para no turbarse ante unos ojos como éstos. Y, ahí, torpe, envarada, es el año en que la hallaron desvanecida, a la entrada, llenos de barro los cabellos.

«Sí, he sido idiota, y aún lo soy. Pero, Señor, es mía, mía y acabaré por... por...».

Pero no sabe por dónde empezar y, torpeza de muchacho joven, comienza con una escena, un interrogatorio.

Su tormento está delante de él, serio y huraño. ¿Qué significa ese labio crispado, blanco de ira? He aquí un pormenor desconocido de esa cara de la que creía conocerlo todo, hasta el nácar malva de los párpados, hasta los finos árboles de las venas. ¿Cada día le va a traer una belleza cambiada para enloquecerlo de inquietud?

—¿No comes?

—No. Tienes un procedimiento tan nuevo para dar apetito a la gente, que voy a necesitar tiempo para acostumbrarme.

«¡Eso es —rabia Antoine—, mientras estoy trabajando se va no sé dónde y ella es la que va a dar el broncazo! ¡Oh, vaya marido que hasta ahora he sido!».

—Entonces, ¿no puedo decir nada? —vocifera—. Te puedes largar días enteros no sé con quién, ni siquiera adónde, y si me atrevo a hacer una observación, mademoiselle...

—¡Perdón: madame! —le interrumpe ella, fríamente—. Olvidas que estamos casados.

—¡Rayos y truenos, no, no lo olvido! Esto tiene que cambiar y vamos a ver.

Minne se levanta, dobla la servilleta.

—¿Qué veremos, si no es indiscreción?

Antoine realiza prodigiosos esfuerzos para permanecer tranquilo y golpea el mantel con el mango de un cuchillo. Se estremece su barba, su nariz aguileña se cruza con una vena que late. Minne, con manos torpes, levanta, entre el follaje del centro de mesa, un helecho que cae.

—¡Vamos a ver! —estalla—. Vamos a ver por qué no eres la misma.

—¿La misma qué?

Está de pie frente a él, las manos en la mesa. Él mira esa cabeza atenta, esa fina barbilla triangular, los ojos insondables, los cabellos como ola plateada.

—¡La misma, la de antes! ¡Cáspita! ¡Qué diablos, no estoy ciego!

Minne mantiene su actitud discutidora y piensa: «No se ha enterado de nada, pero se volverá fastidioso». Lo amansaría con una caricia, un brazo en la espalda, lo atraería confuso, prendado, cálido de dolor, hacia ella. Lo sabe, pero no tenderá la mano hacia su marido. Como gestos de su destino, Minne acusa el brusco despertar

de Antoine, la persecución del baroncito Couderc que acecha y no amenaza.

Antoine mordisquea una violeta y contempla el vientre bruñido de la lámpara. El esfuerzo, la atención que pone en escuchar, acrecienta su dolor, inclina su nuca, crispa su mandíbula inferior. ¿No ha visto Minne en otra parte, en un lejano antaño, ese semblante regular de bruto? La tribu a la que amaron sus sueños infantiles abundaba en nuca cortas, mandíbulas abultadas por los músculos, frentes estrechas de rudos cabellos.

El suspiro, tan ligero, de Minne ha turbado el silencio.

Antoine se levanta casi en ayunas y va a parar al salón, encima del sofá que albergara a Minne y su culpable sueño.

Por allí hay un diario, que coge, que abre y dobla con exagerado ruido.

En Manchuria... ¡Que revienten todos los blancos y amarillos...! Y los teatros. *Indiscreciones antes del estreno...* ¡Qué pueblo de idiotas somos! *Señorita de buena familia desea contraer matrimonio...* *Agencia Camille, informes de toda clase, investigaciones delicadas, pesquisas.* ¡Garitos asquerosos, nidos de chantaje!

Se siente, de súbito, cansado, solo, desgraciado. «Soy desgraciado», se repite bajito, con ganas de pronunciar estas dos palabras en voz alta para que el sonido de su voz lo enternezca, lo disuelva en lágrimas apaciguadoras.

Un ruido de alguien que mastica llega del comedor por la entreabierta puerta, y Antoine ve a su mujer, sentada a horcajadas en la punta de la mesa. Minne picotea un computero, aplasta almendras secas.

«Ha comido —piensa Antoine—, ha comido. Por lo tanto no me quiere».

Quiere, de ahora en adelante, entregarse al silencio, al disimulo, y toma el diario:

Agencia Camille, investigaciones delicadas.

«Minne, ¿puede recibirme un día de esta semana mañana, por ejemplo? Si no quiere venir a casa podríamos citarnos en el “British”; no hay nadie antes de las cuatro.

Jacques».

«¡Qué carta más tonta! —se dice Minne, encogiéndose de hombros—. El pequeño Couderc escribe como un hortera».

Vuelve a leer: «Minne, ¿puede recibirme...?», y se queda pensativa, el índice entre sus cortantes dientes. Esta carta es inquietante en su torpeza. Y la rigidez de la letra, la ausencia de fórmula tierna y respetuosa... ¿Y si pidiera consejo a Maugis? Asoma su audaz sonrisa ante la extravagante ocurrencia. Pasea nerviosamente en su cuarto, tabalea el cristal que roza un retoño de castaño, hinchado y puntiagudo como flor en capullo.

El viento débil, que huele a lluvia y primavera, levanta las cortinas de tul. Una irrazonable desolación, un vago deseo, embriaga a la niña solitaria a la que su

indiferencia física conserva única, absolutamente pura tras sus caídas y que entre los hombres busca a su desconocido amante.

Los toca, los olvida, como amante enlutada en un campo de batalla, que vuelve los muertos, los mira a la cara, los deja y dice: «No es él».

—¿Monsieur Maugis?

—Ha salido, señorita.

Minne no había previsto esto.

—¿Sabe cuándo volverá?

—La irregularidad de sus costumbres no permite hacer conjeturas, señorita.

La señorita, sorprendida, alza los ojos hacia el hombre que le habla y se da cuenta de que ese rostro afeitado no es el de un ayuda de cámara. Titubea.

—¿Podría dejarle unas líneas?

El joven imberbe dispone, silenciosamente, en la mesa del vestíbulo, lo necesario para escribir. Evoluciona con agilidad de bailarina y un flexible contoneo de caderas.

«*Querido señor, subí al pasar...*».

Minne no escribe con facilidad. Su imaginación, que dibuja con trazos apresurados y mordientes, rechaza el lento auxilio de la pluma.

Querido señor, subí al pasar... «¡Y este sujeto que se queda detrás de mí! ¿Tendrá miedo de que me lleve el papel de cartas?».

Se abre la puerta, una voz conocida, la voz de jovencita alcohólica, suena dulce a los oídos de Minne.

Hicksem, haga pasar a la señora al salón. Querida señora, disculpe la severidad de una consigna que protege mi austera soledad.

Maugis aparta su pechera regordeta para dejar pasar a Minne, que entra, deslumbrada por una oleada de amarilla luz, en una larga habitación amueblada de roble ahumado.

—¡Oh, todo amarillo! —exclama alegremente.

—¡Claro que sí! El sol al alcance de todos, la Provenza en casa. Salí por doscientos francos de gasa botón de oro. ¿Y todo para quién? Para usted solita.

Su brazo señala, enfáticamente, los visillos amarillos tendidos en los cristales. Las doradas pestañas de Minne aletean. Recuerda los baños de sol donde su frágil cuerpo de niña se calentaba, desnudo, en el cuarto de la Casa Seca. Vieja casa de sonoro esqueleto, huerto de azuleante hierba, por donde corrió con Antoine, donde se inició su fraternal idilio. Pero, ¿dónde está la rama rosada de bignonia que golpeaba los cristales con sus flores tubulares?

Algo alucinada se vuelve a Maugis como para interrogar, y, percibiendo la presencia del efebo que abrió la puerta, calla. Maugis comprende.

—Hicksem, ¿no tiene que hacer ningún recado por el barrio?

—Sí, sí —responde el otro sin que sus ojos de roedor traduzcan más que una

cortés indiferencia.

—Bueno, pues justamente no tengo cerillas. En la orilla izquierda hay una tiendecita imponente que vende las cajas a dos perras. ¿Comprende lo que le quiero decir? Tráigame una de muestra. Dios le guarde, monseñor. Hasta mañana por la mañana.

El joven saluda, se cimbreo y desaparece.

—¿Quién es? —pregunta Minne, curiosa.

—Hicksem.

—¿Qué?

—Mi secretario particular. Simpático, ¿verdad?

—Si así le parece...

—Me lo parece por completo. Es un muchacho que vale muchísimo. Va muy bien vestido, lo que siempre causa impresión a los acreedores. Y, además, a Dios gracias, esta mariposa emperejilada en Londres tiene malas costumbres.

Minne levanta unas cejas asustadas. ¡Cómo! El gordinflón Maugis... Pero éste, familiar y zumbonamente, la tranquiliza:

—No, hija mía, no me ha comprendido. Con Hicksem estoy tranquilo, puedo recibir a una amiga, dos amigas, tres amigas, simultáneamente, o una después de otra, sin que me atenace la preocupación: «La próxima vez, ¿vendrá por mí o por las veinticinco primaveras de mi secretario?». Siéntese aquí. Ese jarro cerúleo hace juego con sus cabellos.

La instala en el fondo de una poltrona, acerca una mesa en la que se estremece un ramito de muguete. Minne se sienta, atónita al encontrar a Maugis tan amistoso. Se sorprende y lo deja entrever. Maugis sonrío ingenuamente.

—Si no fuera por mi incorregible vanidad, pequeña y encantadora señora, diría que se equivocó de puerta.

La joven se pasa la mano por los ojos con una gracia algo desmañada.

—Verá... Es que todo esto es algo raro.

Maugis se pavonea, y dobla la papada.

—¡Oh, ya puede decirlo! Sé que mi casa es bonita y me gusta que me lo repitan.

—Sí... Es bonita, pero no le va.

—Todo me va.

—No, no. Quería decir que no la imaginaba así.

Conserva las manos juntas y, al hablar, mueve los hombros como un animalito delicado al que se le han atado las patitas. Y la admiración de Maugis es tan grande que ni se le ha ocurrido tocarla. Entre ambos pasa un silencio que los separa. Minne siente una vaga confusión, un malestar, que traduce con estas palabras:

—Se está bien en su casa.

—¿Verdad? Las señoras siempre me felicitan. Venga a verla.

Se levanta, pasa el brazo de Minne debajo del suyo y se conmueve al sentirlo tan fino, tan tibio.

—Para las niñas buenas tengo esta muñeca que Ajalbert me trajo de Batavia. Échele un vistazo.

Y señala en un anaquel la divinidad más salvaje que fuera creada por un escultor de marionetas javanasas, ataviada de rojos oropeles; su cabeza pintada sonríe con una boca estrecha y maquillada en tanto que las viejas pupilas conservan una gravedad voluptuosa, irónica serenidad que impresiona a Minne.

—Se parece a alguien. A alguien que conocí en otro tiempo.

—¿Un chulo?

—No, se llamaba Ricitos.

—Es uno de mis seudónimos —afirma Maugis, acariciando la desnudez de su rosado cráneo.

Minne echa la cabeza hacia atrás para reír a carcajadas y se para en seco, pues Maugis está contemplando glotonamente la sombra deliciosa que descubre su barbilla en el aire. Y, coqueta, zafa su brazo.

—Vamos a ver otras cosas, monsieur Maugis.

—Oiga, llámeme de otra manera.

—¿Cómo se le tiene que llamar?

El obeso novelista baja unos párpados pudorosos.

—Me llamo Henry.

—¡Toma, es verdad! Todo el mundo lo sabe, puesto que firma Henry Maugis. Es curioso, a nadie se le ocurriría que se pueda llamar Henry sin Maugis.

—Ya no soy bastante joven como para tener nombre de pila.

La voz de Maugis se ha velado con auténtica melancolía. Algo nuevo florece en el corazón de Minne, algo que en sus pensamientos aún no tiene nombre y que se llama compasión. «Este pobre hombre que nunca, nunca más, volverá a tener su juventud...». Se apoya en el hombro de Maugis y le sonríe generosa, le ofrece su fino rostro sin pliegues, sus ojos negros, a los que la amarilla ventana da un dorado reflejo, y la clara y cortante línea de sus dientes. Es la primera limosna desinteresada de Minne, limosna encantadora que el mendigo demasiado orgulloso sólo acepta a medias, Maugis se limita a besar la mejilla aterciopelada, la verja de las pestañas, mas no muerde la boquita dócil.

Minne empieza a desconcertarse. Esta aventura no tiene el más mínimo parecido con sus experiencias anteriores, pues nunca ha franqueado el umbral de un picadero sin sentirse, tras la exclamación de gratitud: «¡Por fin ha llegado!», abrazada, besada, desnudada, poseída y decepcionada. Este cuarentón la ofendería con su circunspección si no la desarmara con un profundo sentimentalismo que se adivina en los ademanes llenos de precaución, en la mirada rápidamente empañada. Y, además, Minne vacila, no sabe qué actitud adoptar. A los hombres que la invitaron a tenderse en un diván —incluyendo a Antoine— podía tratarlos como primos dóciles, como camaradas pervertidos, a los que se ordena, imperiosa y despeinada: «Si no me abrochas las botas, no vengo más». «Me importa un bledo que llueva; ¡te vas a ir

arreando en busca de un simón!»). Con Maugis no se atreve, la humilla y reconforta la diferencia de edades. ¡Hablar, sentada y vestida, con un hombre, en su casa! No soltar, al instante, la lacia y plateada oleada de cabellos, que sujeta una cinta de terciopelo negro.

Maugis habla, le enseña encuadernaciones raras, una Natividad en marfil, «es alemana, de la Edad Media, hijita», que está al lado de un fauno obscuro, verdecido y enmohecido por la tierra donde durmió mil años. Minne se ríe y se vuelve con una mano ante los ojos, como un abanico.

—¿Eh? ¡Hace mil años! Este pequeño patas de cabra desde hace mil años está pensando en lo mismo. ¡Ah, ya no se fabrica gente de ésta!

—¡Gracias a Dios! —responde Minne con tanta espontánea convicción que Maugis la mira de reojo, receloso: «¿Es que por azar la víbora de Irène Chaulieu habrá dicho la verdad? ¿Es que a Minne no le gustan los hombres?»).

Coloca el fauno delante de la Natividad, estira su claro chaleco que le ciñe el vientre.

—¿Hace tiempo que no ve a madame Chaulieu?

—Pues, unos quince días. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada; las creía íntimas.

—Tanto mejor.

—¿Qué puede importarle? Además, francamente, no iría a escoger a madame Chaulieu como amiga íntima. ¿Se ha fijado en sus manos?

—Durante las comidas, nunca: trastornaría mi digestión.

—Son manos que parecen haber manoseado no sé qué.

—En efecto, han manoseado.

—Justo. Me dan aprensión, deben contagiar enfermedades...

Maugis besa las estrechas manos de Minne, lindas patitas secas de corza blanca.

—¡Cuánto me gusta advertir en usted, hija mía, tal preocupación por la higiene! Créame, aquí encontrará los últimos refinamientos de la antisepsia moderna: el xerol, el timol, el lisol, humearán a sus pies como escogido incienso. ¿Y si se quitara el sombrero? Lewis es, ciertamente, un gran hombre, pero usted parece una señora que está de visita. El *renard* también. Le dejo todo eso, junto con los guantes, en la mesita: sección de modas.

Minne se está divirtiendo. Ríe calmada: «El pequeño Couderc no me hubiera divertido así, no hubiera sabido hacerme olvidar para qué he venido aquí. De todas maneras, por allí hay que acabar».

Y —puesto que ha venido para eso, ¿verdad?— continúa metódica: se quita el cinturón de piel flexible, deja resbalar a sus pies la falda, luego la enagua de *liberty* blanco. Y he aquí que antes de que Maugis, atónito, haya tenido tiempo de expresar su deseo, Minne se yergue desenvuelta en pantalón, estrecho pantalón que desprecia la moda, ciñe el muslo elegante y despeja la rodilla perfecta.

—¡Santo Dios! —suspira Maugis color escarlata—. ¿Todo eso es para mí?

Minne responde con una mueca traviesa y espera, sentada en el diván, sin que la brevedad del atavío le sugiera confusión ni ademanes inmodestos. La luz amarilla jaspea la caída línea de sus hombros, da verdes reflejos al satén color de rosa del corsé. Un hilo de perlas, no mayores que granos de arroz, juega encima de los dos pequeños salientes conmovedores.

Maugis, sentado a su lado, tose y se congestiona. El perfume de verbena al limón de Minne le llega en oleadas, humedece su lengua con frutal acidez. No le bastan, empero, tantas gracias ofrecidas y que aún no se había atrevido a implorar. Confuso frente a esa niña, fría y apacible, encuentra que tiene una expresión ausente, una sonrisa casi deferente de niña prostituida adiestrada por una madre infame.

Minne ha desabrochado sus cuatro ligas rosadas; el corsé y el pantalón van a parar a la sección de modas. Y con un friolento encogimiento de hombros, ha hecho resbalar los tirantes de su camisa y se inclina desnuda hasta las caderas, orgullosa de sus pequeños senos separados que, en su deseo de parecer más mujer, tiende, envarada, a Maugis.

Él toca con precaución las flores del casto pecho y Minne, cándida, no se estremece. Estrecha con un brazo la cintura que, obediente, se dobla, sin nerviosa rebeldía ni halagador estremecimiento.

—¡Cachito de hielo! —dice él.

Se sienta y Minne, tumbada en sus rodillas, le pasa los brazos por el cuello como bebé somnoliento que van a llevar a la cama. Maugis besa los cabellos de oro súbitamente conmovido por los castos mimos de esa niña que apoya en su hombro una cabeza más resignada que tierna. ¿Qué azar ha tendido en sus rodillas ese cuerpo esbelto que está acunando?

—Mi pobre corderillo —susurra en un beso—. No me quiere mucho, ¿verdad? Ella descubre su rostro, siempre pálido, alza hacia él un par de graves pupilas.

—Que sí. Más de lo que creía.

—¿Hasta el delirio?

Rompe a reír, maliciosa, se retuerce como una culebra y magulla su piel delicada contra el *cheviot* de la americana, los duros botones de corozo.

—Desde que estoy aquí nadie me ha empujado al delirio.

—¿Es un reproche?

La levanta como si fuera una muñeca, se siente transportada hacia alcobas más secretas, y súbitamente asustada se estrecha contra él.

—¡No, no! ¡Por favor, por favor! Ahora no.

—¿Qué hay? ¿Pupita? ¿Enfermita?

Minne respira tumultuosamente, tiene cerrados los ojos, jadean sus senos frágiles. Parece luchar para arrancarse algo muy pesado. Se ahoga y una oleada de lágrimas sosiega el temblor bajo el cual Maugis la sentía estremecerse de pies a cabeza. Unos lagrimones frescos y claros cuelgan, redonditos, de las rubias pestañas antes de bajar a la aterciopelada mejilla.

Por primera vez, Maugis siente que le falla su vieja experiencia con las mujeres muy jóvenes.

—¡Diantre, esto no es cosa corriente! Hijita mía... vamos... ¡Anda! Pues no sé... ¿Qué estamos pareciendo? Vamos, vamos...

La lleva al diván, la tiende, arregla la camisita que, como taparrabo, envuelve las caderas de Minne, alisa los suaves cabellos revueltos. Su mano de abate gordezuelo seca, ligera, las lágrimas apresuradas y desliza un almohadón debajo de las desnudas caderas de su extraña conquista.

Minne se calma, sonrío, todavía solloza un poquito. Contempla, como si acabara de despertar, la habitación soleada. Un busto de mármol retuerce sus hombros musculosos y voluptuosos contra el papel de un verde agradable; una túnica japonesa, echada en el respaldo de un asiento, es más hermosa que un ramo de flores.

Los ojos de Minne van de descubrimiento en descubrimiento, hasta el hombre sentado a su lado. Ese obeso Maugis, de bigote de *demi solde*^[4], ¿es, pues, algo más que una esponja de *whisky*, algo más que un mujeriego? ¡Ahí está, emocionado, la corbata torcida! No es guapo, no es joven, y, no obstante, a él es a quien Minne debe la primera alegría de su vida sin amor: la alegría de sentirse querida, protegida, respetada.

Tímida, filialmente, posa su manecita en la mano que la ha cuidado, la mano que no hace mucho subió la camisita que resbalaba.

Maugis se sorbe los lagrimones y ahueca la voz.

—¿Qué? ¿Estamos mejor? ¿Se fueron los nervios?

Ella indica que sí.

—¿Un poco de oporto blanco? ¡Oh, es un oporto para críos, puro azúcar!

Bebe a sorbitos espaciados mientras él la admira estoicamente. El linón transparente vela a medias las flores sonrosadas de los senos y deja traslucir encima de la media oscura algo del muslo ahusado. ¡Ah, cómo poseería con todo su corazón, con todos sus sentidos, a esa niña tan grave bajo sus cabellos de plata! Pero la siente frágil y extraviada, miserable como un animalillo vagabundo, temerosa del abrazo, enferma de un secreto que no está dispuesta a confesar.

Le tiende el vaso vacío.

—Gracias. ¿Es tarde? ¿No está enfadado?

—No, nenita, soy un anciano caballero sin vanidad ni rencor.

—De todas maneras..., quisiera decirle...

Se pone el corsé lentamente, distraídas las manos.

—Quisiera decirle que..., con otro me hubiera desagradado lo mismo..., quizá más...

—¿Sí? ¿De veras?

—¡Oh, sí! ¡De veras!

—¿Está delicaducha? ¿Enfermita? ¿Tenemos miedo?

—No, pero...

—¡Vamos, cuénteselo todo a su vieja nodriza Maugis! Eso no nos gusta, ¿eh? Apuesto a que Antoine no tiene gran...

—¡Oh, la culpa no es sólo de Antoine! —contesta Minne, evasivamente.

—¿Y... el otro, el chico Couderc?

Minne, al oír este nombre, ha tenido un movimiento de cabeza tan salvaje que Maugis cree comprender.

—¿Tanto le carga ese mocoso?

—Cargar es decir muy poco —replica fríamente.

Termina de anudarse las cuatro ligas; se planta, luego, resuelta, ante su amigo.

—¡Me he acostado con él!

—¡Ah, vaya alegría que me da! —contesta Maugis sombríamente.

—Sí, me he acostado con él. Me he acostado con él y con tres más, contando a Antoine. Y ni uno, ni uno, ¿me oye?, me ha dado algo de ese placer que los derribaba a mi lado, medio muertos. Ninguno me ha amado lo suficiente para leer en mis ojos mi decepción, el hambre y la sed de lo que les daba.

Grita, tiende sus puños crispados, se golpea el pecho. Es teatral y conmovedora. Maugis la contempla y la escucha con avidez.

—Entonces, ¿jamás..., jamás?

—¡Jamás! —repite ella, quejumbrosa—. ¿Estoy maldita? ¿Tengo una enfermedad oculta? ¿Sólo he tropezado con bestias?

Está casi vestida, pero sus cabellos desordenados cuelgan aún, echados hacia atrás como una crin. Tiende a Maugis unas manos suplicantes.

—Usted, ¿no querría probar?

No se atreve a añadir más. Su obeso amigo se ha levantado con un salto juvenil y la coge por los hombros:

—¡Nenita mía! Ahora soy yo quien grito: «¡Jamás!»». Soy un viejo, muy enamorado de usted, pero soy un viejo. Estoy aquí, junto a usted, el gordinflón Maugis, con su tripita jovial, su sempiterno chaleco claro, el Maugis de uniforme. Pero ahora que conozco su ignorancia, mostrarle el animal que se acurruca debajo del claro chaleco y la camisa con pliegues, ilustrar su recuerdo con una decepción peor que las demás, con una obscenidad sin gracia ni juventud..., ¡no, nenita, jamás! Hágame sólo la caridad de pensar que tengo un poco de mérito y... y..., ¡lárguese! Antoine puede intranquilizarse.

Ella esboza una sonrisa, una última malicia.

—Haría mal.

—Es cierto, Minón mía, pero no todo el mundo está enterado de que soy un santo.

—Sin embargo, si quiere... Ahora no tengo miedo.

Maugis recoge en su mano la cabellera de Minne, lentamente la va despeinando a contraluz por el placer de verla desbordar.

—Ya lo sé. ¡Pero soy yo quien tendría el alma en un hilo!

La joven no insiste; rápidamente levanta sus cabellos y parece contemplar la

profundidad sombría de sus pensamientos. Uno a uno le tiende Maugis los peinecillos color de ámbar, la cinta de terciopelo negro, los guantes...

Hela aquí tal como ha llegado y toda la sensualidad del hombrachón grita de pesar, se agita ferozmente. Pero Minne, a punto de salir, apoyada con una mano en su sombrilla, vuelve hacia él un rostro encantador y nuevo, unas pupilas lánguidas por las lágrimas, una triste y acariciadora boca. De una mirada abarca las paredes de un verde pálido, las ventanas donde muere el día color de mandarina, la túnica japonesa que llamea en la penumbra, y exclama:

—¡Siento tener que irme! No puede imaginar lo que tiene de nuevo para mí semejante sentimiento.

Maugis, muy grave, inclina la cabeza.

—Lo sé. En mi vida no he hecho gran cosa buena... Déjeme esa flor para mi ojal: su pesar.

Minne implora bajito, la mano en la puerta.

—¿Y ahora qué haré?

—Ver a Antoine.

—¿Y después?

—Después... ¡qué sé yo! *Footing*, deportes, aire libre, obras de caridad...

—Labores...

—¡Oh, no! Se estropean los dedos. También queda la literatura.

—Y los viajes. Gracias. Adiós —le tiende la mejilla y con los labios entreabiertos titubea un instante.

—¿Qué hay, nenita mía?

Frunce el arco puro de sus hermosas cejas rubias, quisiera decirle: «Usted es una sorpresa en mi vida, una sorpresa tierna, algo dolorosa, un poco cómica, muy melancólica. No me ha dado el tesoro que me es debido y que iré a buscar hasta en el mismo lodo, pero de él ha apartado mi pensamiento, sorprendida al enterarme de que un amor, distinto del amor, puede florecer a la sombra misma del amor. Me desea y renuncia a mí. Así, pues, ¿hay en mí algo que tiene más valor para usted que mi belleza?».

Se encoge de hombros, cansadamente, esperando que Maugis comprenderá todo cuanto se encierra de vacilación, debilidad, y también gratitud, en el apretón de su manecita enguantada. El tupido bigote vuelve a rozar su cálida mejilla.

Minne se ha ido.

Casi va corriendo y no es que se digne preocuparse por la hora o por Antoine; corre, simplemente, porque su estado de ánimo armoniza con la prisa y el movimiento. Baja por la avenida de Wagram, sorprendida, al salir de la habitación amarilla, de ver el aire tan azul. Los ailantos alfombran la acera con sus felpillas marchitas, y la noche de primavera hiela el final del tibio día.

De repente, siente que tiene a alguien detrás, alguien que la está siguiendo, alguien que se acerca a ella. Se vuelve y reconoce, sin la menor extrañeza, al despreciable muchacho que en el «Palais de Glace» no se atrevió.

—¡Ah! —es todo lo que dice.

Jacques Couderc comprende perfectamente la entonación, la intención de ese «¡ah!» que significa: «¿Usted? ¿Otra vez? ¿Con qué derecho?». Está frente a él, sencilla, decidida, los cabellos menos lisos que de costumbre; una de sus manos desnuda aprieta los pliegues de su falda larga.

De antemano, ya está desesperado. De esa boca cerrada no saldrá ni una palabra de compasión y esos ojos negros donde el poniente refleja un rosado resplandor, le dicen bien a las claras que se muera, que se muera allí, al instante. Baja la cabeza, roza el asfalto con la punta del bastón. Siente sobre sí las pupilas implacables que aprecian su enflaquecimiento por los pliegues flotantes del abrigo, el temblar del pantalón demasiado ancho.

—¡Minne!

—¿Qué?

—La he seguido.

—Bueno.

—Sé de dónde viene.

—¿Y qué?

—Estoy padeciendo horribilmente, Minne, y no comprendo...

—No le pido que comprenda nada.

El duro sonido de la voz de Minne produce a Jacques un dolor físico, y, suplicante, alza su cara de chicuelo tuberculoso.

—Minne, ¿no me encuentra cambiado?

—¡Psch! Un poco paliducho. Tendría que irse a casa; el aire de la noche es demasiado fuerte para usted.

Jacques se traga la saliva con un movimiento doloroso de garganta, y la sangre le sube bruscamente a las mejillas, restituyéndole una transparencia juvenil.

—Minne, me parece que exagera.

—Por favor, ¿qué dice?

—Exagera la despreocupación con que me trata. Necesito una explicación.

—No.

—¡Sí, ahora mismo! ¿No quiere saber nada más de mí? ¿No quiere pertenecerme más? ¿No... me quiere más?

Ella ha soltado los pliegues del traje, se queda tiesa, los puños cerrados al extremo de los brazos colgantes. Él vuelve a ver la terrible y atractiva mirada de abajo arriba que lo desafía.

—¡Conteste! —grita quedito.

—No le quiero. Me horroriza su recuerdo, su cuerpo. ¡Me horroriza usted!

—¿Por qué?

Abre los brazos, los deja caer con ademán de ignorancia.

—No sé. Le aseguro que no sé por qué. En usted hay algo que despierta mi ira. La forma de su rostro, el timbre de su voz. Es como... Es peor que un insulto. Me gustaría saber por qué, pues, en suma, cuando se piensa, resulta raro.

Habla moderadamente buscando palabras que atenúen su salvaje y desmesurada aversión, que la humanicen, la hagan comprensible.

—¡Y se acuesta con ese viejo! —grita Jacques, herido.

—¿Qué viejo?

—Ese viejo de donde viene, esa especie de borrachín calvo, ese..., ese...

Una extraña risa bailotea en la carita de Minne.

—¡No busque más epítetos! —le interrumpe—. Es otra historia que tampoco comprendería.

Respira profundamente, sus ojos se apartan del rostro de su enemigo, se pierden en el cielo de un malva invernal.

—Bastante trabajo tengo —prosigue— en intentar comprender algo.

Jacques se equivoca. Cree estar oyendo la confidencia de una pasión casi inconfesable y aprieta los dientes.

—¡La mataré! —murmura.

Ella está pensando en otras cosas, tiene los ojos distantes, en el aire.

—¿Me oye, Minne?

—Perdón. ¿Decía...?

Jacques adivina que está en ridículo. Una amenaza así no se repite, se realiza.

—La... la mataré —responde más blandamente—. Y después me mataré.

El semblante de Minne se ilumina de alegre ferocidad.

—¡Ahora mismo, ahora mismo! ¡Mátese antes que yo! Desaparezca de mí. ¡Váyase, muérase! ¿Cómo es que no se le ocurrió antes?

La mira atónito, lo precipita a la muerte como hacia el inevitable fin.

—La muerte. ¿De veras me la desea, de veras? —pregunta singularmente serenado.

—¡Sí! —exclama Minne con toda el alma—. Usted me ama, yo no le amo. ¿Es que para usted no está dicho todo? ¿Acaso la muerte no es el socorro de toda vida a la que el amor rehúsa coronar?

El muchacho que ella destina a la muerte parece a punto de comprender y se entrega:

—¡Ah, Minne, sí, así es, así es! Todas las demás mujeres después de usted.

—¡Si me ama, no existen otras mujeres!

Y él, repite como eco:

—No, Minne, no existen otras mujeres.

—Cuando se ama no se debe poder cambiar de amor, ¿verdad? Se muere, se vive del mismo amor, ¿no es así? ¡Dígalo, dígallo!

—Sí, Minne.

—Espere. Escúcheme aún. ¿Me ha amado, así, súbitamente, sin saber qué le iba a suceder, sin preverlo? ¿Y el amor llega así, solapadamente, a su hora? ¿Se apodera de uno cuando uno se cree libre, cuando uno se siente tremendamente libre y solo?

—¡Ah, sí! —gime desconsolado.

—Espere. Me han dicho que el amor puede llegar a cualquier edad. ¿Puede llegar, dígamelo usted que me ama, hasta a los lisiados, hasta a los malditos, hasta a mí misma?

Jacques, grave, inclina la cabeza.

—¡Que un dios le oiga! —exclama con fervor—. Y si me ama, déjeme para siempre.

Y corre, otra vez, hacia la avenida Villiers, ligera, liberada. Realiza maquinalmente los ademanes cotidianos, franquea el vestíbulo, despide el ascensor, llama y se encuentra frente a su marido. Antoine la esperaba.

—¿De dónde vienes?

Parpadea bajo la intensa luz, mira a su marido, desconcertada.

—He... estado haciendo recados.

Respira precipitadamente, sus manos desnudas atormentan torpemente el nudo del velillo. Sus ojeras pupilas vagan desorientadas, casi asustadas, y el sombrero que se ha quitado deja ver un suntuoso desorden de cabellos mal recogidos.

—¡Minne! —exclama Antoine con voz tonante.

Completamente pálida, se protege el rostro con los brazos levantados y su movimiento deja ver el *écharpe* mal anudado. Su inocencia se engalana con atractivo tan culpable que Antoine ya no duda.

—¡Santo Dios! ¿De dónde vienes?

¡Qué alto es, completamente negro ante la lámpara! Sus hombros se encorvan pesados, iguales a los del Hombre del Bosque.

—¿No quieres decirme de dónde vienes?

Minne se ve, desnuda y casta, en las rodillas de Maugis. Su recuerdo vuelve a la habitación verde y amarilla, al juerguista sentimental que no quiso de ella y la alejó triste, dichosa y conmovida. Una mano, que no acarició sus senos ni sus muslos, enjugó sus lágrimas. Es dulce, punzante, de una amarga frescura de agua marina.

—¿Te estás riendo, mala pécora? Ya te haré reír...

—¡Te prohíbo que me hables con ese tono!

La voz rugiente ha herido a Minne, que se encuentra a sí misma, dura, embustera y valerosa.

—¡Me prohíbes! ¡Me prohíbes!

—Sí, señor, te lo prohíbo. ¡No soy una doncella que ha pasado la noche fuera!

—¡Eres peor! ¡Estoy harto!

—Si estás harto, lárgate.

Despeinada, fatigada la boca, el talle un poco débil, apoyada en la chimenea, Minne recoge en sus admirables pupilas todo el desafío de una criatura tenaz, de una

noble bestezuela irritable cuya aparente debilidad es una mentira más. Antoine aprieta el respaldo de una silla, resoplando como un caballo.

—Dime de dónde vienes.

—He hecho recados.

—¡Mientes!

Se encoge de hombros, despectiva.

—¿A santo de qué?

—¿De dónde vienes, condenada?

—Me aburres. Me voy a la cama.

—Minne, ¡ten cuidado!

Ella lo mira burlonamente, la barbilla en alto.

—¿Tener cuidado? ¡Si es lo que hago, mi querido amigo!

Antoine baja la frente, muestra la puerta con el dedo:

—¡Vete a tu cuarto! Sé que no cederás y no quiero partirme la crisma antes de saber...

Minne obedece lentamente, arrastrando su falda larga. Y Antoine, que tiene el oído aguzado esperando no sabe qué, oye, con un clic seco de revólver que se carga, el chasquido del cerrojo.

Antoine, que ha pedido al patrono que esa tarde le dejara en libertad, y sube a largos pasos por el bulevar de Batignolles, busca la calle Dames. Calle Dames *Agencia Camille*, calle Dames. En esto late una intención del azar, que seduce amargamente a Antoine. Su imaginación inventa en la calle Dames una especie de amplia administración, una policía del adulterio femenino, mil sabuesos lanzados en medio de París en seguimiento de otras tantas mujercitas nada formales.

Calle Dames, 117. La casa tiene mal aspecto. Antoine, a tientas, busca el quiosco del portero, encaramado en el entresuelo. Un olor de col hervida le guía hasta una entreabierta imposta.

—Por favor, ¿la agencia Camille?

—Tercero izquierda.

La escalera se atornilla, mohosa, en las tinieblas con todos sus peldaños bajos. Antoine tropieza y no se atreve a tocar la viscosa barandilla. En el tercer piso, un poco de luz que entra por un patinillo permite leer, grabadas en una placa empañada, las palabras «*Agencia Camille, informes*». No hay campanilla. Sin embargo, un papel manuscrito pide al visitante que entre sin llamar.

«¿Entro? ¡Qué garito más inmundo! ¿Y si me fuera? Sí, pero el patrono sólo me ha dado una tarde».

Se decide, gira el pomo y vuelve a caer en la oscuridad. Huele a cebolla y a pipa fría. Va a girar sobre sus talones cuando una voz violenta que sale a través de una puerta lo detiene:

—¡Estúpido cretino! La pringó una vez más, ¿eh? ¡La pringó por todo lo alto! ¡Vaya manera de seguir a la gente! ¡Ocurrírsele perderla en un gran almacén! ¡Yo de usted me moría de vergüenza! Sí, me moriría de vergüenza al decir que he perdido a una cliente en un gran almacén. Un mocoso de siete años sería capaz de seguir a una rata de cloaca en un gran almacén.

Un silencio. El confuso murmullo de una voz disculpándose.

—Sí, sí. ¡Cuénteselo al cabestro! Yo, hijo, estoy hasta las narices de aguantarle a usted, y si no necesita más que mi bota en su trasero...

Antoine enrojece y suda en la oscuridad, con la absurda impresión de que el cabestro de quien se habla allí dentro es él. Golpea, furioso, a la puerta invisible, no espera respuesta y entra.

La habitación está desnuda, húmeda y, a primera vista, limpia, a pesar de que un vaho azulado empaña el espejo de dorados que han enrojecido.

Un sujeto cierra rápidamente un cajón abierto donde confraternizan una barrita de pan, el rollo plateado de un salchichón de Lyon y un rompecabezas americano.

—¿Deseaba usted algo, señor?

Antoine se adelanta, tropieza con un largo pie, el de un triste individuo, sentado junto a la chimenea, encima de un montón de cajas verdes, un individuo alto, huesudo, con cara asimétrica de seminarista que ha colgado los hábitos, como magullado por el broncazo.

—Desearía hablar con *monsieur* Camille.

—Soy yo, señor.

Monsieur Camille se inclina delante de Antoine con autoritaria desenvoltura que justifica la elegancia muy francesa de su atavío, chaleco de terciopelo ciruela con botones cincelados, levita con chal, cuello de aletas, corbata plastrón con un alfiler de forma de herradura.

—Siéntese, señor. ¿En qué puedo servirle, señor?

—He aquí, señor, lo que me trae: querría informarme sobre una persona. No tengo sospechas, pero, ¿verdad?, a uno le gusta estar informado.

Monsieur Camille alza una mano de predicador, que luce dos sortijas.

—¡Es el deber de todo hombre sensato!

Luego inclina una barbilla indulgente y avisada y se tira de su bigote de jinete ti vivo mientras sus ojos de rufián examinan a Antoine descubriendo al primo, al primo alumbrado.

—Para decirlo todo, se trata de mi mujer. Me veo obligado a dejarla sola todo el día. Es muy joven, influible... En suma, señor, le ruego que me haga saber, hora por hora, el empleo que mi mujer hace de los días.

—Nada más fácil, señor.

—Va a ser necesario utilizar a alguien muy hábil, pues es muy inteligente y desconfiada.

Monsieur Camille sonrío, los pulgares en los bolsillos del chaleco:

—Ha caído usted oportunamente, señor: tengo alguien muy seguro, uno de esos genios modestos e ignorados.

—¡Oh, oh! —exclama Antoine interesado.

Monsieur Camille señala con la barbilla al individuo sentado en un rincón de la chimenea que redondea anticipadamente los hombros para la próxima batida.

—¿Cómo? ¿Ése?

—Es mi mejor sabueso, señor. Y si le parece que ahora abordásemos la cuestión de los honorarios...

Antoine, desplomado interiormente, ya no oye más: pagará todo lo que se le pida, pero sin esperanza.

«La suerte está contra mí —se lamenta—. Esta especie de mártir idiota no será nunca capaz de seguir a Minne. Ha sido demasiado mala pata ir a parar a este cuchitril cuando hay trescientas agencias que, a buen seguro, valen más. ¡Todo se conjura contra mí!».

Baja la oscura escalera que huele a col y letrinas, y cree oír una voz furiosa que grita:

—¡Y se le ocurre perderla en un gran almacén! Cuénteselo al cabestro, a ver si pega.

«Hubiera preferido —exclama Minne en un soliloquio— ser desgraciada. La gente no se ha enterado de que la ausencia de desdicha puede entristecer. Un buen infortunio, lancinante, alimentado, renovado a cada hora, ¡en fin, un infierno!, pero un infierno variado, movible, animado, eso anima, colorea la vida».

Sacude su fluida cabellera encima de su blanca túnica y repite, Melisande que se ignora: «Aquí no soy dichosa».

Antoine se ha ido tempranito, hace un rato, sin preguntar si su mujer estaba despierta, pero ha advertido que almorzara sola.

«Es un chico incomprensible. Mientras lo engañé estuvo la mar de contento. Mando a paseo a Jacques Couderc, lo mando al mismo cuerno, y luego Maugis me trata como a una hermanita pequeña, y entonces es cuando Antoine se vuelve insoportable».

La verdad es que Antoine, trastornado ante la idea de que un espía seguirá a Minne todo el día, ha huido. Su Minne, su perversa Minne, mantenida horas enteras en la punta de un hilo que no verá. Su Minne, que corrió alegre y culpable hacia el adulterio, que gritará: «¡Cochero!», con su voz aguda e impaciente, sin pensar que unas pupilas, a sus espaldas, anotan hora, lugar y número del simón.

Ha huido tras una noche abominable, pues su amor sublevado está pronto a ponerse de parte de Minne, a gritar: «No vayas, ¡un mal hombre quiere seguirte!». Ha huido lleno de lágrimas, seguro de que acaba de matar su dicha. «Me la dieron para que la hiciera dichosa —dice defendiendo a Minne—, pero no juró ser dichosa por mí».

Esa noche ha deseado la vejez, la impotencia, pero la muerte, no. Ha madurado cien proyectos, pero no el de una separación. Ha previsto fines amargos y humillantes, pues el mayor amor es el que consiente en compartir. Y cada vez que en su cama detestada se retorció su cuerpo, diciéndose: «Esto no puede durar», admitía en pensamiento la renuncia a todo, salvo a la posesión de Minne.

Y a la misma hora en que Antoine mata el tiempo, varado en una cervecería triste, Minne sale de su casa. Sale por salir, atraída por el sol, indecisa, sin ningún propósito.

En el cielo, unas nubes blancas barren un insípido azul. Minne levanta hacia ese azul una nariz ceñida de tul y baja por la avenida.

«¿Y si me fuera a casa de Maugis?». Se para un momento, luego echa a andar. «¿Y qué? Me iré a casa de Maugis —frunce las cejas—. ¿Quién me lo va a impedir? Que sí, me voy a casa de Maugis». Y no da un paso. «Si voy, Maugis creerá que he ido por eso».

Se para y no reconoce la flor tardía cuya eclosión la turba como una nueva adolescencia: el pudor que quizá sólo es escrúpulo sentimental. Ha derrochado su cuerpo ignorante, lo ha entregado, lo ha recuperado, mas sin ocurrírsele pensar que la entrega implica caída, y nada hay más virgen que el alma orgullosa de Minne. Su

movimiento de cabeza, desalentado, rechaza al mismo tiempo a un simón que rasa la acera. Vuelve sobre sus pasos, baja hacia el parque Monceau. «No tengo ganas de nada, no sé qué hacer. Es un tiempo como para tener a alguien a quien mortificar».

Aprieta el paso. Con la mirada sigue la blanca vela de una nube que vuela encima de ella y no se da cuenta de que su ademán descubre, como deliberadamente, el hueco encantador de su barbilla, el interior húmedo de su labio superior.

Unos pasos delante de ella camina un individuo del que vagamente reconoce la silueta desmadejada, los largos cabellos caen sobre un cuello dudoso. «Es el tipo que tropezó con mi sombrilla hace un rato».

Hace un alto, en el parque Monceau, descansa la vista en los céspedes de un verde fresco y ardiente de pimienta, luego se va intrigada: el hombre la sigue. Lía un pitillo con aire ausente. Tiene una nariz larga, negligentemente colocada, torcida, en la cara.

«¿Tendrá la frescura de seguirme?. Este tipo tiene mala facha. Quizás es un sátiro o un tío de esos que en las aglomeraciones se pegan a las faldas. Bueno, bueno, veremos».

Echa a andar; la avenida de Messine ofrece su fácil pendiente que da ganas de correr y perseguir un aro. Minne alarga el paso dichosa con el latir de la sangre en sus orejitas rosadas.

«¿Qué calle es ésta? ¡Miromesnil! Echemos por Miromesnil. ¿El sátiro? Está en su puesto. ¡Qué sátiro más gracioso, tan vago y cansino! Los sátiros por lo general, son barbudos y leonados, tienen una mirada cínica, un poco de paja en los cabellos o bien hojas secas».

Se queda plantada delante de un escaparate de guarnicionero, el rato suficiente para poder contar los collares erizados de pelos de tejón, claveteados de turquesa que la moda impone a los perros de la buena sociedad. El sátiro, paciente entre todos los sátiros, espera a distancia respetuosa y fuma su cuarto cigarrillo. Apenas desliza hacia ella una mirada amarillenta. Incluso, tras un inmundo carraspeo, escupe, escupe, a la vista y paciencia de todo el mundo, y Minne, con el estómago revuelto, hubiera preferido cualquier ultraje al pudor antes que escupitajo tan copioso. Vuelve la espalda asqueada, y echa a andar. En el barrio de Saint Honoré les separa un lío de coches. De buena gana le sacaba la lengua de una acera a otra, pero quizá bastaría esto para desencadenar el erótico furor del monstruo.

El sátiro, con un hombro torcido, descansa contra una puerta y aprovecha el alto para garabatear algo en un carnet, tras consultar el reloj. Y el ademán basta para disipar el error de Minne: ¡el sátiro, el gusano, repugnante admirador es un vil asalariado!

«¿Cómo pude equivocarme? ¿Antoine me hace seguir? ¡Torpe, torpe! ¡Mocoso! ¡Nunca será más que eso: un pobre mocoso! ¡Ah! ¿Conque pagas a alguien para que ande? Pues te prometo que va a caminar lo suyo».

Y echa a andar, empuja a los transeúntes, aprieta el paso sintiéndose pantorrillas de cartero.

«¿La Madeleine? Da lo mismo ése que otro lugar. Y, luego, los bulevares hasta la Bastilla. Muy bien, hoy soy yo quien conduce la caza». Sonríe con una sonrisita helada, viendo de nuevo, lejos, muy lejos, y tan frágil, a una Minne acosada que, cojeando, arrastra una zapatilla roja, sin tacón.

«¿La avenida de la Opera? ¿El Louvre? No, a esta hora hay demasiada gente». Elige la calle del Cuatro de Septiembre, cuya desolación place a su estado de ánimo.

No hay más que trampas, barricadas, cuevas abiertas, aceras desfondadas. Se abre un abismo donde hormiguean serpientes de plomo. Hay que cruzar pasarelas, bordear trincheras. «El sátiro tendrá con qué entretenerse», piensa Minne.

En verdad que si no fuera por el carácter intolerable de su fealdad, llegaría a inspirar compasión. Enrojece, le brilla la nariz y tantos pitillos han debido despertarle sed.

«¡Pobre hombre! —piensa Minne—. Al fin y al cabo, no tiene la culpa. He aquí la Bolsa. Me entran ganas de dar el golpe de la calle Feydeau».

«El golpe de la calle Feydeau», inocente diversión del primer adulterio de Minne. Para encontrarse con su amante, el interno de los hospitales, entraba, velada, en una casa de la plaza de la Bolsa, y salía por la calle Feydeau, encantada de haber saboreado, más que los brazos del muchachote lujurioso, que lucía una barbita de cabra, el encanto de la casa con dos puertas. «¡Ah, qué lejos está todo eso! —suspira Minne—. ¡Ah, me hago vieja!».

Por clásico que sea el «golpe de la calle Feydeau», hoy tiene un éxito enorme. Plaza de la Bolsa, Minne entra en el patio del número 8 y va a parar a la calle Feydeau y dentro de un taxi providencial.

Arrullada por el tictac del taxímetro, Minne estira en la banqueta sus pies calzados de charol que han caminado tan activamente. Se siente llena de malicia y mansedumbre y su ira contra Antoine sé apacigua. La victoria llena de languidez a Minne.

Son las cinco cuando entra en su casa, en la avenida Villiers, y piensa que podrá concederse dos largas horas de batín, los pies dentro de los pequeños mocasines de ante crudo. Pero está dicho que el sol que besa las cortinas no velará el *dolce far niente* de Minne: Antoine ha llegado.

—¡Cómo! ¿Ya estás aquí?

—¡Lo estás viendo!

Él también ha debido andar mucho, el cuero polvoriento de sus zapatos lo deja adivinar.

—¿Por qué no estás en la oficina, Antoine?

—Si te lo preguntan, di que no sabes nada.

Minne cree estar soñando. ¿Cómo puede ser? Ha regresado amable, cansada, divertida por haber plantado al sabueso y ha ido a parar frente a un oso tan grosero.

—¿Así estamos? Pues, hijo, si tienes tantos ratos de ocio, ¿por qué no los dedicas a seguirme tú mismo?

—A se...

—¡Claro que sí! No sé a dónde has ido, pero te están tomando el pelo, ¿sabes? ¡Vaya ejemplo! Palabra, esta tarde sentí vergüenza por ti. ¡Un tipo al que hubiese dado limosna! ¿Eh? ¿Que no es verdad? ¡Anda, di que estoy chiflada! ¿Quieres conocer mi itinerario? Podrás comprobarlo con el informe de tus agentes —recita con voz chillona, insoportable—. Salida de casa a las tres, cruzamos el parque Monceau, bajamos por la avenida Messine, estacionamiento en la calle Miromesnil, frente a los collares de perro, seguimos el barrio de Saint Honoré hasta...

—¡Minne!

Se ha lanzado, no le hará gracia de una sola esquina. Cuenta con los dedos, o mira con unas pupilas móviles de aguilucho irritado, insiste en el pormenor de la casa de dos puertas y, sin que Antoine sepa por qué, los celos que lo atenazan como cuerda tendida, dolorosa y sensible, se distienden, blanda, bañada de un óleo bienhechor. Contempla a Minne, no oye su ira charlatana. Y descubre, lentamente, ante esta niña débil y furiosa, que estaba a punto de cometer el error criminal de tratarla como a enemiga. Está sola en el mundo y es suya. Suya aunque lo engañe, suya aunque lo odie, sin otro refugio, sin otro recurso que él. Antes de ser su mujer era su hermana y ya entonces hubiera derramado por ella toda su sangre de hermano fervoroso. Ahora le debe más que su sangre puesto que ha prometido hacerla feliz. ¡Tarea difícil! Minne es extravagante, cruel con frecuencia, pero no existe vergüenza en sufrir cuando es el único medio de dar la dicha.

¡Que siga, pues, libre, el camino caprichoso de su vida! Que corra hacia los precipicios, busque las alegrías peligrosas; sólo extenderá las manos cuando se tambalee, pero él estará escondido, prudente, como las madres que siguen los primeros pasos de un niño, temblorosos y abiertos como alas los brazos.

Minne ha acabado, se ha excitado, aún más, hablando. Ha gritado no se sabe qué palabras de colegiala pedante, llamamientos de libertad, unos «bien hecho» de cría. Dos lagrimitas colgadas a sus mejillas se irisan de luz, ha acabado toda la maldad que tenía. Antoine quisiera cogerla en brazos, acunarla lloroso. Sin embargo, siente que aún no ha llegado el momento.

—¡Dios mío! Minne, ¿quién te ha preguntado todo eso?

La niña yergue su cuello de infantina, pasa una lengua sedienta por sus labios.

—¿Cómo? ¿Que quién me pregunta? ¡Si eres tú, con tu actitud de mártir gruñón! ¡Si eres tú con tu silencio de marido que se contiene! ¿Se contiene qué? ¿Qué sabes tú? ¿Tus esbirros no te han informado? ¡Son tan hábiles!

—Tú lo has dicho, Minne, son muy torpes. Pero esto es casi mi disculpa. No los conocía, los utilicé mal. Y jamás debí emplear sus servicios.

Una sorpresa recelosa cambia el rostro de Minne. Cesa de deshilar el sombrero de paja azul, tarea en que se ocupaban sus manos destructoras.

—Minne, ¿me perdonas?

Tiene en sus sombrías pupilas la fría sospecha de un animalillo al que se le dice.

«¡Vete!», abriéndole la puerta de la jaula.

—Minne, vamos... ¿Tendré que prometer que no lo haré más?

La gracia tranquilizadora, algo deliberada, de su sonrisa barbuda inquieta a Minne, que no comprende. ¿Por qué el espionaje y por qué, más tarde, la disculpa humilde? Vacilante, tiende su manecita.

—Sea como sea, Antoine, eres imponentemente antipático.

Atrae hacia sí el brazo de Minne, que cede el codo y se resiste en el hombro, y él se inclina tiernamente hacia ella.

—Oye, Minne, si quisieras...

El crepúsculo ha descendido de prisa, oculta el rostro de la niña.

—¿Si quisiera qué? Ya sabes que no me gusta hacer promesas.

—No tienes que prometerme nada, querida.

Habla entre las sombras, como hermano mayor, amigo paternal, y es una humillación que tiene doble sabor detestable y querido a la par, que hace estremecer en el recuerdo de Minne una voz algo apagada, indulgente. ¿Acaso no se entreabrió el otro día, en lo más profundo de su alma, esa célula secreta de amar, célula de sufrir que creía tan cerrada, con cerrojos? De súbito se siente débil de fatiga y se recuesta en las curvas familiares del corpachón de pie, junto a ella.

—Verás, Minne. Chaulieu quisiera mandarme a Montecarlo para un importante asunto publicitario con la administración de los Juegos. De momento, no me hizo mucha gracia, pero el patrón, Pleyel, me deja tomar antes de la fecha mis vacaciones de Pascua. Así es que... ¿querrías ir conmigo a Montecarlo diez o doce días?

—¿A Montecarlo, yo? ¿Para qué?

«Si se niega, ¡Dios mío!, si se niega —se dice Antoine— es que hay alguien que la retiene aquí, es que para mí se ha perdido todo».

—Para darme una gran alegría —dice sencillamente.

Minne piensa en sus días vacíos, en sus pecados sin sabor, en Maugis que no quiere, en el chico Couderc que no sabe, en los que vendrán y que aún no tienen nombre ni rostro.

—Antoine, ¿cuándo nos vamos?

Él no contesta en seguida, la cabeza erguida en la oscuridad, luchando contra las lágrimas, contra la necesidad de gritar, de revolcarse a los pies de Minne. ¡No quiere a nadie! ¡Se irá con él, con él, sólo con él, se irá!

—Dentro de cinco o seis días, ¿estarás lista?

—Es poco tiempo. Allá hay que vestirse. Espera que encienda. No se ve. ¿No volverás a ser malo?

Le retiene un minuto más contra sí en la oscuridad. Un brazo pasado en torno a los frágiles hombros de Minne, sin estrecharla demasiado; sin aprisionarla, y renueva el mudo juramento de darle la dicha, de dejársela tomar donde quiera, de robarla para ella...

Diecinueve, rojo impar y pasa.

—¡He ganado diez francos más! —exclama Minne, encantada—. ¿Por qué me decías que en Montecarlo siempre se pierde? Antoine, me voy a otra mesa.

—¿Por qué? ¿No estás ganando en ésta?

—Pues no sé. Es divertido cambiar. Oye, ¿me esperarás debajo del reloj?

Antoine la sigue con la mirada, lleno de admiración por su traje blanco rumoroso, su esbelto talle, su dorada nuca y el sombrero de crin color de rosa. «Se divierte —se dice—, ¡qué alegría!».

Minne, de pie, detrás del *croupier*, se disculpa cortésmente: «Perdón, señor», y empuja su ficha en la tercera docena. La bola gris, va más lentamente y tropieza.

—¡No va más!

Minne mira debajo de ella un jardín de rosas e iris, sombrero monstruoso que cobija a una cara invisible: «¡Vaya sombrero! ¡Me apuesto a que es una cualquiera!».

—Treinta y seis, rojo, par, y pasa.

Minne gana otros diez francos. Recoge las tres fichas casi al mismo tiempo que se inclina un alemán gordo que también cobra su tercera docena. Pero una voz seca sale debajo del jardín colgante:

—Perdón, señor, haga el favor de dejar ese montón.

—*Verzeihung! diese Einage gehört mir!*

La dama replica vivamente, esta vez en alemán:

—*Sie müssen nur auf ihr Spiel. Acht geben. Das Goldstück gehört mir... Lassen Sie mich in Ruhe!*

El individuo, estupefacto, implora con la vista el testimonio de una leal concurrencia, pero la leal concurrencia tiene otra cosa que hacer. Minne tampoco vuelve en sí del asombro. La dama del sombrero, la dama que se hace con los «huérfanos», con la autoridad que da una mala conciencia, es Irène, Irène Chaulieu.

—¿Cómo? ¿Es usted, Irène?

—¡Minne! ¡Ésta sí que es buena! ¿Lo creería? Este tío barbudo quería quedarse con mi luis. No me diga nada, querida, estoy ensayando una pequeña combinación, una martingala fantástica.

Las cortas manos de Irène manosean luisas, apilan piezas, hacen apuntes en un carnet. Su nariz de pesadora de oro se inclina sobre una contabilidad mugrienta, sobre un botín de saqueadora. Debajo del sombrero semejante a una terraza florida, sus ojos, por encima de la nariz, pálida y apretada, llaman al oro, lo adoran, lo violentan y sus manos de escamoteadora despojan el tapiz.

—¿Verdad que es de espanto? —cuchichea una voz al oído de Minne.

Y con una confusión de recién casada, Minne reconoce a Maugis. ¡Por lo visto todo el mundo está en Montecarlo! Se queda desconcertada ante el periodista, no sabe qué decir. Él se seca la frente, parpadeando bajo la cruda luz de la lámpara. Lo encuentra más viejo que en París, hebras grises en el bigote, un largo pliegue triste en su mejilla de hombre alegre.

—¿Qué se apuesta usted a que oigo lo que piensa de mí?

—No —exclama ella rápidamente—. Estoy contentísima de verlo.

—Es muy amable, señora. ¿Y su noble esposo?

—Me espera debajo del reloj.

—¿Es la primera vez que viene a Montecarlo?

—Sí. Me siento descentrada. Todo es tan curioso aquí... ¿No le parece, monsieur Maugis, que se ven caras muy interesantes?

—Eso mismo iba a observar —asiente Maugis, lleno de deferencia.

Minne, a la que no le gustan las bromas, mueve los hombros, malhumorada.

—¡Por favor, no se burle de mí!

—¿Burlarme de usted? ¡No se me había ocurrido, hijita mía!

—Entonces, ¿en qué piensa?

—Pienso que hay allí, escapado de su sien, un cabello de oro, casi de plata, que dibuja un punto de interrogación en el aire y a tontas y a locas le contesto que sí.

La joven ríe sin ganas y cae entre ambos un silencio embarazoso. Minne, fatigada de estar en pie, evita mirar a Maugis y ambos piensan, silenciosos, en una habitación con visillos de gasa amarilla donde las palabras salían fáciles, sinceras, donde su pensamiento se entregó desnudo como Minne misma. Allá se lo dijeron todo.

Callan, melancólicos. Y escuchan en el fondo de sus almas la musical rotura de un hilillo precioso.

—Esta noche no estoy muy ocurrente, ¿verdad, hija mía? ¿La divierto poco?

Ella protesta con un ademán.

—Cuando me divierto no estoy alegre. Y puedo estar muy contenta sin divertirme... Créame —por un instante apoya su manecita enguantada en el brazo de Maugis—, créame, soy su amiga y no tengo más amigo que usted. Me cuesta decírselo, pero, ¡me han acostumbrado tan poco a la amistad! Ahora, váyase a jugar. Yo me voy.

—¿Adónde va?

—En busca de Antoine. Me espera debajo del reloj.

No insiste, se aleja tras un beso en la manita sin guante, y Minne se queda sola entre tantos desconocidos, en medio del silencio rumoroso y recoleto de las salas de juego.

Se estremece recordando el áspero, viento que esa noche barre la Corniche. Un perverso azar ha lanzado a Minne y a Antoine en plena tempestad seca. Lentejuelas de sílex vuelan bajo el cielo plomizo, el Mediterráneo tiene color de ostra gris.

Minne, absorta, llega por fin hasta Antoine, que la esperaba debajo del reloj, y de su brazo sale del Casino.

El viento ha barrido el cielo donde ahora flota una luna color de malva. Las palmeras, inmóviles, jalonan la avenida; los hoteles color crema, las villas color mantequilla, rivalizan en blancura. Sin embargo, la belleza de la clara noche prevalece sobre todo, y en el viento, que se ha entibiado, pasa un hálito primaveral.

—¡Hace casi tan buen tiempo como en París! —suspira Antoine.

Minne se apoya, friolera, dentro de la victoria tirada por dos yeguas huesudas y bruscas, en el hombro de su marido. El vehículo asciende a trote largo el camino que conduce al «Riviera Palace» y de súbito, puro y sombrío, aparece el mar. Un hilo de plata danza en torno a un largo huso de nacarado resplandor como el pálido vientre de los peces.

—¡Oh, Antoine! ¿Lo ves?

—Lo veo, nenita. ¿Te gusta?

—No me gusta, pero lo encuentro hermoso.

—¿Por qué no te gusta?

—No sé. Verás, nunca he visto el mar, y esa agua sin fin hace sentirse lejos, más sola que en otro sitio.

No se atreve a estrechar su brazo en torno al abrigo blanco que flota y se siente tímido como un novio. Vive, junto a Minne, desde la noche del cerrojo, como hermano, zarandeado de la sospecha al remordimiento, del temor a la ira, y he aquí que se maravilla al pensar que ha sido el marido de Minne, que dispuso de ella como pachá confiado que la poseyó sin preguntarle: «¿Me quieres?».

Están lejos esos días, pero Minne está ahí, junto a su brazo, y el polvo lleno de sílex, cuajado de lentejuelas como la escarcha, lleva a labios de Antoine algo del perfume de verbena al limón.

Guardan silencio hasta llegar a la habitación demasiado grande, de la que la moda y la higiene han desterrado los papeles y acolchados. Hasta los cristales sin cortinas brillan, desnudos, como los de un piso para alquilar, abiertas las persianas.

Aún vestida con su abrigo, tocada con su sombrero desbordante de rosas, Minne se acerca a la ventana llena de noche luminosa. Los jardines del hotel ocultan Montecarlo, encima de un seto sombrío de boneteros. Parece como si no hubiera nada más que el mar y la luna.

Tres tonalidades de gris, de plata, de azul plomizo, bastan al frío esplendor del cuadro y Minne aguza la mirada a fin de captar el rasgo delicado, el suave y misterioso trazo de lápiz que señala el cielo al final del mar.

Esa noche sin sombras, que despierta en el recalcitrante corazón de Minne una sensibilidad desconocida, resuena con todos los ruidos del día. En bocanada asciende una música lejana; por la pendiente del camino restallan látigos, chirrían unas ruedas.

Minne intenta reunir su alma desperdigada en el mar, volando bajo la luna, que asciende angustiada hacia un hogar que no existe. En ninguna parte, dondequiera que se detenga, halla aposentado el amor y no tiene rostro su sueño. ¡Oh, esta noche, qué grande y severamente hermoso es todo, tan cruel a la soledad!

Minne, helada, se vuelve hacia Antoine que está fumando en pijama. Está a punto de tenderle sus manos temblorosas, manecitas reales cuyas palmas no saben mendigar

y que se ofrecen al beso, los dedos colgando como campanillas de blancas digitales.

Antoine fuma un cigarrillo y parece indiferente, pero algo ha madurado en su rostro de honrado brasileño, algo entristece la larga nariz aguileña y hunde las pupilas de bandido enamorado. «¿Así es que medita?», se sorprende Minne. Nunca ha pensado tanto en él. Empieza a desear que hable y que el sonido de su voz turbe, por fin, esta noche cegadora qué aquí se cuele por los cristales.

—Antoine.

—¿Nenita?

—Tengo frío.

—Acuéstate.

—Sí. Echa la manta de viaje en la cama. ¡Qué frío hace aquí!

—La gente dice que es excepcional. Además, puedes confiar en que mañana hará un día magnífico. El viento cambia. Podrás ver el azul del mar. Subiremos a la Turbie.

Redoblaba las trivialidades a medida que Minne se va desnudando y se le muestra desnuda, nueva, en una habitación extraña. Se apresura, fraternal e impúdica, corre al tocador y sale tiritando.

—¡Oh, la cama! Las sábanas están completamente heladas.

—¿Quieres...? —Iba a proponerle el calor de su corazón tibio y moreno, y se para en seco como si reprimiera una inconveniencia—. ¿Quieres que pida una botella de agua caliente?

—¡No merece la pena! —grita Minne con voz ahogada, debajo de la sábana—. Por favor, arrópame bien. Sube el edredón. Da vuelta a la lámpara, al otro lado. Gracias, Antoine. Buenas noches, Antoine.

Se apresura, triste y dichoso, con ganas de llorar, y se hace ágil y silencioso en torno a la cama. Una gratitud de perro dilata su corazón.

—Buenas noches, Antoine —repite Minne, que saca fuera de la cama un hociquito pálido, frío.

—Buenas noches, nenita; ¿tienes sueño?

—No.

—¿Quieres que apague?

—Aún no. Háblame, me parece que tengo un poco de fiebre.

Él la obedece con su tierna torpeza.

—Si no estás bien aquí, Minne, podemos irnos antes. Me daré prisa.

Minne ahueca con la nuca el almohadón de pluma, se acurruca entre sus cabellos como una gallina en la paja.

—Yo no he dicho que quería irme.

—Podías echar de menos a París, tu casa, tus... costumbres, tu...

Ha vuelto la cabeza, cambiando de voz sin querer, y Minne lo acecha entre sus cabellos.

—No tengo costumbres, Antoine.

Él hace un prodigioso esfuerzo para callar, pero prosigue:

—Podías querer a alguien, echar de menos... amigos.

—No tengo amigos, Antoine.

—¡Oh, ¿sabes?, digo eso! No era para reñirte. Yo he reflexionado. El mes pasado me porté como un idiota. Cuando uno ama, ¿verdad?, no lo hace deliberadamente. Tanto puedo impedir que la tierra gire como que tú quieras a alguien.

Parece levantar montañas con cada palabra, su pensamiento, fervoroso y sutil, se atavía con palabras pesadas, vulgares, y esto le hace sufrir. No poder, ¡santo Dios!, no poder explicar a Minne que le hace entrega de su vida, de su honor de marido, de su devoción cómplice... No encontrar nada que no hiera, o ponga recelosa a esa niña frágil que acaba de arropar en su cama. ¿Y qué decirle? Con tal de que no se eche a llorar... Esta noche parece tan nerviosa... Se jura a sí mismo, tras acabar las fórmulas: «¡No me importa que me ponga cuernos, pero que no llore!». Y bajo los enredados cabellos adivina la intensidad de la bella mirada sombría.

—No quiero a nadie, Antoine.

—¿Es verdad?

—Es verdad.

Devora, con la frente inclinada, gozo y amargura a la par. «Ha dicho: “no quiero a nadie”, pero no ha dicho que amara a Antoine».

—Eres muy buena, ¿sabes? Estoy muy contento. ¿Ya no estás enfadada conmigo?

—¿Por qué he de estar enfadada?

—Por... por todo. Hubo un instante en que lo hubiera hecho saltar todo, pero no creas que fue porque te quisiera menos, ¡al contrario! Tú no lo puedes comprender.

—¿Por qué?

—Son ideas de hombre que ama —dice con sencillez.

Minne saca fuera de la cama una manita amistosa.

—Te aseguro que también yo te quiero mucho.

—¿Sí? —inquiere Antoine con risa forzada—. Entonces me gustaría que me quisieras lo bastante para pedirme todo lo que se te ocurra, *todo*, ¿oyes?, hasta las cosas que no se acostumbra a pedir a un marido, y después vengas a quejarte, ¿sabes?, como cuando uno es pequeño. «Fulano me ha ofendido, Antoine, riñele, pégale», o cualquier cosa.

Esta vez le ha comprendido. Se sienta en la cama, sin saber cómo libera la brusca ternura que quisiera saltar de ella hacia Antoine como brillante culebra prisionera. Está pálida, tiene los ojos dilatados. ¿Qué hombre es este primo Antoine?

Varios hombres la desearon, uno hasta quererla matar, hasta rechazarla delicadamente otro. Pero nadie le dijo: «Sé feliz, no pido nada para mí. Te daré galas, bombones, amantes».

¿Qué recompensa concederá al mártir que aguarda, allí, en pijama? Que, por lo menos, tome lo que Minne puede dar: su cuerpo sumiso, su suave boca insensible, su blanda cabellera de esclava.

—Antoine, ven a mi cama.

Minne duerme con sueño fatigado en la rosada oscuridad. Afuera los látigos restallan, chirrían las ruedas como a medianoche y al pie de la terraza vibran mandolinas italianas. Pero la muralla del sueño separa a Minne del mundo viviente, y sólo el gangueo alado de la música se insinúa en su sueño para molestarla con zumbido de abejas.

El sueño soleado, bendito, se turba, el pensamiento de Minne asciende hacia el despertar con desiguales saltos, como nadador abandonando el fondo de un océano de maravilla. Respira profundamente, oculta la cara en el hueco de un brazo doblado, busca el negro y dulce sopor. Un dolor, ligero, extraño, por todo su cuerpo, resuena como una arpa, la despierta sin remisión. Se siente desnuda entre sus cabellos antes de abrir los ojos, pero lo insólito de esto poco importa. Esta noche sucedió algo..., ¿qué? Hay que despertarse de prisa, totalmente, para evocarlo con más alegría. ¡Y es que esta noche un milagro acabó de crear a Minne!

Vuelve hacia las cortinas una sonrisa vaga y animal. ¿El sol? ¡Nos hemos dormido! Sí, dormimos mucho. Antoine ha salido. Me faltará valor para mirar la hora. Felizmente, nosotros somos de los que almorzamos tarde. Repite «nosotros» con orgullosa ingenuidad de recién casada, y se tumba en la cama, entre sus despeinados cabellos.

«Antoine, ven a mi cama». Esa noche le gritó eso con equidad convencida de prostituta que para pagar el amor de los hombres sólo tiene su cuerpo. Y el cuitado, enloquecido al ver que la recompensa estaba tan próxima al dolor, se lanzó a los brazos exaltados de Minne.

Al principio, sólo quería tenerla junto a sí, la estrechaba sólo por el busto, embriagado hasta el llanto al sentirla tan tibia y perfumada, tan menudita, tan flexible en sus brazos. Pero ella se acercó a él entera, con un estremecimiento de caderas y hundió entre sus pies los suyos, lisos y fríos. Él, sintiéndose flaquear, susurró: «No, no», arqueando la espalda para apartarse, pero una manecita temeraria le rozó y de un salto estuvo encima de la cama, apartando la sábana.

Ella vio, como tantas veces lo viera, negro encima de ella, faunesco y barbudo, el corpachón moreno, exhalando el familiar aroma de ámbar y madera quemada. Pero Antoine hoy ha merecido más de lo que ella sabría darle. «Es necesario que me posea bien, que lo colme esta noche; es preciso que finja darle el goce completo, el suspiro y el grito de su propio placer. Diré “¡Ah! ¡Ah!” como Irène Chaulieu, procurando pensar en otra cosa».

Se deslizó fuera del camisón, tendió a las manos y labios de Antoine los tiernos frutos de su pecho y se tumbó en la almohada, pasiva, una pura sonrisa de santa que

desafía a demonios y martirizadores.

Él, empero, la trataba con miramiento, apenas la movía con ritmo suave, lento, profundo. Minne entreabrió los ojos. Los de Antoine, aún dueño de sí, parecían buscarla más allá de ella misma. Recordó las lecciones de Irène Chaulieu, suspiró: «¡Ah! ¡Ah!», como colegiala que se desmaya; luego calló avergonzada. Antoine, absorto, fruncidas las cejas con dura y voluptuosa máscara, prolongaba su goce silencioso... «¡Ah! ¡Ah!», exclamó ella sin querer. Una angustia progresiva, casi insoportable, oprimía su garganta, parecida al ahogo de los sollozos a punto de brotar.

Por tercera vez gimió y Antoine se detuvo turbado al oír la voz de esa Minne que jamás gritara. La inmovilidad, la retirada de Antoine no la curaron; ahora trepidaba, curvados los dedos de los pies, movía la cabeza de derecha a izquierda, como niño con meningitis. Crispó los puños y Antoine vio cómo resaltaban, contraídos, los músculos de sus mandíbulas.

Permanecía temeroso, levantado encima de las muñecas, sin atreverse a tomarla de nuevo. Minne rugió sordamente, abrió unos ojos salvajes, gritando:

—¡Anda de una vez!

Una breve sorpresa lo dejó pasmado encima de ella; luego, le invadió, con fuerza solapada, una aguda curiosidad, mejor que su propio placer, y desplegó una actividad lúcida en tanto que ella retorció unas caderas de sirena, cerradas las pupilas, pálidas las mejillas y empurpuradas las orejitas. Ora juntaba las manos, las acercaba a su boca crispada, ora parecía presa de infantil desesperación, ora jadeaba, la boca abierta, clavando en los brazos de Antoine sus uñas vehementes. Uno de sus pies, que colgaba fuera de la cama, se levantó bruscamente posándose un instante en el moreno muslo de Antoine que se estremeció de placer.

Volvió, finalmente, hacia él unos ojos desconocidos, canturreando: «Tu Minne... Tu Minne tuya», mientras él sentía, al fin, pegada al suyo, la marejada de un cuerpo dichoso.

Minne, sentada en medio de su cama hollada, encuentra en el fondo de sí misma el tumulto de una sangre alegre. No envidia nada, ya nada echa de menos. La vida va a su encuentro, fácil, sensual, trivial como una hermosa muchacha. Antoine ha hecho el milagro. Minne acecha los pasos de su marido y se estira.

En la sombra sonríe con algo de desprecio a la Minne de ayer, esa árida niña buscadora de imposibles. Ya no hay más imposibles, no hay más que buscar, sólo hay que florecer, sonrosarse y alimentarse con la vanidad de ser mujer como las demás. Antoine regresará. Hay que levantarse, correr hacia el sol que agujerea las cortinas, pedir el humeante y aterciopelado chocolate. El día pasará ocioso. Minne no pensará en nada, colgada del brazo de Antoine. En nada más que en volver a empezar noches y días iguales. Antoine es maravilloso. Antoine es admirable.

Se abre la puerta, una oleada de luz rubia inunda la habitación.

—¡Antoine!

—¡Minne, nenita!

Se abrazan; él, fresco de viento y aire libre; ella, sudorosa, perfumada por su noche de amor.

—Nenita, ¡hace un sol! Es verano. Anda, levántate.

Salta a la alfombra, corre hacia las persianas y retrocede deslumbrada.

—¡Oh, qué azul está todo!

El mar descansa sin un pliegue en su traje de terciopelo encima del cual el sol se funde como placa de plata. Minne, desnuda y deslumbrada, sigue, con un atontamiento arrebatado, el balanceo junto al cristal de una rama de pelagornio rosado. ¿Esta flor brotó durante la noche? ¿Y las rosas de enrojecida naricilla? Ayer no las había visto.

—Minne, tengo noticias.

Abandona la ventana y contempla a su marido: le parece que el milagro también lo ha transformado, dispensándole una flamante y masculina seguridad.

—Minne, si supieras... Maugis me ha contado una cosa tremenda. Irène Chaulieu yendo a la greña con un inglés por unos luises que quería «distraer»... En fin, lo que se llama un pequeño escándalo. Tanto, que ha tenido que tomar el tren de París.

Minne se envuelve con un flojo peinador y sonrío a Antoine, al que admira, tan alto, tan moreno, barba asiria, nariz audaz como Enrique IV.

—Y fíjate en los diarios de París. Esto ya es menos divertido. ¿Te acuerdas del chico Couderc?

¡Ah, sí el chico Couderc! Se acuerda. ¡Pobre crío! De lejos, desde lo alto, lo compadece con una memoria que se ha vuelto indulgente.

—¿El chico Couderc? ¿Qué ha hecho?

—Lo encontraron en su casa con una bala en el pulmón. Quería limpiar el revólver.

—¿Murió?

—No, ¡gracias a Dios! De todas formas, ¡qué accidente más raro!

—¡Pobre crío! —dice en voz alta.

—Sí, es una lástima.

«Sí, es una lástima —piensa Minne—. Vivirá, se convertirá en un alegre juerguista. Vivirá, curado, amputado el hermoso amor salvaje del que debió morir. Ahora es cuando me inspira compasión».

—Ese crío se ha salvado de buena, ¿eh, Minne? En estos últimos tiempos, ¿no te hacía un poquito la corte? ¡Vamos, dímelo! ¿Un poquito?

Minne, semidesnuda, frota su cabeza despeinada en la manga de Antoine, con actitud temerosa de animal domesticado. Bosteza, levanta hacia su marido las halagadoras ojeras de sus pupilas, de las que ha huido el misterio.

—Quizá... Lo he olvidado, cariño.



COLETTE, Seudónimo de Sidonie Gabrielle Claudine Colette (1873-1954). Novelista francesa. Hija de un militar, a los 20 años se trasladó a París con su marido, el novelista Henry Gauthier-Villars, que se había hecho popular con el seudónimo de Willy.

Su marido, en beneficio propio, la alentó a escribir la «serie Claudine», que más tarde se hizo famosa y comprende novelas como Claudina en la escuela (1900) y Claudine à Paris (1901), Claudina en su casa (1902) y finalmente Claudina desaparece (1903).

Con Diálogos de animales (1904) comenzó verdaderamente la carrera de escritora de Colette. Después de 13 años de desdicha doméstica, se separó de su marido en 1906 y llevó una vida bastante agitada que provocó escándalo. Bailó desnuda en el Moulin Rouge, mantuvo relaciones con la hija de un duque y también con Auguste Hériot, al mismo tiempo que escribía, daba conferencias y actuaba en teatro. Finalmente, ganó fama literaria con Renée (1910). En 1912 se casó con Henry de Jouvenel, de quien tuvo una hija.

En 1913 apareció El obstáculo y en 1916 La Paix chez les bêtes, pero gran parte de su actividad estuvo consagrada a artículos y crónicas periodísticas. A partir de 1917, trabajó en textos en los que se mezclaban relato y teatro: Mitsou ou Comment lesprit vient aux filles (1919) y Chéri (1920), novela consagrada al amor entre un adolescente y una vieja cortesana, que consolidó su prestigio. La temática de iniciación al amor fue retomada en El trigo verde (1923). Siguió Al rayar el día (1928), La casa de Claudina (1930) y Sido (1930), así como varios relatos intimistas.

Hacia el año 1927 sus obras eran elogiadas por autores tan famosos y diversos como Marcel Proust, André Gide y Paul Claudel. De sus novelas (la mayor parte de las cuales reflejan de un modo apasionado, realista y sardónico los problemas de una mujer enamorada) la más conocida es Gigi (1945), adaptada al teatro. Su última obra fue En pays connu (1950). En 1953 fue ascendida a gran oficial en la Legión de Honor, grado que sólo otra mujer había logrado antes que ella.

Notas

[1] Adolphe Willette, pintor y dibujante de gran talento. 1857-1926. (*N. del T.*) <<

[2] Antiguo barrio de París, donde había las residencias más aristocráticas. (*N. del T.*)

<<

[3] Árbitro de la elegancia en Francia a principios de siglo. (*N. del T.*) <<

[4] *Demi solde*. Así llamaban a los oficiales del ejército de Napoleón I degradados por la Restauración. (N. del T). <<